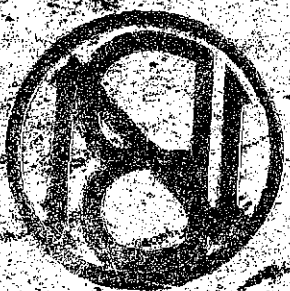
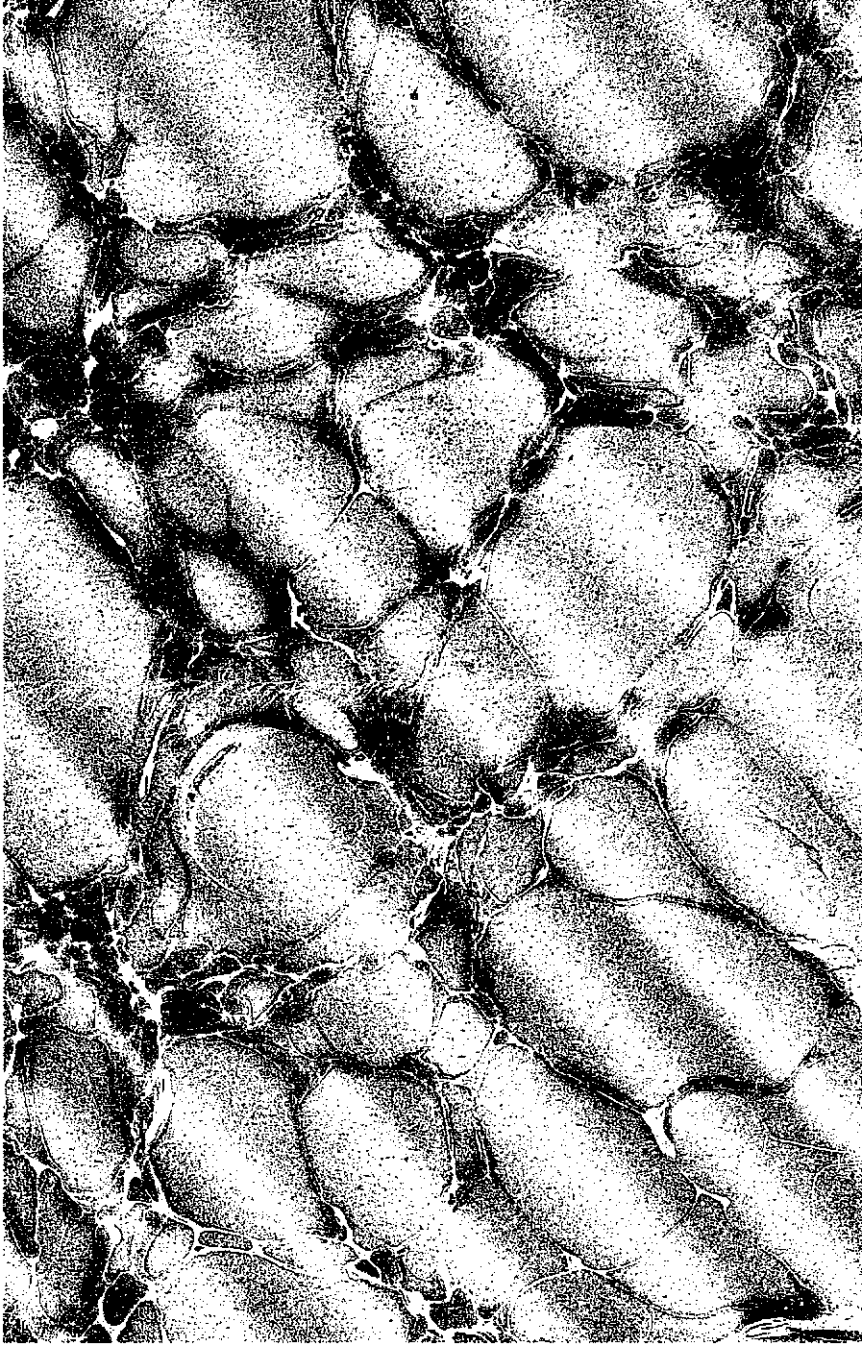


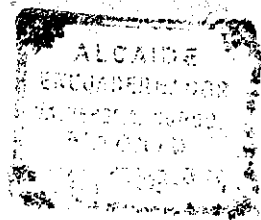
ADVAREZ  
MUNDO  
MORAL



H. a.  
2741









AGUSTÍN ÁLVAREZ

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

---

## LA CREACIÓN

DEL

# MUNDO MORAL

TRES CONFERENCIAS DADAS EN LA  
SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA,  
COMO PRESIDENTE DE LA MISMA

---

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48, PRECIADOS, 48

1913

97





## LA CREACIÓN DEL MUNDO MORAL



AGUSTÍN ALVAREZ

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

---

LA  
CREACIÓN DEL MUNDO MORAL

TRES CONFERENCIAS DADAS EN LA  
SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA,  
COMO PRESIDENTE DE LA MISMA

---

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48, PRECIADOS, 48

1913



## I

### **A manera de sinfonía.**

Gracias á un prodigio de la ciencia he presenciado un prodigio de la naturaleza, asistiendo en un biógrafo á la maravillosa transformación de la larva de la libélula en insecto perfecto.

Llegado el momento de la evolución, en algunos minutos la cantidad se transformaba en calidad; la masa informe en órganos definidos: en cabeza, en ojos, en antenas, en patas, en alas, en timón, y en seguida el ex-gusano, instituido de improviso en príncipe del aire, se echaba á volar por el espacio azul, ébrio de luz, de calor, de belleza, de amor y de alegría de vivir.

Me parecía ser ello una representación

abreviada de esa dilatada metamorfosis de la imbecilidad humana en lucidez, al conjuro de esa hada benéfica de la humanidad, que llamamos la ciencia, tan retardada entre nosotros por esa hada del fanatismo, que es la superstición, y por esto mayormente necesitados de apresurarnos á recuperar en el estado de cultura el tiempo perdido en el estado de barbarie, para rescatar, con el aceleramiento de la evolución mental, alguna parte de las energías por tanto tiempo malogradas en la veneración estática del pasado legendario y en la adivinación ilusoria del futuro fantástico, y poder así elevarnos desde la región tenebrosa de las verdades sobrenaturales en que viven los demonios y las brujas, como los murciélagos en los rincones oscuros, hasta la región en que se desvanecen, á la luz de los conocimientos humanos, los fantasmas creados ó engendrados por el miedo en la penumbra de la inteligencia humana.

Porque esa hada del progreso es el

instrumento propio para la educación de los sentimientos, y para el relevamiento de la inteligencia humana, que «es la fuerza capital de nuestro mundo, porque es la que las pone á todas en acción».

El hambre y el amor en bruto impulsan á robar los alimentos ó la mujer; á explotar, á esclavizar ó á matar al prójimo, á comerle sus carnes ó sus energías; á vender el derecho por un plato de lentejas y la libertad por la protección, y sólo cuando aparece la razón; y en la medida en que ésta suministra al hambre y al amor mejores medios de llegar á mayores resultados, la industria reemplaza á la rapiña, el derecho á la fuerza, la paz á la guerra, la cortesía á la intimidación, siendo así cómo la experiencia y la ciencia han hecho la gimnasia del intelecto y cómo el intelecto ha hecho la educación del sentimiento, y entrambos la civilización, en la misma manera en que una mano lava á la otra y las dos lavan la cara.

Con el último instrumento de que la ha

dotado Marconi, esa hada benéfica de la humanidad fué la paloma mensajera de la leyenda bíblica y la nueva providencia que encontró en la obscuridad de la noche, y trajo el arca de salvación hasta los náufragos del *Titanic*, desamparados entre los témpanos de hielo en la inmensidad del Océano, y el predominio del sentido moral sobre el instinto animal de conservación, en los 1.500 pasajeros y tripulantes que se ahogaron deliberadamente para salvar á las mujeres y los niños, fué la rama de olivo que anuncia los grandes días de la humanidad para la época en que la más elevada norma moral de las relaciones entre los individuos superiores sea alcanzada por los inferiores y llegue á ser la moral ordinaria de las relaciones entre las agrupaciones humanas.

Entretanto, cuando nada se sabía del cielo y de la tierra, los hombres imaginaron los gobernantes misteriosos de los fenómenos del cielo y de la tierra, irritables y aplacables como ellos mismos,



pero inescrutables, y en ese mismo material hipotético se tallaron los potentados de hecho humano, temporales ó espirituales, para ellos y sus sucesores, el derecho sobrehumano de someter á los otros hombres á su dominación para gobernarlos á discreción, y el de impedirles la elaboración de nuevas hipótesis para no dejar de gobernarlos jamás.

Pero desde que los dominados se pusieron á obrar para saber, y á saber para poder, aun sin dejar de suplicar para conseguir, y lograron levantar enfrente de la hipótesis de la paternidad la hipótesis de la igualdad, la hipótesis de la evolución enfrente de la hipótesis de la creación, sustituyendo la ciencia á la revelación y la inteligencia humana á la providencia imaginaria, el esclavo en ciego de la naturaleza inescrutada, empezó á transformarse en beneficiario de las fuerzas naturales, á medida que los poderes nacidos de la ciencia desalojaban á los poderes nacidos de la ignorancia.

Por el desenvolvimiento de la razón

humana se llegó al descubrimiento de los derechos del hombre que limitaron la omnipotencia de los reyes con las cartas constitucionales, y al descubrimiento de las fuerzas naturales que limitaron la omnipotencia de los dioses, usufructuada por sus pseudo-elegidos contra sus pseudo-preteridos, y el hombre común empezó á redimirse de la servidumbre por la libertad y de la ignorancia por la ciencia.

Nuestros antepasados, que se encandilaban el entendimiento con máximas sagradas, porque habían abdicado el uso de la razón humana, y se alumbraban por la noche con candiles de sebo, en la vecindad de las cascadas virtuales de luz eléctrica en estado ignoto, porque habían ahogado á la curiosidad inquisitiva en el estanque de la fe ciega, y que temblaban de frío en invierno sobre los yacimientos de carbón fósil, porque habían abusado de la leña para hacer prevalecer por la hoguera la verdad del pasado sobre la verdad del presente; nuestros an-

tepasados medioevales no pudieron descubrir cosa alguna, ni hacer nada más que vilipendiarse y pelearse por dogmas de más ó de menos, porque se habían amputado con la voluntad de creer en lo que no vieron, para salvarse por la convicción de lo que no existe, esta voluntad de «obrar para saber y de saber para obrar», por medio de la cual la vanguardia de la especie humana, después de haber exterminado al lobo y descubierto al microbio, está llegando á la región de la luz, de la belleza, de la bondad, mientras el cuerpo principal está aún rezagado en las tinieblas pavorosas de la superstición, y la retaguardia en el purgatorio de la barbarie ó en el infierno del salvajismo, combatiendo la maldad con la brutalidad y la enfermedad con el exorcismo.

Para un espíritu activo no hay nada más cansador que el descanso prolongado, y porque la ociosidad eterna anonadaria, de suyo, al más omnipotente de los poderes, la agencia creadora del mundo

de las cosas inanimadas y del mundo de los seres animados, se transfirió, se infundió ó se disolvió en el último eslabón del mundo animal para transcurrir perennemente del ser al devenir, en la creación del mundo moral: el mundo de la bondad, la belleza y la justicia; el mundo de las ideas y los sentimientos, progenitor de la libertad, el derecho, las ciencias y las artes, las lenguas, las literaturas, las ciudades y las nacionalidades.

Pues si todo esto hubiese sido hecho perfecto desde el principio, sobre que nada tendría que hacer el hombre en el mundo, ni Dios á quien juzgar en el cielo, ni el diablo á quien llevarse al infierno, todas las perfecciones carecerían de medida, puesto que sólo tienen sentido respecto de la imperfección, y los salvajes contemporáneos desempeñan el rol de esos animales de experimentación en los laboratorios, á los cuales no se inocular el específico para que sirvan de testigos de la eficacia del remedio en los inoculados.

Si pudiésemos recomenzar una nueva existencia, también preferiríamos recomenzarla en la infancia y la inocencia, y no en la vejez y la sabiduría. Y al acto de un ser que destacase una parte de su ser ó de su poder, una parte de sí mismo á correr desventuras, á errar, sufrir, llorar y rezar, para enjuiciarla después con la parte quedada en holganza, premiarla ó castigarla, retrotraerla á sí ó repudiarla á perpetuidad, no podríamos darle un nombre que no fuese ofensivo para cualesquiera especie de inteligencia.

Y el dios de incógnito, que estaba latente en el primer hombre que apareció en la tierra, el ser superior que los visionarios buscaban afuera y que estaba oculto adentro de ellos mismos, el gusano de polvo de la metáfora eclesiástica, empezó, finalmente, á desenfundar sus aptitudes de sus disfraces de imbecilidad inicial y de superstición consecutiva, para levantarse de la tierra y lanzarse también al espacio azul, en esa nueva

libélula, compuesta de ingenio y voluntad, de acero, madera, trapo y bencina, recién nacida de la mente humana y que ya sobrepasa al águila y al cóndor.

---

## II

### **De la diabolidad y la divinidad á la humanidad.**

Cuando somos felices deseamos que los otros lo sean á la vez, porque las dichas compartidas se agrandan; y cuando somos desgraciados, deseáramos que los otros también fuesen desgraciados, porque las penas compartidas se achican. De lo primero hemos hecho á Dios, que quiere agrandar su dicha haciendo dichosos; y de lo segundo, al diablo, que quiere achicar su desdicha haciendo desdichados: el uno es la encarnación del bien; el otro, la del mal.

Proporcionando al individuo los medios de ser feliz, se le pone en condición

de querer que sean felices los demás, y viceversa. Por esto, las civilizaciones afirmativas de la posibilidad de alcanzar la dicha humana con el esfuerzo humano, trabajan sobre los sentimientos humanos en el sentido divino de la vida, que es el sentido optimista, y las civilizaciones negativas de esa posibilidad trabajan en el sentido diabólico, que es el sentido pesimista ó fatalista, porque nadie procura para sí lo indeseable, y porque es el ánimo con que se hace el camino de la vida, lo que mayormente allana las dificultades ó las agranda, como lo expresa el cantar:

«Cuando voy á casa de Rosalía,  
se me hace cuesta abajo la cuesta arriba;  
y cuando vuelvo,  
se me hace cuesta arriba la cuesta abajo.»

Y el mismo hecho natural de la terminación de la vida, tan natural como el hecho del comienzo, y lo mejor que hay en el mundo después de la vida, en cuanto es la previa seguridad de la terminación



de todos los males irremediables, es también, como la casa de Rosalía, una cuesta arriba para el que la teme, una cuesta abajo para el que la desea, y un accidente inopinado para el que no la teme, ni la desea, ni piensa en ella.

Nadie puede dar lo que no tiene, y no puede dar la dicha el que está instituido en arsenal de desdichas reales ó imaginarias, como no puede dar la alegría el que está triste, ni la cultura el que está inculto, ni la luz el que está á oscuras; como no puede construir, ni ideal ni materialmente, el que carece de los respectivos materiales de construcción. Por esto no pudieron hacer dioses vestidos los hombres que andaban desnudos, ni dioses justicieros los que no tenían idea alguna de la justicia, ni dioses alegres los pueblos tristes, ni dioses indulgentes los pueblos rencorosos.

El que vive entre bárbaros se contagia de barbarie, como el que vive entre malvados se contagia de perversidad el espíritu; y con tales elementos nadie puede

convertirse, sino por excepción, en almacén de amenidades, mientras que la alegría y la bondad también son contagiosas, pero no pueden irradiar de un antro de rencores y resentimientos, suscitados en cada uno por la torpeza, la grosería ó la malevolencia de los otros. El material de que hemos hecho á Dios—el deseo del bien para los otros—no puede elaborarse en los que viven en una atmósfera de maldades y son un caldero de acritudes, sólo propio para la elaboración del deseo del mal para los otros, que es el material de que hemos hecho al diablo.

Cronológicamente, éste ha precedido á aquél en los mismos millares de siglos en que el hombre salvaje ha precedido al hombre civilizado, pues el ser humano, en el estado de bestia humana, sólo podía concebir ó engendrar, con los elementos de su imaginación, dioses al estado de superbestasias.

Cuando todo el bien que un ser humano recibe de otros seres humanos pro-

viene sólo del miedo de éstos á la maldad de aquél, no existe en el espíritu humano el material para hacer los dioses buenos, y el salvaje sólo puede imaginar los espíritus malos, que el hechicero indio, especialista en el arte de asustarlos y ponerlos en fuga, expulsa del cuerpo de los enfermos por medio de ritos y ceremonias intimidantes, que es el mismo carácter específico del exorcismo cristiano, para expulsar los demonios del cuerpo de los poseídos.

Cuando el hombre no sabe nada no puede imaginar seres que sepan más que él mismo, y por este motivo ningún dios ha sabido que la tierra fuese redonda antes de que la expedición de Magallanes diese la vuelta al mundo.

Como los seres imaginarios son un mero trasunto espiritual de los seres reales, los de cada nueva era son superiores á los de la vieja, y los hombres de cada época son mejores que los dioses de las épocas precedentes, y en la contienda consecutiva entre los dioses nuevos y los

viejos, entre los hombres nuevos y los dioses anticuados, éstos representan la barbarie y aquéllos la civilización. Y así acontece que, mucho después que una agrupación humana ha dejado de ser caníbal, sus viejos dioses, retardados, siguen exigiendo sacrificios humanos de sus fieles para desenojarse con ellos; sacrificio de vidas en un principio, y de bienes, de goces y de alegrías más tarde. Y sólo centenares de siglos después de haber cesado en los padres el derecho de mortificar y matar á los hijos, se llega también á negárselo á los dioses, sustrayéndose los fieles mismos á las epidemias con la higiene, á la crueldad con la cultura, y á los terremotos con las casas de cemento armado, reservándoles, como último resto de un poder en decadencia, el derecho de aniquilar á los jóvenes robustos en la guerra, poder que les agradecemos solemnemente cuando lo han empleado en perjuicio de nuestros enemigos, ó les agradecen éstos cuando lo han empleado en perjuicio nuestro.

Cuando toda autoridad de una persona sobre otras procede del mayor poder, la única forma de relación entre ellas es la expresión de la voluntad del más fuerte y la prevención de los males con que castigará la inobediencia del menos fuerte, pues, para que una orden se convierta en acción, basta que sea obedecida, y no es necesario ni que ella sea buena, ni que el ejecutante forzoso sea capaz de comprender su objeto, su utilidad ó su bondad. Un consejo, por el contrario, no puede llegar á ser una acción, sino cuando el aconsejado puede comprender su acierto ó su conveniencia.

Por lo tanto, es apto sólo para ejecutar órdenes, buenas ó malas, el que es incapaz de seguir consejos; y si las órdenes son buenas, las acciones correspondientes podrán ser buenas también, con lo que todos los problemas de mejoramiento social, en el régimen de la autoridad, se reducen á la educación del príncipe y á la reforma de las leyes y los reglamentos, prescindiendo del problema

de la capacidad de comprenderlos en los ejecutantes, que es, precisamente, el problema de la libertad individual de obrar bajo los dictados del propio entendimiento, el cual viene á ser artículo de primera necesidad cuando la regla de conducta es optativa, y atributo superfluo cuando la regla es compulsiva.

La ventaja del primer sistema consiste en que un imbécil puede ejecutar la acción pensada por un ser inteligente, y su desventaja, en que deja subsistente en aquél la imbecilidad, que no es obstáculo para la ejecución pasiva de la buena acción impuesta, y que el acto resulta bueno, pero no resulta moral, desde que el ejecutante está en el mismo caso pasivo del caballo de una ambulancia en que un herido es conducido á un sanatorio.

La orden podrá ser impartida por el dictador benévolo de Renan y ser razonable también, pero no hará surgir por ello en el ejecutante la benevolencia y la razón que sean innecesarias para darle cumplimiento, pues el discernimiento

propio no puede ejercitarse en lo que no interviene, como era el caso de aquellos capuchinos que el viajero inglés Young vió en París en 1789, plantando las coles con las raíces en el aire y las hojas en la tierra, para adiestrarse en el hábito de la obediencia ciega, en la más lógica y completa adhesión al aforismo de San Agustín, según el cual, «había en las Sagradas Escrituras más sabiduría que toda la que pudiera provenir del ingenio humano». Empleados de ese modo, los más perfectos dogmas serían una máquina perfecta de atrofiar la razón y el discernimiento individual. Por esto, la apariencia de civilización que los misioneros habían elaborado en los indígenas de las Misiones, enseñándoles á dejarse conducir y no á conducirse, desapareció *ipso facto* con la expulsión de los jesuitas por Carlos III.

Y aquí se destaca en su mayor relieve la diferencia fundamental entre los curadores de las almas y los educadores de la inteligencia, porque éstos se proponen hacerse innecesarios al pupilo acciden-

tal, y aquéllos se proponen hacerse imprescindibles al pupilo perpetuo; los unos se proponen hacer aparecer su propia superioridad en el alumno para emanciparlo del maestro y de la disciplina escolar, y despedirlo de la escuela; los otros, por el contrario, se proponen enfeudar la mente del hombre común á su superioridad espiritual privilegiada é incommunicable al hombre común, para incorporarlo á su rebaño de fieles, apriisionándolo con sus terrores y sus esperanzas específicas en su credo y en su iglesia.

La mente humana, reducida á simple cabalgadura del precepto religioso, en el creyente instituido en simple instrumento de la voluntad divina; la razón humana, tomada superflua por la presencia de la razón divina; y el catecismo, empleado, en consecuencia, para injertar la clarividencia de los profetas pasados en la imbecilidad inalterable de las generaciones venideras, esto es lo que podríamos llamar el método musulmán de anular



con la seudo inteligencia divina á la inteligencia humana.

Ciertamente, el superior que diese los motivos de su orden se vería expuesto á ser justamente desobedecido por el inferior que la considerase equivocada por incapacidad de comprender su acierto, y no es posible entonces pasar de la disciplina de la obediencia inmotivada á la disciplina de la obediencia racional, sino creando en el inferior la capacidad de comprender los motivos del superior, con lo que, como en el «Mensaje á García», la mera enunciación del propósito hará innecesaria la orden, pues cuando el razonamiento adquiere en el espíritu del inferior ó del igual inteligentes, la eficacia que tienen en el espíritu del inferior ó del igual en bruto el látigo y el palo, éstos se tornan innecesarios para aquél.

Por esto, los dioses que dictaban en la antigüedad sus mandamientos por la boca de los profetas á los pueblos semibárbaros, se vieron obligados á conminar la

desobediencia á sus mandatos con todas las calamidades de la naturaleza. Y las remanencias del método de intimidación recíproca, único posible para las relaciones de los hombres en bruto, se notan todos los días y en todas partes, como jirones dispersos de la barbarie precedente.

Por cierto, la mayor ventaja de la dualización del hombre en los dioses, ha consistido en la creación de un nuevo poder: el poder espiritual enfrente del poder brutal, y sobre cuya autoridad, certificada por el milagro, los espíritus superiores podían asentar sus más altos ideales de vida, para las masas rezagadas en la barbarie original, formulándolos en reglas de conducta incomprensibles para el vulgo y detestables para el déspota, pero admitidas por entrambos bajo la conminación de los terrores religiosos. Así la norma de conducta del salvaje, que es sencillamente *por la fuerza*, se transmuta en esta otra: «por la voluntad de los dioses».

Cuando la capacidad de conocer y estimar espontáneamente la superioridad moral de la conducta y de la regla, aparece, al fin, en las capas superiores de la sociedad, la fórmula de los profetas *así habló Dios*, se transforma en esta otra: *Vox populi, vox Dei*. La fórmula medioeval es en Inglaterra *Dieu et mon Droit*, y en el resto de la Europa «Dios y el Rey», hasta la Revolución francesa, que la transmuta en *Dios y la Patria*, y luego *Dio é Popolo*, en la concepción mazziniana, para perder finalmente el primer término en la fórmula moderna *por la razón de la fuerza*, y encaminarse por el desenvolvimiento de la sensatez humana hacia la fórmula supersiguiente «por la fuerza de la razón».

Los instintos naturales eran motores suficientes para la conservación de la vida natural; pero el 99 por 100 de las posibilidades humanas estaban en la vida social, y para la conservación de la vida social eran necesarios los hábitos sociales, los instintos artificiales correspon-

dientes. El lenguaje, desde luego, para establecer en cada agrupación humana una inteligencia común sobre las cosas, y la religión en seguida, para establecer una inteligencia común sobre las causas de las cosas, debieron ser los primeros instrumentos intelectuales que hicieron el oficio del instinto en la vida social.

Estos hijos intelectuales de las necesidades de la vida social, creaban nuevas condiciones sociales, que venían á ser madres de nuevos hijos espirituales, y la sucesión de hijo á padre y de padre á hijo, en el orden convencional, seguía paralela con la sucesión de hijo á padre y de padre á hijo en el orden natural, con la sola diferencia de ser ésta uniforme y de ser aquélla multiforme, y superior por esta circunstancia, pues una sola lengua y una sola religión habrían sido para la humanidad un callejón de rutina sin salida, por la anulación de la posibilidad de variar, de que depende la posibilidad de mejorar. Por esto la posibilidad de mejorar es limitada en el radio de

los instintos naturales, é ilimitada en el radio de los instintos sociales.

Así el rol histórico ó sociológico de la diabolidad y de la divinidad es el de ser una hipótesis de la vida y del mundo para suscitar en el individuo el deseo de los bienes sociales, el deseo de lo bueno, lo verdadero y lo bello, en la misma manera en que el instinto animal suscita el deseo de los bienes animales.

Esas hipótesis obran, por supuesto, en el espíritu de los hombres, como todas las otras, por acción de presencia ilusoria, y serán buenas ó malas, como el cerebro mismo en que actúan, según el uso que de ellas se haga. Si dos hombres ó dos ejércitos, verbigracia, de la misma raza y con las mismas armas, luchan el uno contra el otro, con el mismo grado de fe en el concurso de la misma hipótesis sobrenatural, el único efecto de ésta será el acrecentamiento, en la misma proporción, de los muertos y heridos de cada parte, es decir, el mismo que producirían á igualdad de dosis el senti-

miento del patriotismo, del derecho, de la justicia ó de la venganza y el odio.

Mientras el hombre no puede educar sus sentimientos en la realidad, porque esta es aún ineducativa en el estado de barbarie, construye la idealidad, como escuela del ánimo y del sentimiento para ir á más. Esto son las religiones, las leyendas y los cuentos populares, la poesía, la música, la pintura y la escultura, la mitología y la epopeya, el teatro y la filosofía; esto son *Dafnis y Cloé*, el *Emilio*, de Rousseau, *Pablo y Virginia*, *Los Miserables*, *El Judío Errante*, *David Copperfield*; esto son las comedias de Aristófanes y de Molière; los dramas de Sófocles, de Shakespeare y de Racine; las obras de Praxíteles y de Fidias, de Miguel Angel y de Rubens; los diálogos de Platón; las églogas de Virgilio; esto son *La Divina Comedia*, del Dante; *El Quijote*, de Cervantes; *El Fausto*, de Goethe; *El Eclesiastes*, *El Apocalipsis*, *La Marselesa*, *El Contrato Social*, *El Salmo de la Vida*; expedientes para crear en el opti-

mismo de la vida social el instinto motor del progreso social.

En el estado primitivo en que todas las fuerzas de la naturaleza, aún incognoscibles, gravitaban desastrosamente sobre el hombre desnudo, inerme y á la intemperie, y en que el más feroz se imponía á los menos feroces, y el más fuerte en necesidad se comía sin metáfora al más débil, para el que no existía defensa, ni clemencia, ni escapatoria, la idea de un poder invisible, actuando en sentido inverso á la realidad, hubiese sido incomprensible en la época en que los hombres superiores preferían la carne de hombre á la de cualquier otro animal.

Del mismo modo, la idea de la resurrección de tales muertos no podía combinarse con un modo de ser diferente del que habían tenido en vida, y el objetivo manifiesto de los ritos funerarios primitivos es el de precaverse contra las malas inclinaciones de los difuntos. Y naturalmente, la idea de ser malos en otra vida, no era de ningún modo desagradable

para los que estaban acostumbrados á ser malos en ésta.

Hasta que la esclavitud, la ganadería y la agricultura, hicieron innecesario el canibalismo y posible la agrupación social, no pudieron existir y subsistir hombres buenos, y hasta que no hubo hombres buenos en el mundo real, no existió el material de que podían ser hechos los espíritus ó los resucitados buenos en el mundo ideal, y también la idea de ser buenos en otro mundo sólo podía ser apetecible para los que estaban aficionados á ser buenos en este mundo, con lo que hubo desde entonces dos especies de vida imaginaria, concordantes con las dos maneras de la vida real, y entrambas igualmente aceptables para sus respectivos destinatarios, como ocurre, verbigracia, entre los brahmanes y los sudras de la India, porque los últimos tienen el espíritu igualmente degradado para ser parias en esta vida y en la otra.

Ningún hombre aspira, si no es por aberración actual, á ser mujer en otro



mundo, y ninguna mujer á ser hombre, porque nadie puede aspirar á ser lo que no sabe gustar, sino á ser la misma cosa en mayor medida ó en mejores condiciones, y el salteador de caminos no aspira á ser obispo en la otra vida, por las mismas circunstancias de esta por las cuales el obispo no aspira á ser general, ni el general á ser obispo, pues teniendo cada uno gustos, hábitos y conceptos diferentes del bien y del mal, es natural que el bandido y el apache, el avaro, el pordiosero y el tirano, que están aclimatados á su modo de ser en este mundo, quieran ser la misma cosa con más suerte en cualesquiera otros mundos, y que el alcoholista prefiera, v. gr., el infierno con aguardiente al cielo con agua de pozo.

Pues el peligro, de la vida ó del alma, de la salud ó de la fortuna, del Código penal ó del infierno, es el picante de la existencia, y la dosis intolerable para la sensibilidad delicada de los unos es deliciosa para la sensibilidad curtida, embo-

tada ó estragada de los otros, embotamiento á que, por otra parte, se llega con una rapidez prodigiosa en la guerra, que es el infierno, según la definición de Sherman, ó bien la locura metodizada, por oposición al pánico, que es la locura fulminante y momentánea.

Esta necesidad del peligro, como estimulante bárbaro de la vida, en defecto de la aptitud para sentir los estimulantes refinados que proporciona la cultura y á la que hemos dado el pomposo nombre de «culto del coraje», fué uno de los factores principales de la guerra al estado endémico, que sobrevino entre nosotros á raíz de la emancipación, y que subsiste aún en otras regiones del nuevo mundo, menos contagiadas por los estimulantes modernos de la vida.

Esa necesidad del peligro, para darle un sabor fuerte ó exótico á la vida, en el alpinismo del delito ó del pecado, que hizo la barbarie cristiana en la Edad Media, y que va por tanta parte en la barbarie moderna, en la reincidencia, en el

duelo y en el apachismo; que fué el factor del espíritu aventurero, levantisco y belicoso de los caballeros cristianos, rudos y analfabetos; que culminó en el montonero el gaucho malo y el político de avería entre nosotros, porque el placer de haber escapado á un peligro es tanto mayor cuanto más grande haya sido el riesgo de perderse, lo mismo para el cazador de emociones fuertes que aguanta los corcobos de un potro indómito ó se encabrita él mismo contra el gendarme ó la cultura, que para el que arriesga su dinero al azar de la suerte, porque la necesidad de gustar la vida, y la circunstancia de que sólo tenemos la sensación máxima de las cosas cuando las ganamos ó las perdemos, por la cual el jugador que pierde su dinero gana sus emociones, y el que tiene un reducido registro de emociones, tiene que hacerles dar el máximo de juego para ocupar con ellas todas sus energías; esa misma pobreza de ideas y sentimientos affige también á la Italia, según esta descrip-

ción de Mantegazza: «Nuestra plaga y nuestra vergüenza es la criminalidad. En el balance del pueblo europeo consignamos con sangre cifras demasiado altas y demasiado humillantes... Diríase que muchos, demasiados hombres de la clase alta, han escrito en el secreto de su conciencia, como norma de la vida, la cínica frase del célebre ministro francés: *se froter au gîbet sans y monter.*»

Esas cifras son, por supuesto, más altas en las partes de la Italia en que es más tenue la difusión de las luces y más denso el fanatismo religioso. Y la creencia de que esto es el remedio de aquello; proviene de que cada uno supone apetecible ó detestable para los que están en otras condiciones, lo que es apetecible ó detestable para él por la educación y la condición en que se encuentra, y no por la fe que profesa.

El espacio se torna tenebroso para el espíritu cuando cesa la luz, y el ambiente se torna temeroso para el ánimo cuando cesa la seguridad social. Y del mismo

modo que las tinieblas son una condición ventajosa para algunos animales, por una cierta configuración de los ojos, la inseguridad es también una condición ventajosa para algunas personas, por una cierta configuración de los sentimientos. Y como todos tienden á entablar la lucha por la vida en el terreno que les resulta más ventajoso, cuando los últimos son los más ó los más fuertes, establecen el régimen de la violencia y de la inseguridad para todos, como acontece entre los indios y los beduínos, y acontecía entre los europeos al comienzo de la Edad Media y entre nosotros desde 1820 á 1853.

Porque las tinieblas no son tinieblas para el vampiro, que puede ver en ellas su presa y no ser visto por ésta, y para el malvado y el bellaco, para el que sólo tiene sentimientos brutales en su registro emocional, el desorden, que constituye su caldo gordo, es tan apetecible como el orden para el que sólo puede prosperar en el orden. Por esto no buscan la luz y el orden los que pueden pasarlo mejor en

las tinieblas y en el desorden. Y no es apagando la luz de la razón en la mente, y sembrando terrores en el corazón del hombre, según el plan musulmán de la vida, sino elaborando en el ser humano las aptitudes para ver en la luz y para prosperar en el orden, como se puede pasar de la barbarie á la civilización. Por esto fracasó en ese intento la teología cristiana en la Edad Media, cuando la civilización cristiana consistía en matar musulmanes y herejes, y la musulmana en matar cristianos é infieles, como fracasó en la América, en que los directores espirituales y los caudillos bárbaros están, respectiva y subconscientemente interesados en que reinen las tinieblas y el desbarajuste.

Pero volvamos de nuevo atrás. Estábamos en el punto en que los hombres, habiendo llegado á constituir condiciones privilegiadas, habían encontrado en los hombres dichosos el material para hacer dioses buenos. La vanguardia de la humanidad sigue avanzando con ello, y

llega así á la idea del derecho y al sentimiento de la justicia, con los cuales puede confeccionar dioses justicieros, dioses que pueden hacer el mal á los malvados para castigarlos y á los buenos para urgirlos á ser más buenos.

Y al lado de los seres imaginarios que podían hacer el bien y el mal, los que sólo podían hacer el mal vinieron á quedar en la condición inferior de pobres diablos, del mismo modo en que, al lado de los hombres civilizados, que pueden hacer el bien y el mal en grande, los salvajes que sólo pueden hacer el mal en pequeño, han venido á quedar en la condición subalterna de seres inferiores.

Del propio modo en que son necesarios una idea ó un plano previos para hacer una casa, un proyecto para ejecutar una obra, un rumbo ó un camino para ir á alguna parte, es necesario un modelo, un ideal de superioridad para realizar una especie de superioridad, una regla elevada de conducta para desempeñar una conducta elevada, y era sólo ideando

seres modelos y reglas superiores de conducta, cómo los hombres podían proveerse de medios y de vías de ascensión. Y del hecho de que los tenían los europeos y no los tenían los aborígenes de América, provenía la inmensa superioridad de los primeros sobre los segundos á la época del descubrimiento de Cristóbal Colón.

Pero no todo son flores y pan pintado en lo de tener dioses buenos y mandamientos divinos, símbolos y fórmulas del bien, pues como el individuo que asciende en el camino de la vida á remolque de sus cambiantes ilusiones juveniles, para quedar en la vejez prisionero de los hábitos adquiridos en el trayecto, las sociedades humanas han marchado en el cuesta arriba de la evolución ascendente, á remolque de sus cambiantes utopias, y las religiones que hacían la instrumentación del ideal, han sido el andamiaje para la construcción del sentido moral en el espíritu humano, más particularmente del sentido de la reverencia, de suyo excluyente del sentido crítico.



Pero la construcción sentimental no podía ir más arriba que el andamio intelectual, y cuando éste era construído en mampostería sagrada, quedaba emparejada la fuente misma de la utopía, y toda tentativa para levantar el andamiaje, á fin de levantar la construcción, era ahogada con la cicuta, la cruz ó la hoguera.

De ahí adelante, la posibilidad del bien queda personificada en Dios y los santos, y la del mal en el diablo y las brujas. La religión no consiste en hacer el bien, sino en venerar los símbolos mágicos del bien; no en el cultivo del ingenio humano que ha producido los diablos y los dioses, los instrumentos y los métodos, sino en adorar á Dios y los santos y estigmatizar al diablo y á las brujas, recitando las súplicas y las laudatorias á los unos y las execraciones á los otros. Y el sentimiento religioso viene á ser el cauce principal por el que las energías corren en torrente devastador, desde que los credos han sido instituídos en elixir de

vida perdurable, por los respectivos alquimistas del pensamiento.

Estamos en el extremo opuesto del «cónócete á ti mismo», y de «la mente sana en cuerpo sano», del *self help* y del *self government*. El hombre debe conocer á Dios únicamente, para dejar que se haga su santa é inescrutable voluntad, reduciéndose á mantener por su parte la pobreza de ánimo en el cuerpo debilitado por el ayuno y las privaciones.

El plan de la moral teológica consistía en considerar pecaminosos el amor, la duda, la curiosidad, el saber, la belleza, la gracia, la riqueza, el aseo, la razón, el ingenio y la alegría, vale decir, todas las condiciones propias de la dicha actual, para reemplazarlas con la esperanza de la dicha futura, y sucedía lo que acontece cuando se injerta la planta de fruta dulce en la planta de fruta amarga: que se tiene la fruta dulce en la rama que procede del injerto y la fruta amarga en las ramas que proceden del tronco, común á las dos variedades, y dependiente de las

condiciones del suelo, del clima y del cultivo, como depende el individuo del acervo común de ideas, sentimientos, costumbres, instrumentos y métodos.

Hoy estamos empezando á saber que el arte de ser bueno consiste en el arte de ser dichoso, por el buen humor que es el perfume moral que fluye de la buena salud, y del extenso y variado registro de emociones, y para hacer buenos á los otros nos empeñamos en enseñarles á ser dichosos, para que puedan ser bondadosos; pero cuando se aspiraba principalmente á la dicha imaginaria que es el galardón teológico de la desdicha verdadera, el arte de conseguirla consistía en hacerse pobre de espíritu, triste, ignorante, desaseado, temeroso y crédulo. La tradición religiosa era el único material de enseñanza, y las descripciones del cielo, donde vivían los mansos y los infelices del mundo, y las del purgatorio y del infierno, habitadas por los desobedientes y los felices de la tierra, ocupaban en las escuelas de la Edad Media el sitio que tie-

nen en las de nuestros días la Historia, la Geografía y las Ciencias naturales.

Se pretendía hacer brotar en el individuo las buenas intenciones para los otros, de las mismas circunstancias de que brotan las malas, y para explicar la discrepancia entre los principios y las obras, se decía que en los cristianos bárbaros, groseros, crueles, perversos y devotos, existían las formas y faltaba el espíritu del cristianismo, el cual no ha comparecido hasta que, y en la medida en que la higiene, la cultura y la técnica han creado en el hombre moderno las condiciones del bienestar propio, de que puede emanar espontáneamente el deseo del bienestar para los otros.

Llevándose esto del Extremo Occidente al Extreme Oriente, y prescindiendo de la divina Providencia, de los santos y de sus milagros, los japoneses han logrado, en cuarenta y cinco años de escuela sin Dios, los beneficios del poder humano alcanzado por el Occidente en los últimos cinco siglos, con el empleo si-

multáneo de los procedimientos mágicos y de los métodos científicos, fruto no alcanzado por los cristianos de Abisinia en quince siglos de protección divina sin ciencia humana.

Las religiones son distintas, porque las verdades ideales, á diferencia de las experimentales, son de la misma naturaleza de las ilusiones, como lo insinúa Taine, cuando dice que «una doctrina no nos gusta, porque la creemos verdadera, sino que la creemos verdadera porque nos gusta», y nos gusta, porque nos han prehabituado á esa y no á otra. Y consistiendo en una clase ó forma diferente de andiamaje de utopia fósil para la conducta, erigida en lecho de Procusto para la razón humana, por la ubicación del origen del bien en los símbolos, los dogmas y los ritos, las diversas teologías hacían consistir la civilización en la simple *conversión* de los bárbaros, en lugar de todo lo que hoy se designa con la palabra *educación*.

La Historia Sagrada, tejida por sacer-

dotes guerreros, se desenvuelve sobre esta inteligencia del hombre y del mundo como regidos por poderes mágicos, que el pueblo de la antigüedad, que ignoraba más completamente el poder de la educación y de la inteligencia humanas, y que por esta causa inventó la teocracia y las guerras religiosas, contagió al cristianismo y al islamismo, salidos de su seno.

Entendiéndose que el bien y el mal, la dicha y la desdicha de los hombres, no provenían de las aptitudes y de las ineptitudes de los hombres, sino de las aptitudes y de las ineptitudes de los dioses, la civilización no consistía en hacer la guerra á la ignorancia, á la miseria, á la iniquidad, al dolor, al despotismo, sino en hacer la guerra á los falsos dioses y á los dioses malos, en defensa de los verdaderos y los buenos, para rendirles perpetuo culto en la imbecilidad perpetua, á fin de conseguir, en compensación, la dicha perpetua.

Y cuando los representantes mismos

de los dioses buenos están en el estado natural de imbecilidad, sagrada ó profana, desempeñan fatalmente su rol divino con los materiales mentales de que están hechos el diablo y el infierno, porque son los únicos que tienen. «Que solamente lo que tenemos-adentro podemos verlo afuera», dice Emerson, y los diablos, las brujas y los fantasmas que los hombres ven en todas partes á donde van, son las que el *folk-lore* y la enseñanza religiosa les han metido dentro del espíritu, y como tampoco podemos dar á los otros sino aquello de que estamos sobrados, los pobres de espíritu, ungidos con la verdad divina y repletos de terror del mañana, sólo podían dar el terror del infierno, de que estaban rebosantes.

En esas condiciones, los mismos sacerdotes cristianos, con el espíritu incubado en esos invernáculos de pesimismo que ellos llaman «ejercicios espirituales», llegaban fácilmente al máximo de inconsecuencia con el sermón de la montaña, torturando ó quemando vivos á los otros

cristianos porque estaban en el máximo de indigencia mental para comprender la regla de oro de la conducta: «no hagas á los otros lo que no quisieras que te hiciesen á ti», y hacían innecesario el oficio del diablo en la tierra, enviando ellos mismos el 90 por 100 de las almas de su rebaño de fieles al infierno á hacerle compañía al demonio.

Pues como el bajo, que sólo puede entonar una partitura de tenor en su registro de bajo, en el Dios de bondad y de severidad, de esperanza y de temor, de pesimismo y de optimismo, y en esos mundos de cielo, purgatorio é infierno á perpetuidad, los pobres de espíritu sólo podían conjugar, con su indigencia de sentimientos y de luces, la severidad, el temor, el pesimismo, el purgatorio y el infierno á perpetuidad.

Y de esa infeliz combinación de circunstancias salieron las atrocidades eclesiásticas de la Edad Media y de los tiempos modernos, las atrocidades políticas del terror jacobino en Francia y del te-



rror federal entre nosotros, porque la discordancia entre la excelencia intelectual de las partituras y la indigencia mental de los ejecutantes en los jacobinos, recién nacidos del despotismo á la libertad, en los inquisidores encandilados por el obscurantismo, y en nuestros federales analfabetos de la libertad política, hizo, respectivamente, el cristianismo, el liberalismo y el federalismo abominables.

De ahí que «el Dios de los cristianos» no sea, ni haya sido jamás, la misma cosa en dos regiones ó en dos momentos diferentes, sino menos fúnebre, tétrico, solemne, intolerante, iracundo, cruel, implacable y vengativo, cuando, donde y á medida que el hombre se hace, por otros conductos, más tolerante, optimista, instruído, ecuánime, sociable y desprendido.

Tal fué el origen de la «crueldad cristiana», que fué la característica inmoral de la Edad Media, pues el ayuno, las privaciones, la suciedad deliberada para el

«olor de santidad», el cilicio, las flagelaciones, el tormento y la hoguera, no fueron más que los corolarios del dogma de la expiación del pecado por el sufrimiento. Viceversa, la cultura intelectual y el empleo industrial de las fuerzas naturales en sustitución de las fuerzas humanas, y las amenidades de la vida contemporánea, engendran en el espíritu del hombre, en situación confortable, el deseo natural del bienestar de los otros, y así la técnica y los ideales humanitarios constituyen el nuevo andamiaje intelectual, desde el cual han sido construídos los pisos superiores de la moral humana; el sentimiento de la solidaridad de los hombres, enfrente de la comunidad de los bienes y de los males, por la contagiosidad inherente á los vicios y las enfermedades; por la repercusión de las maldades de los unos en los otros; por la disfrutabilidad común de las ideas y los sentimientos generosos, de las amenidades, las luces, las ciencias y las artes de cada uno por los otros pueblos.

Y, en resumen, la hechicería, el tabú y la magia, son los primeros artificios intelectuales con que los hombres intentan sustraerse al mal: el primer expediente defensivo, sugerido universalmente por la naturaleza interior en reacción contra la acción de la naturaleza exterior. El segundo artificio lo constituyen los espíritus buenos, cuyos servicios se piden y se pagan como los del médico, sin relación alguna con la condición ó la calidad moral del necesitado, como en el caso del ratero napolitano que se encomienda previamente á la *Madonna*, para asegurar su concurso en el golpe que tiene en mira, hasta que, finalmente, se hace intervenir al elemento moral, para condicionar por él el intercambio de servicios entre los seres reales y los seres imaginarios, que llega por esa vía á condicionar las relaciones de los seres reales cuando adquiere un valor económico igual ó superior al del oro mismo en el crédito mercantil.

Las religiones que han constituido el

andamiaje para la construcción del sentido moral, y que han sido, como el despotismo y la esclavitud, útiles y necesarias en su momento, siendo el feudalismo del espíritu, se tornan, como la esclavitud, la servidumbre y el despotismo, inútiles ó perjudiciales, cuando su momento ha pasado. Para hacer el edificio es necesario hacer el andamio, y una vez concluido el edificio, es necesario demoler el andamio, que se ha vuelto estorbo.

Debemos á los diablos y á los dioses, á las brujas, á los sacerdotes, á los esclavos y á los tiranos nuestros sentimientos morales, como debemos nuestra experiencia á nuestros errores y porrazos y á los cadáveres el secreto de la salud, como debemos la cruz roja y el pacifismo á los horrores de la guerra; pero la fuerza y el miedo, la religión y la guerra, que han desempeñado para el orden moral de la humanidad, en la infancia de la civilización, el rol del ama de cría para el niño sin dientes y del látigo para el adolescente sin experiencia, no podrían perpe-

tuarse sobre la humanidad moralmente adulta, sin aniñarla á perpétuidad, como aniña al esclavo adulto el látigo que educa al niño á ser hombre.

Porque el adulto que teme al diablo como el niño teme al cuco; el que enciende velas á un santo para que sane á un enfermo; el que le reza á una imagen para que llueva; el que hace promesas á una virgen para que ésta le haga un milagro, tiene, para esos fenómenos del mundo, la misma trocha mental del niño que espera los juguetes que le traerán los Reyes magos en la Nochebuena.

Debemos nuestra capacidad moral de conducirnos á los terrores religiosos y á los terrores laicos, y no se las debe el que no tiene la capacidad de conducirse sin ellos. Los que todavía están en la escuela de la sujeción, del sufrimiento y de la inexperiencia, no deben la libertad, el confort y la experiencia de que carecen á aquellos de quienes no las han adquirido.

Las religiones son artificios intelectuales para el mejoramiento de la condición

del espíritu humano en un pueblo, en una secta, en una casta, por una coordinación de terrores y esperanzas ilusorios, erigidos en brújula y en faro de la conducta en el mar de la vida social. Y los diablos, los dioses y los dogmas son las muletas espirituales del hombre tullido para el pensamiento y la acción por la imbecilidad original.

Suscitando en el individuo, por el cultivo simultáneo de la inteligencia y del sentimiento, el amor á la verdad, á la belleza y á la gracia, y la posibilidad de buscarlas por el trabajo, la bondad y la libertad, la educación empieza á ser un método para la exaltación de la vida en la especie humana, por el acrecentamiento del capital de ideas, del caudal de conocimientos, del registro de emociones, de la gama de sentimientos, que proporcionan cada vez más variadas y mejores oportunidades para el empleo de las energías humanas en el transcurso de la vida, y que son aquello de que depende que un hombre ó un pueblo sean diferentes, y

mejores ó peores, más felices ó más infelices que otro hombre ú otro pueblo.

Y la técnica, que representa para el hombre moderno un poder auxiliar efectivo, mil veces mayor que el poder imaginario de los genios de los cuentos orientales y que el de los santos de las leyendas medioevales, la técnica es el mesías de incógnito; el redentor positivo de la humanidad, el medio de suprimir la barbarie, que no proviene del error en la elección del dios y del credo, sino de la necesidad de comer para vivir y de no saber encontrar la subsistencia propia sin perjuicio de la ajena, porque el hambre no es extirpable con dogmas y ritos, sino con máquinas de producción y de transporte.

La moral, como la música, una vez elaboradas, se conservan y se acrecientan por su propia virtualidad, educando la una el sentido moral como la otra educa el sentido musical de las generaciones subsiguientes, como las artes plásticas educan el sentido estético, ó las artes li-

terarias el gusto literario. La cultura de una generación hace la cultura de la generación siguiente, del propio modo que la barbarie hace la barbarie. Y si la estética también fuese policialmente obligatoria, como la ética, también perdería por un lado lo que ganase por el otro; también sería degradada por el despotismo y envilecida por el servilismo, la hipocresía y la simulación.

Cada sociedad es un conservatorio de moralidad y de inmoralidad, de ciencia y de superstición, de racionalismo y de misticismo, de optimismo y de pesimismo, en diferentes proporciones relativas, que constituyen el ambiente en que se modela el espíritu de las generaciones nacientes, ambiente que permanece estacionario ó que cambia en un sentido ó en otro, cuando el equilibrio precedente se mantiene ó se rompe. Así la sociedad medioeval fué el producto genuino de la teología, la providencia, el milagro y el director espiritual, como la sociedad moderna es el producto de la filosofía, la libertad



de pensamiento, la educación, el jabón, el carbón, el vapor y la electricidad, que son la nueva providencia del hombre civilizado.

En el orden de los progresos sociales, lo que es normal en una época se vuelve anormal en la siguiente, y cesa, y llega á parecer incomprensible á las generaciones ulteriores, y lo que es inimaginable en una época llega á ser hacedero y normal en épocas posteriores. Pero en el mismo instante, cada individuo está, aun en la misma sociedad, en una época mental, diferente de la de los otros, y los que viven esclavos de las supersticiones religiosas, v. gr., no pueden imaginarse que se pueda vivir decentemente sin ellas, ni los que están emancipados de ellas pueden explicarse que se pueda vivir voluntariamente esclavo de ellas.

La idea de la abolición de la esclavitud, que costó á los americanos del Norte un millón de vidas y tres mil millones de dollars, habria parecido monstruosa é incomprensible á los coetáneos de John

Hawkins, el famoso, honesto y piadoso marino cristiano, iniciador del comercio de negros, que, sintiéndose orgulloso de haber procurado á su país un tráfico tan propicio, cuando fué ascendido á caballero por la reina Isabel, adoptó para su escudo de armas la figura de un negro cautivo amarrado con una cuerda.

Del mismo modo, la idea de que pueda llegar un tiempo en que sea innecesaria la explotación del trabajador, es todavía incomprensible en nuestra era capitalista. Observando los progresos de la China, decía Mr. Dooley: «presiento que va á llegar un tiempo en que tendremos que tratar decentemente á los chinos.» Si fuésemos capaces de presentir que se aproxima el tiempo en que tendremos que tratar decentemente á los obreros, podríamos empezar á tratarlos decentemente desde ahora, y eso sería un inmenso bien para ellos y para nosotros.

### III

## **Masculinismo y feminismo.**

Si dijéramos que las ideas y los sentimientos del hombre civilizado son sobrenaturales ó menos naturales que las ideas y los sentimientos del hombre salvaje, tendríamos que decir también que las flores del cactus ó de orquídea son menos naturales que sus espinas ó sus raíces. Pero el hacha de piedra, la flecha y el bumerang, no han salido de poderes naturales, y la Venus de Milo, el sermón de la montaña, los dramas de Shakespeare, el ferrocarril, el telégrafo, el automóvil y el aeroplano de poderes extranaturales, sino éstos y aquéllos de las mismas aptitudes naturales en diferente grado de desarrollo.

Y el primer pueblo de la antigüedad que procuró asentar sobre el desarrollo de esas aptitudes naturales las instituciones sociales, haciendo de la educación de los ciudadanos una función del Estado, es el que ha hecho los más grandes legados científicos, literarios, filosóficos, políticos y artísticos á la civilización, á la que sólo han aportado supersticiones los pueblos que edificaron la moral y la vida social sobre los poderes extrínsecos al hombre y al mundo, antes ó después de los griegos y de los romanos.

Por esto, cuando tomó consistencia en la filosofía griega la concepción de la inmortalidad del alma, en concordancia con la excelencia mental, Aristóteles la negó á los esclavos y á los bárbaros, considerados en la misma condición de las bestias, por la misma ausencia de calidades mentales superiores, y de las que tampoco están diferenciados los salvajes caníbales de nuestros días, que tampoco tienen acomodo en ninguna de esas residencias para la vida de los muertos, que

ha sido necesario inventar, por la imposibilidad de vivir una especie cualquiera de vida en ninguna parte, y á los que no sería justo echarlos al infierno, ni sería prudente enviarlos al cielo con el alma de caníbal que tienen.

La trascendentalidad que los reformadores filósofos acordaron á la distinción intelectual, fué transferida por los reformadores teológicos del ingenio á la mansedumbre, de la inteligencia creadora á la inteligencia creyente en las revelaciones divinas, que ocuparon el lugar excelso de la perla en la mente rebajada al rol de la ostra, en esa combinación de natural y de sobrenatural.

Y de este modo se produjo una solución de continuidad en la evolución de la imbecilidad al ingenio, que son la misma cosa en diferente estado y con distintas propiedades, como el carbón y el diamante, como la arena y el cristal.

Pues del mismo modo en que existen la voz masculina y la voz femenina en la garganta humana, existen también el

modo masculino y el modo femenino en la inteligencia humana, lo que no quita que haya mujeres con inteligencia macho y hombres con inteligencia hembra, y lo que explica que haya más genios entre los hombres que entre las mujeres, y que ningún hombre de genio apareciera en el mundo desde el siglo III hasta el XIII de la Era Cristiana, porque en este período estuvo encadenado por las diversas revelaciones divinas el pensamiento humano, que es la galladura fecundante del tiempo.

Pues mientras la civilización greco romana fué una civilización masculina, de razón, de pensamiento y de acción, que creó la libertad, el derecho y la justicia, las Bellas Letras y las Bellas Artes, la civilización cristiana fué una civilización femenina de sentimiento, de resignación y devoción, por la glorificación del dolor, que creó la fe, la esperanza y la caridad, el pudor, el favor, la expiación y el arrepentimiento, el derecho divino y la teocracia, quitando á la mente y confiriendo

al corazón la regencia de la conducta, al erigir la pobreza de espíritu y la sumisión pasiva al orden providencial, en tablas de salvación para las almas en el mar de la vida.

Producto de la función, la siquis se desarrolla en la medida, en el modo y en la dirección de la función, y cuando en el estado primitivo, abusando el hombre de su situación, transfiere por pereza á la mujer y al niño, todas ó la mayor parte de las funciones que le corresponden en la comunidad originaria, sacrificando el porvenir de los suyos á su propio presente, queda anulado el desarrollo de la respectiva siquis en los dos sexos, por inejercitación de la función propia en el sexo activo, por la ejercitación de la función impropia en el sexo pasivo, no pudiendo prosperar las aptitudes varoniles en la mujer, que asume las funciones del hombre para la sustentación de la familia salvaje, en perjuicio de la prole, que sucumbe en su mayoría á la adversidad consecutiva del ambiente social, y así

desheredada, en la minoría que sobrevive, de todas las posibilidades acrecentables y no acrecentadas, queda en la misma condición animal de los padres, como es también la necesidad de explotar prematuramente, para la sustentación de la familia indigente, las energías incipientes del niño ineducado, lo que mayormente impide el adelanto social de las clases menesterosas en las sociedades civilizadas.

La inteligencia se forma y se deforma por adaptación al medio, siendo el ambiente el medio extensivo y la escuela el medio intensivo. La diferencia entre la educación racional y la tradicional, consiste en que la primera hace del intelecto un instrumento de trabajo mental, y la segunda solamente un andaribel de mandamientos y rutinas, que gravitando naturalmente con más eficacia sobre los más achatables, centuplican la prepotencia del cacique, del hombre excepcional sobre el hombre común, mayormente



«castrado de la inteligencia», como dice Sergi, lo mismo en España y en Sud-América que en Marruecos, salvo la diferencia de grado, por la persistencia en las primeras de un liberalismo que á lo menos ha impedido que el Africa empezase en los Pirineos, si bien haya padecido también de la ausencia de las aptitudes que no se ejercitan bajo la tutela del altar y del trono.

Aprovechándose de la pasividad mental natural de la mujer, el salvaje le adjudica las cargas y se reserva los ocios de la vida, y aprovechándose de la resignación cristiana del siervo y del villano en la Edad Media, la nobleza y el clero les adjudicaron todos los trabajos y las penalidades, y se reservaron el reposo y los esparcimientos de la vida social ó conventual, sobre la doctrina eclesiástica de la predestinación por el nacimiento, para mandar y disfrutar los unos, para sudar y obedecer los otros, con cargo de resarcimiento en el más allá.

El suelo no vale para la sustentación

del hombre por el patriotismo ó el fanatismo del ocupante, sino por lo que puede hacerle producir la inteligencia del ocupante, y los pueblos que han descuidado ésto para cultivar aquéllo están, por eso mismo, á la cola de la civilización humana.

«La Naturaleza ha dado á cada sexo su destino particular, porque las cosas son tanto más perfectas, cuanto sirven no para muchos usos, sino para uno solo», dice Aristóteles, y porque hacer á las mujeres, física ó mentalmente, iguales á los hombres, hubiese sido lo mismo que no hacer mujeres, y sin las mujeres el mundo sería una pampina para los hombres.

Pero usos diferentes y correlativos reclaman perfeccionamientos simultáneos y concordantes, porque una mujer inferior no puede ser la otra mitad de un hombre superior, y viceversa, porque la parte de cada cónyuge, que no encuentra correspondencia en el otro, queda célibe y tiene qué buscar fuera

del hogar la hospitalidad que no encuentra en él.

Prevaleciendo en el hombre la razón—que es luz que alumbrar sin calentar—y en la mujer el sentimiento—que es fuego que calienta sin alumbrar,—el máximo de posibilidades de la dicha común resulta de la compenetración del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre.

Un indio ona, traído de la Tierra del Fuego para la exposición del 98, en Buenos Aires, estimaba su plan de vida mejor que el nuestro, porque «allá mujer haciéndolo todo, y hombre sentáte no más—decía él,—y aquí hombre haciéndolo todo y mujer sentáte no más».

En esta combinación queda malograda la parte masculina en el capital de energías de la célula humana para la vida social, y la familia subsiste solamente por el esfuerzo de la mujer. En la combinación opuesta, en la mujer sustraída á las actividades de la vida social, queda malograda la parte femenina, y así, mientras los orientales se aburren soberana-

mente en el desierto espiritual del harén con sus recuas de mujeres, ociosas, aburridas y analfabetas, compradas á menudo como las coles en el mercado, y custodiadas por hombres en quienes se ha hecho la más vil degradación de la especie, todas desiguales por las formas del cuerpo y el color de la piel, todas iguales por el espíritu en blanco, nosotros hacemos en una sola mujer un harén de ideales y sentimientos, en el que encuentran hospitalidad y correspondencia todas las cosas que bullen en la mente, todas las emociones que agitan al corazón.

---

## IV

### **El Renacimiento.**

Sucede que las ideas tienen progenitores, como todos los seres y todas las cosas; las ideas son la prole engendrada por el pensamiento en la mente; las ideas surgen, como los compuestos químicos, de la cópula de dos ó más elementos distintos y afines; las ideas nacen, como las gentes, del matrimonio de dos ideas diferentes y precedentes, sólo que ellas son, casi siempre, hijas de padres desconocidos; unidos en connubio secreto en el cuarto obscuro de la subconciencia.

En la génesis de las ideas, como en la génesis de los hombres, sin aproximación y fecundación no puede haber nacimiento. Pero en el reino ideal existe también

la propagación por escisiparidad, que es propia de esas especies inferiores del reino animal, que se multiplican sin conjunción sexual, por simple tradición de la vida del organismo troncal á las partes segregadas para constituir nuevos organismos, en una serie de pseudo-generaciones, al cabo de las cuales la especie vuelve á reconstituirse por fecundación bisexual.

Del mismo modo, en la vida síquica las mismas ideas pueden propagarse indefinidamente, pasando de la mente de los padres á la mente de los hijos, por simple tradición, á la de los extraños por simple inculcación ó conversión, sin fecundación, sin reengendramiento, resultando así la unisexualidad mental, religiosa ó laica: «la pavorosa unidad, bajo la cual el imperio romano hizo perecer á la civilización antigua», como dice Renan, porque esa unidad forzosa, en la que los imperios islámicos y el imperio católico español, que le sucedieron en el poderío, buscaron también

su salvación y encontraron también su ruina; esa unidad era la proscripción del cisma futuro por el cisma pasado, era el cisma crucificado, que se había convertido en ortodoxia crucificante; era el encadenamiento del cisma, que es el ángel guardián de la civilización, al cual debe el imperio británico cismático el haber escapado al infortunio de sus predecesores, tomando el camino opuesto, en lo que se llama «el gobierno de la oposición», que es el gobierno del progreso sustituido al gobierno de la tradición, que «reina y no gobierna», á la inversa de la Rusia, la Turquía y la España, donde la tradición reina y gobierna. Esa fórmula inglesa fué también la adoptada desde 1868 por los vencedores de los chinos y los rusos: el gobierno del progreso, bajo el reinado de la tradición, á la inversa de las repúblicas hispano-americanas, en las que gobierna todavía la tradición, donde todavía gobiernan los frailes ó sus hechuras.

En un caso la mente del hombre es un

simple almacén de pensamiento en conserva, y en el otro es un laboratorio de pensamiento de refresco, lo que no fué viable hasta el advenimiento de la Reforma, en que hubo por lo menos á donde emigrar cuando se cambiaba de parecer.

La Grecia de las letras y las artes es, seguramente, el fenómeno más interesante de la historia antigua, porque es el que tiene más analogías con el presente. Mientras el espíritu humano languidecía en los grandes imperios de la India, de la China, de la Persia y del Egipto, bajo la ortodoxia de las respectivas supersticiones reinantes, el ateniense, que jamás estaba seguro del día siguiente, producía con una espontaneidad que nos asombra, dice Renan.

¿De qué provenía esa fecundidad excepcional, ausente hoy de los griegos que habitan ese mismo suelo? Desarticulados en un semillero de minúsculas democracias que se disputaban el territorio, constituidos por un semillero de facciones que



se disputaban el reducido poder, los helenos tenían dioses municipales y carecían de autoridades nacionales. Por esta inestabilidad, Federico el Grande pronosticaba la ruina de la Inglaterra gobernada por los partidos de la calle y los oradores del Parlamento. Pero el Gobierno de Atenas era menos que eso todavía: era el Gobierno de los charlatanes de la plaza pública.

Y si todas las circunstancias ordinarias eran adversas, ¿cuál ha sido, entonces, la circunstancia excepcional que ha producido los resultados excepcionales? Es que, precisamente, todas esas circunstancias eliminaron á la más perjudicial de todas, á la estabilidad del pensamiento en la ortodoxia intelectual. Nada era estable, y el pensamiento de un filósofo ó de un artista engendraba otra filosofía ú otro arte en el espíritu de otros pensadores, de otros estetas, ensanchándose así el caudal espiritual de las generaciones subsiguientes.

Por el contrario, proscrita bajo el cris-

tianismo en el poder, la originalidad intelectual, la especie humana se propagaba por el renacimiento de las personas, y el pensamiento sólo por el trasiego de las ideas añejas á las mentes nuevas, coexistiendo paralelamente la fecundidad genésica y la infecundidad síquica. Suprimida la cruz del pensamiento cesaron las invenciones y los descubrimientos, y la inteligencia humana sólo pudo dar á luz esos hijos monstruosos del incesto intelectual, que son los diablos, las brujas, los duendes, los incubos, los fantasmas, los aparecidos, las ánimas penantes, la nigromancia y la magia.

La parálisis de la civilización china por el aislamiento en la filosofía de Confucio, coagulada en rutinas mentales; la de la civilización europea en los primeros diez siglos del cristianismo dominante; la de los árabes y los turcos en el islamismo hasta el presente, no son más que formas diferentes de escisiparidad intelectual por retransmisión de los componentes viejos á los individuos nuevos, sin

recreación de nuevos inquilinos del espíritu humano.

Por la propagación de la filosofía griega, favorecida por la invención del papel y de la imprenta, se inicia el concubinato del pensamiento pagano con el pensamiento cristiano, que son los progenitores de la civilización moderna. Y reconstituída así la regeneración del pensamiento por fecundación bisexual, los inquilinos de la mente volvieron á proceder del nacimiento, y este período en que el espíritu humano recomienza á engendrar prole espiritual, después de diez siglos de alojar por tradición los mismos huéspedes en la mente, es lo que con toda propiedad se denomina *el renacimiento*.

Este es el complemento de la idea de Buckle, que atribuye el progreso al desenvolvimiento de la inteligencia, y de la explicación de Robertson, según la cual, el progreso resulta del contacto de civilizaciones diferentes, y también la explicación del mayor adelanto de la América

del Norte por la mayor difusión del pensamiento laico; y del mayor atraso de la España, aun sin libertad de cultos, y de la América española, por la mayor continuidad del celibato intelectual; del progreso final de la República Argentina por la libertad de cultos y el desenvolvimiento de la herejía, con la instrucción laica y la inmigración europea. Esto explica cómo las ideas, las invenciones y los descubrimientos no pueden acontecer en las tribus salvajes, en los pueblos atrasados, en las poblaciones fanáticas.

Porque las religiones se proponen escamotear los usos de la razón humana, con el empleo de los dogmas sacrosantos, remediando la imbecilidad y la ignorancia con esas píldoras de sabiduría infusa, que son los preceptos morales, reducen á la simple conversión de los infieles y de los salvajes (art. 67 in 15 de la Constitución argentina) el problema de la civilización, que consiste en la educación del individuo, y el europeo fué bárbaro durante los quince siglos en que estuvo con-

vertido y no estuvo educado, como son bárbaros los musulmanes, como fuimos bárbaros nosotros en la época de Quiroga, Rosas y Aldao, porque también estábamos convertidos á la religión de nuestros padres y tampoco estábamos educados para la higiene del espíritu y del cuerpo, que será la religión de nuestros hijos.

El Renacimiento reintrodujo furtivamente en el Occidente, con el rol activo de la mente, la antorcha del progreso, que viene disipando las tinieblas del oscurantismo; pero en España, donde la civilización árabe había alcanzado su más alto y excepcional esplendor, del que subsisten aún monumentos insuperados, todas las posibilidades de la situación geográfica y del descubrimiento de un nuevo mundo, se malograron al empezar la era de la renovación intelectual, que ha producido las formas modernas de la vida, porque en lugar de la Reforma aconteció en ella la recrudescencia de la resignación cristiana y cuasi musulmana,

la reincidencia en el empleo medioeval de los santos y de las reliquias, como agentes de la salud en la tierra y de la felicidad en el cielo.

Y el libre pensamiento, el Mesías de incógnito, que traía en la libertad, la curiosidad y el método experimental, las posibilidades indefinidas para la justicia, la sensatez, las Ciencias y las Artes, la benevolencia y la fraternidad, fué entregado por los Reyes Católicos á las torturas del Santo Oficio, y en lugar de la tolerancia que hace posible, por la promiscuidad, la fecundidad intelectual, haciendo tabla rasa de las disidencias mentales, por la expulsión de los judíos y de los moros y la incineración de los herejes, la intolerancia religiosa hizo la uniformidad del espíritu español en ese primo hermano del fatalismo musulmán, que llamamos el misticismo: «Todo terminaba en novenas, misas y procesiones para agradecer los beneficios recibidos, para pedir nuevas mercedes, dice Juan A. García... El esfuerzo humano era un factor inútil,

condenado á vivir en la inercia, envuelto por una complicada trama de privilegios y preocupaciones, por una legislación detallista y opresora que limitaba las fuentes de la riqueza y cerraba todo horizonte al trabajo.»

Y esta es la descripción perfecta de una sociedad humana en la actitud pasiva y femenina de la mente, que nada espera del ingenio humano descalificado expresamente por San Agustín; nada de sí misma, porque todo lo espera del fanatismo religioso y de los fantasmas tutelares, á los cuales atribuye y retribuye todos los accidentes naturales, excomulgando en su nombre á los insectos y á las bestias dañinas y bautizando ó bendiciendo á los niños, á los muertos, á los campos, á las plantas y á los animales útiles, y retardando con estos métodos mágicos el advenimiento de la pedagogía que transforma al hombre y de la técnica que transforma al ambiente.

Para el mejor desempeño de su misión divina, consistente en combatir al diablo

con las armas de la fe, defendiendo «al rebaño de las ovejas del Señor contra las acechanzas del espíritu del mal», la Iglesia se instituye en nodriza de la inteligencia humana para alimentarla exclusivamente con la revelación divina por el biberón del Catecismo, erigiendo la promiscuidad intelectual en crimen de herejía, que atribuye á sugestión satánica. Y cuando el director de la conciencia y el terror al infierno imaginario, no bastan para hacer la depuración del pensamiento, ante la inundación de novedades, erige al primero en verdugo de los pecadores é implanta el infierno mismo en la tierra, con fuego y todo. Y cuando se encuentra, al fin, despojada del poder temporal por el escepticismo, no pudiendo ya quemar los libros y torturar á los pensadores, encierra en el *Syllabus* á los últimos creyentes en el diablo y el infierno, y arroja el *Iudex Expurgatorium*, como una tabla de salvación á las almas naufragadas para la gloria eterna en la libertad del pensamiento.



## V

### **El maternalismo.**

Se ha dicho que el órgano hace la función y que la función hace al órgano. Consiguientemente, lo que no sea ejercitado en la función quedará indesarrollado en el órgano, y la inteligencia de cada sexo y de cada agrupación humana, estará determinada en su cuantía por la cuantía de la ejercitación, y en las modalidades de su desarrollo por las modalidades de la ejercitación, en la serie de generaciones.

Faltarán, por lo tanto, ó serán débiles, en la inteligencia de la mujer, como en la del hombre, las aptitudes correspondientes á las funciones excluidas por la naturaleza y por las circunstancias sociales,

y existirán, ó serán más prominentes las aptitudes correspondientes á las funciones más ejercitadas, y á la diversa combinación de aptitudes intelectuales y sentimentales, de esa manera resultantes en cada pueblo, es á lo que llamamos su carácter.

Pues la necesidad de adaptarse á las circunstancias de la vida, suscita una diferente coordinación de aptitudes para cada diferente régimen de vida, y del mismo modo que la abstención permanente del vuelo, en el régimen del gallinero, reduce la función de las alas al rol simplemente decorativo en el ave de corral, la abstención permanente del discernimiento propio, en el régimen del pensamiento manufacturado y aprobado por la censura eclesiástica, reduce las funciones de la razón humana al rol simplemente declamativo, en el inquilino de los dogmas infranqueables.

Las capacidades excepcionales, que son el resorte natural del progreso, la levadura del ir á más, el expediente de la na-

turalaleza para romper la uniformidad aplastadora de las rutinas en que vegeta por hábito el 94 por 100 de las gentes, son convertidas por aquel medio en guardianes de la uniformidad tradicional, y la evolución ascendente del espíritu queda frustrada por el quietismo consecutivo.

Tal es el mecanismo del estancamiento de las viejas civilizaciones del Asia, hasta que el Japón importó la ciencia europea al Extremo Oriente, y de la civilización europea durante los diez siglos en que los excepcionales desempeñaron el rol de próceres de la rutina religiosa, y hasta que retomaron su rol natural de *pioneers* del progreso, mayormente retardado en España por la mayor subordinación del entendimiento de las generaciones presentes al espíritu de las generaciones pasadas, que hizo del indio en las Misiones jesuíticas el *pendant* del tibetano, vale decir, el ser racional transformado en autómeta del precepto religioso.

La cuna de la foca está en la tierra y su alimento está en el agua. Por esto, la foca madre pesca y lleva el producto de sus aptitudes acuáticas á la boca de su hija en la infancia. El ideal de la foquilla inexperta es la perpetuación de ese cómodo régimen providencial de comer peces sin pescarlos, que la pondría, más tarde, en el caso de ser madre, á su vez, y no saber pescar para su prole, incapaz de procurarse el sustento. Pero á medida que aumenta con la edad y el apetito de la chica el peso de la servidumbre que gravita sobre las aptitudes de la madre, se debilita en ésta el afecto maternal, y á hocicazos echa al mar á la hija rebelde á la ley del trabajo, y le enseña á nadar y á pescar, para abandonarla, finalmente, á los azares de la lucha por la vida con sus propias fuerzas.

En la foca rentista, por el contrario, la carga no pesa mayormente, la solicitud maternal no se debilita jamás, y quiere conservar perpetuamente en su regazo al hijo de sus entrañas, sin echarlo nunca

al mar de la vida, á nadar y á pescar en concurrencia con los extraños.

En aquella familia colonial, residuo de la familia romana en la que el hijo era propiedad del padre, cuya desaparición es tan deplorada por los tradicionalistas, organizada sobre el molde patriarcal, en la que los servidores y sus hijos, y los hijos casados y padres de familia, seguían viviendo como hijos de familia, en la heredad común, bajo el techo y la potestad del padre y abuelo, respectivamente, todo lo que había demás en subordinación para los viejos, con relación al estado actual, existía de menos en independencia para los jóvenes y adultos, en actividad social para la vida nacional, y el hijo de familia moría á menudo, dejando viuda y descendientes, sin haber sido y sin haber sentido jamás las responsabilidades del jefe de familia, sin haber dejado de ser pupilo en el hogar paterno, para ser hombre libre en el hogar propio.

Todo tiene su contraparte, y en la previsión maternal, que hace innecesaria la

previsión propia en el hijo mimado, habituado á dejarse dirigir y á no dirigirse, á ser servido y á no servirse, á no hacer por sí mismo lo que pueda ser hecho por otros para él, á no incomodarse por nadie y á que todos se incomoden por él, la madre cariñosa, ahorrando al hijo las correcciones y prodigándole las satisfacciones, le bonifica él ahora á expensas del después, porque su ideal es el de sustraerlo á todas las molestias, las responsabilidades y las incomodidades, á todos los riesgos, á todas las incertidumbres y las eventualidades, vale decir, á todas las circunstancias que pueden entrenarlo, educarlo y experimentarlo para el rol activo en la vida, porque son al mismo tiempo las que pueden extraviarlo y perderlo.

Pero no hay madre más maternal que «la Santa Madre Iglesia», que sustrae el espíritu humano á la posibilidad del progreso para sustraerlo á la posibilidad del extravío, condenando la libertad del pensamiento como el más grave de los

delitos humanos; limitando ó encauzando la energía mental del individuo, desde la cuna hasta la tumba, por medio de sus mandamientos y sus gendarmes de la conciencia, en una rutina mental, como se encauza el agua en un caño de plomo; cultivando en la mente sólo el lado emocional, el lado de la fe y la credulidad, de la resignación y la obediencia á los gobernantes imaginarios del universo, *perinde ac cadaver*, según la fórmula de los jesuitas; lo que podríamos llamar el lado musulmán del espíritu humano, que reduce á tan poca cosa el estandarte de la civilización, porque lleva directamente á la gloria eterna á través del fanatismo, la barbarie y la miseria interminables.





## VI

### **Las ciencias para la vida y las ciencias para después de la vida.**

Defraudado ó contrariado el proceso de la evolución en el salvaje, que deserta su rol en la vida social y frustra el de la mujer, malogrando el porvenir del hijo, la descendencia no puede superar el estado originario y se queda en la condición animal. Excluido el aporte síquico femenino en la civilización griega; excluido el masculino con inclusión de la mujer en la civilización cristiana y con exclusión social de la mujer en la musulmana, tampoco puede proseguir en ellas integralmente la evolución del mundo moral, para la cual, el hombre y la mujer,

la inteligencia y el sentimiento, no son fines sino medios, como la cultura, la tolerancia y la benevolencia, siendo sus instrumentos principales el hambre y el amor, y su principal objetivo la perpetuación de la vida, más palpitante en el niño, vale decir, la exaltación de la especie para la conservación de la especie, de la que el mundo puede contener infinitamente más y mejores ejemplares en el estado civilizado que en el salvaje, y para cuyo fin, la moral que la naturaleza misma sugiere á la razón adulta, es el acrecentamiento de la compatibilidad recíproca entre los individuos, esto es, el acrecentamiento de la calidad para el acrecentamiento del número.

La generosidad de la naturaleza, como la de la buena dueña de casa, consiste en hacer que la vida sea corta y sabrosa para cada uno, á fin de que alcance para muchos comensales, y el egoísmo de cada comensal en que sea lo más grande y sabrosa para él, aunque sea lo más breve y amarga para los otros. Así éste quiere

uncir la eternidad á su yo, que es lo que la naturaleza ha separado de la eternidad, para hacer en él, por el amor que pasa, la residencia accidental de la calidad accidental, y en consecuencia, todas las fuerzas de la naturaleza son utilizables para este fin, y ninguna para aquél.

Y porque las ciencias y las artes naturales sirven al desenvolvimiento de la especie creadora del mundo moral, en el sentido y con los recursos de la naturaleza, y las ciencias y las artes religiosas sirven á la gloria de los profetas y de los credos, en sentido diferente ú opuesto al de la naturaleza, la fecundidad de la acción humana en el mundo acompaña á las primeras y la infecundidad á las segundas, ventaja incomparablemente mayor que la de todas las organizaciones eclesiásticas, y en la que no pensó Macaulay, cuando imaginaba su neozelandez, contemplando desde el puente de Londres las ruinas de la ciudad en que surgió el *novum organum*, progenitor de los derechos del hombre, de los sueros, de la

telegrafía sin hilos, de los ferrocarriles, de la navegación á vapor, y de la limpieza, que inventó Lister, y que salva cada año un número de vidas mayor que el total de las que Napoleón mató en todas sus guerras, como dice Gorham, y lo que fué ciertamente más importante que hacer brotar el agua de una roca para una tribu de israelitas sedientos, ó resucitar á un muerto que no valía un camino y ha servido de pretexto para las más grandes matanzas de la era cristiana y musulmana, para el decreto del Santo Oficio que condenó á muerte á toda la población de la Holanda, y para que los mejores hombres de la humanidad fueran podridos en los calabozos ó quemados vivos en la hoguera, por delito de herejía ó de incredulidad. -

Por lo demás, el hecho de la muerte, que es el núcleo generatriz de los poderes, de los temores y de los deberes fúnebres, es un hecho natural, tan natural como el hecho del nacimiento, y después de éste lo mejor que hay en el mundo, en cuanto

es la previa seguridad de la terminación de todos los males irremediables.

La transmutación de la vida terminable en vida interminable, es la enmienda del hombre á la naturaleza: la enmienda peor que el soneto. Porque la naturaleza se dirige por el curso propio de sus energías á edificar progresivamente en el hombre animal al hombre moral, por el desenvolvimiento de la inteligencia y del sentimiento hasta las más altas cumbres de la excelsitud, á las cuales lo llevan las religiones fuera de la vida y del mundo, por la parálisis de los resortes de elevación en el mundo.

Entretanto, de la eterna primavera del corazón humano han brotado todas las amenidades de la vida social, y del escalofrío del eterno ocaso del espíritu han salido los pavores del misticismo, que secuestran al anacoreta en su caverna, y mantienen al fraile y á la monja en su celda solitaria, prisioneros de sus propios terrores por inferencia melancólica del más allá de la vida.

El mundo moral es la creación específica del espíritu humano, pero todos los caminos para ir adelante por la investigación científica estaban clausurados, dice Huxley, por este aviso: «Es prohibido pasar. Por orden superior. Moisés.» Durante los diez y siete siglos de ortodoxia cristiana, la cruz colocada sobre las iglesias ha representado esta advertencia: «Es obligatorio creer; está prohibido pensar; se recomienda sufrir, llorar y rezar.»

Y en resumidas cuentas, ¿qué es, en concreto, este fantasma de la perpetuidad de la vida, que ha salido de la mente para convertirse en parricida del pensamiento?

## VII

### **La vida útil.**

Lo propio de la vida es la intermitencia entre el ser y el no ser, entre la vigilia y el sueño, entre la ejercitación y la reposición de la energía, y lo propio de la dicha, en razón de la energía que pone en actividad, es ser tanto más fugaz cuanto más intensa, vale decir, que es la menos eternizable de las cosas, y por otra parte, las energías que no se emplean y las penas giradas sobre la eternidad, son como las gotas de lluvia que caen sobre el mar, como las horas vacías que se van perdidas en la inmensidad del tiempo.

La vida de relación es una sucesión de accidentes pasajeros, que parecen una

duración sólo por una ilusión de la conciencia, á causa de que la memoria retiene la impresión de los momentos pasados conjuntamente con la de los presentes, en la misma manera en que, por una ilusión de óptica, el movimiento de un punto luminoso en el espacio obscuro producè la impresión visual de una línea luminosa, que no existe en el espacio.

Nuestra existencia de ayer, con sus dichas y sus desdichas, no existe ya en ninguna parte, y nuestra existencia de mañana no existe aún en el tiempo; pero la primera existe como representación en nuestra memoria, y la segunda como anticipación en nuestro deseo, y uniéndose en el espíritu sobre el momento presente, lo que ya no es, lo que es y lo que todavía no es, como se unen en un panorama artificial las figuras en especie real, con las figuras en representación coloreada, hacen esa manera de sensación panorámica de la propia vida, que llamamos el yo, compuesta de recuerdos, de actualidades, de presentimientos, de



temores y de esperanzas, y también, á veces, de fantasmagorías, constituidas por los respectivos purgatorios, infiernos y cielos imaginarios, con sus criaturas atormentadas, sus condenados en martirio perpetuo, sus diablos en forma de hombres con cuérnos y cola, y sus bienaventurados con cara de tilingos anémicos en el Occidente, y esos dioses de pesadilla, mestizos de hombre y de animal en el Oriente.

Y la idea de la inmortalidad del yo, comporta la idea de la perpetuación del panorama individual, después del aniquilamiento del sistema nervioso central, que era la placa sensible en que se revelaba, después de la cesación de la memoria, de la conciencia y de la imaginación en que estaba reflejado el ambiente, que es el componente que subsiste.

Pero lo propio de la dicha como de la vida misma, es el ser intermitentes, pues, si no cambiasen de modo, de especie ó de intensidad, no podríamos experimentarlas, y las tendríamos sin sentir las, que

sería lo mismo que no tenerlas. No hay vida perceptible sin sensación, ni sensación sin cambio, y siendo absolutamente iguales todos los momentos de la dicha ó de la desdicha perpetuas, la existencia invariable del alma invariable, sería la indiferencia interminable, y en la pseudo-existencia sin cambios, sin pasiones y sin intereses, sin accidentes, sin emociones, sin sensaciones y sin porvenir, la dicha eterna sería tan espantosamente aburrida como la eterna desdicha.

*Per troppo variar natura é bella*, y una persona con un solo asunto en su espíritu, es tan monótona como un instrumento musical con una sola cuerda en su registro, y la más bella melodía repetida constantemente llegaría á ser tan insufrible como el insomnio, que es la imposibilidad de suspender periódicamente la vida sensible, para recomenzarla de refresco, teniendo razón sobrada el niño que preguntaba, como lo cuenta Ellen Key, si cuando estuviera en el cielo le darían licencia los domingos para ir al

infierno á jugar con los niños malos.

La belleza de los paisajes de montañas deriva de la intermitencia en el contemplarlos, y de la intermitencia en el sucederse la de los paisajes de nubes, que son montañas accidentales. Y es el cambio permanente del sujeto en evolución incesante lo que hace que cada día sea otro día para el ser vivo, aun siendo el mismo día para el ser muerto, tanto más interesante cuanto más otro, tanto más insípido cuanto más el mismo, como transcurre para el preso en el calabozo, verificándose la transformación objetiva del panorama de la vida por la sucesión de las estaciones y de los accidentes climáticos, y de los acontecimientos del hogar ó de la sociedad, y la transformación subjetiva por la sucesión de las edades, cada una de las cuales tiene sus incentivos y sus atractivos propios, que quedan vacíos de interés ó de excitación en la siguiente, de tal manera que, cuando la vida se prolonga y se han usado y gastado todos los incentivos de vivir, la

existencia misma queda sobrante, y del que así la tiene se dice que es «un ente» porque ya no es una persona.

En el máximo de asimilación de materiales para la vida orgánica y para la vida síquica en crescendo, todo vale por su novedad y su intensidad en el niño, y en el minimum todo vale por su continuidad y su lenidad en el anciano. El uno rompe sus juguetes y sus trajes, y echa al olvido sus pesares y sus alegrías, sus amores y sus rencores de un día, para cambiarlos por otros diferentes, y el anciano cuida su ropa, y sus recuerdos, y se resiste á cambiar de afectos y de costumbres.

Agotado el repertorio de representaciones y de sensaciones posibles, con los materiales que contiene el mundo y las aptitudes sensibles de que dispone el espectador, es forzoso renovar al espectador, por la imposibilidad de renovar el escenario, para que pueda ser siempre interesante el mismo espectáculo del universo perpetuamente re-

producido, para nuevas concurrencias sucesivas.

Así, la duración útil de la vida depende de la amplitud emocional del sujeto, porque la medida de la vida es el grado de interés que ponemos en las cosas de nuestro mundo.



## VIII

### La Peau de Chagrin.

Hay una curiosa familia de cucarachas, en la que existe normalmente el sadismo femenino, y una fotografía publicada por el *I. L. News*, y en la cual, alrededor de una hembra que está saboreando las entrañas aún calientes de la primera víctima, tres pretendientes á la felicidad y al martirio, esperan, al parecer ansiosamente, su turno de ser bendecidos y devorados, deja suponer que para éstos el momento valdrá la pena de abandonarle integramente la *Peau de Chagrin* del cuento del Balzac, que se achicaba junto con la vida en cada goce del propietario.

Ante este problema del destino, del

placer y del dolor, de la vida, de la dicha y de la muerte, puesto en una cáscara de nuez, como dicen los ingleses, un cucaracho asceta, desalentando de paso y por piedad á los otros cucarachos, adoptaría el partido de abstenerse del goce para salvarse del peligro, y prolongar por algunos días ó por algunos meses, hasta la llegada fatal del invierno, una existencia célibe y sin sucesión, mientras un cucaracho poeta pensaría, por el contrario, que *t'is better to have loved and lost, than not to have loved at all*. El uno habría vivido más en tiempo y el otro en intensidad; el uno en longitud y el otro en latitud; el uno habría vivido más y el otro habría vivido mejor. ¿En cuál de los dos habría sido más grande el total de la vida?

Porque si la vida es sensación, se puede vivir años en minutos y minutos en años. Y si el cambio es la condición de la sensación, se puede tener una vida exigua en una existencia larga y una vida cuantiosa en una existencia breve. Las sensaciones penosas son las cantidades á deducir, y de



la misma manera en que el dolor delata las obstrucciones del organismo físico, el aburrimiento es el delator de las obstrucciones de la vida síquica, [por inacción ó por continuidad monótona de la misma acción.

Los rebeldes á la vida natural, que rezan todos los días las mismas plegarias, á las mismas horas y con las mismas palabras, á los mismos muertos, hasta morir de viejos, perdiendo el tiempo para salvar el alma, contraviven ó desviven la vida en el presente, para sobrevivirla en el mañana, atesorando la tristeza del vivir, que es la moneda metafísica con que se compra la eterna alegría.



## IX

### **El pensamiento y la loca de la casa.**

La memoria y el pensamiento son los medios de capitalizar las sensaciones y hacerlas producir renta, vale decir, vida síquica, por estimulantes internos cuando faltan los externos; el medio único de no estar solo en ninguna parte, de no aburrirse en ningún tiempo y poder vivir en todas las circunstancias de la existencia, reocupándola y llenándola con el recuerdo, que es la sensación retrospectiva, ó con la esperanza, que es la sensación prospectiva, son la materia específica de la vida para el ciego, el sordo y el paralítico; la única fortuna indispensable del pobre, del cautivo, del esclavo, del náufrago y del perseguido; la única

que no puede disfrutar el imbécil bajo la púrpura, las sederías ó los abalorios.

Podríamos decir que la existencia la da la naturaleza, y que el empleo de su lote de energías en su lote de tiempo, lo hace cada uno con los elementos de su espíritu, en los moldes y con las oportunidades que le suministra el ambiente.

Podríamos decir, también, que el apertrechamiento liberal de la mente es la creación de un ambiente interior, complementario del exterior, y que los terrores supersticiosos con que las teologías amueblan el espíritu, son como un riego permanente de salmuera en las raíces mismas del árbol de la vida.

Porque el hombre, que puede sanear la vida para el mundo y el mundo para la vida, desarrollando su inteligencia para educar sus instintos y disciplinar sus pasiones, edificando la felicidad con la sensatez, se ha empeñado en conservar la insensatez, el dolor y la miseria en bruto, sobre la esperanza fantástica de ser indemnizado por ellas, en otros mundos en

que carecerían de sentido porque no existen, y á donde no podría llevarlas sin el ambiente que se queda, y que es su razón de ser.

Naturalmente, si existen un mundo real y una pluralidad de mundos imaginarios, y estos son la inversa del mundo real, para no ser lo mismo, los bienes de los mundos ideales hay que buscarlos á la inversa de los del mundo real, con lo que, lo mejor de éste se torna en peor, y lo peor en mejor; la felicidad humana se vuelve tanto más abominable en el anverso de la vida cuanto aparece más apetecible en el reverso, y los individuos tienen que vivir una parte de su vida al derecho, bajo el aguijón de los instintos y de las leyes naturales, que mantienen el minimum de racionalidad inconsciente, preservante de la especie bajo los desvaríos de la imaginación, y otra parte al revés, bajo el aguijón de las esperanzas y de los terrores sobrenaturales, según las proporciones relativas en que aspiran á conseguir estos bienes ó los otros bie-

nes, y toda su vida al revés cuando sólo quieran los otros bienes.

Luego, como el hombre no puede crear seres imaginarios de mayor calibre moral que los seres reales, los seres espirituales también son irritables por ofensas y aplacables por ofrendas, y tampoco hacen el bien de *motu proprio* al que lo necesita y lo merece, sino al que lo pide aunque no lo necesite ni lo merezca, con tal que lo pida en conformidad al respectivo protocolo: quemando papelitos pintados en el Extremo Oriente, sacudiendo maquinitas de rezar en el Tibet, encendiéndoles velas de día en el Occidente, y aun suelen ser tan necios que concurren en «cuerpo astral» á las reuniones de curiosos que los llaman por medio de una mesita de tres patas.

## X

### Los tres misterios.

Lo que ha sido no puede ya dejar de haber sido, y una idea es tan inmortal como una pedrada; un placer ó un pesar tanto como una bondad ó una maldad, que son indestructibles porque han dejado de ser. «Mis actos, como quiera que sean, repercutirán seguramente en los actos y las idas de los otros hombres, como han repercutido en mí los de las gentes que me han precedido y que no he conocido. En este sentido, el hombre del pasado vive en el presente como el hombre presente vivirá en el porvenir», dice Charvot.

Una célula del cerebro podría plantearse por su parte alicuota, de ser, el problema del *to be or not to be*; pero es

necesario que deje de ser para que otra ocupe su lugar, y que todas las células envejecidas sean relevadas incesantemente por células nuevas, á fin de que el cerebro se conserve siempre fresco, siempre activo, siempre vivo.

Del mismo modo, es indispensable que unas vidas se acaben para que otras vidas empiecen, á fin de mantener, por el rejuvenecimiento constante, el vigor perenne de la especie.

Es necesario que una idea se vaya de la mente para que otra ocupe su lugar, á fin de mantener la frescura permanente del espíritu, pues las ideas y las células envejecidas que se quedan, disminuyen, respectivamente, la agilidad del cuerpo y la flexibilidad del espíritu, como tullen á la familia esos viejos retardados á quienes no es posible llevarlos en las excursiones ni dejarlos solos, á quienes molesta la vivacidad y la alegría de los niños, á quienes no interesan los asuntos de los jóvenes, y cuyos asuntos no interesan á los jóvenes.



Puede ser que no haya en el universo nada más grande que el hombre que se rebaja para enaltecer á los engendros de su propia fantasía; puede ser también que el mundo tenga una causa ó un autor; pero una vez creado el rol y el actor, no es necesaria la intervención permanente del autor, como no es necesaria la intervención de Aristófanes ó de Shakespeare para la representación de sus comedias y sus dramas.

Y como en el caso de aquel amable caballero, que estaba grato á su madre por haberle ocultado siempre la fecha de su nacimiento, dejándole así el beneficio de ignorar su edad, el encanto de la vida proviene precisamente del hecho de ser un misterio encerrado entre dos misterios impenetrables, y dado que los hombres obran como idiotas, ejecutando acciones y omisiones inútiles ó perjudiciales á la vida, en millares de maneras diferentes, y en razón de lo que se imaginan saber del principio y del fin de la existencia, revelándose contra la previ-

sión maternal que les ha ocultado el secreto de su ser, no es aventurado suponer que el resultado de la extinción de la curiosidad humana á ese respecto, destruiría el mejor aliciente de la vida, que es la curiosidad de vivir para saber, de vivir para ver.

## XI

### **La conciencia y la vida.**

Bajo otras formas, todo lo que tiene un ser en nosotros, lo ha tenido antes y lo tendrá después de nosotros, sin que podamos despojar de sus propiedades naturales á la materia y á la fuerza de que estamos compuestos, sólo con atribuirles propiedades ó destinos sobrenaturales; sin que podamos trasladar de este mundo á otros mundos ni un átomo de materia, ni una partícula de movimiento, de pensamiento ó de sentimiento.

Un estado de conciencia no existe sino por la desaparición del estado de conciencia precedente, del propio modo que un instante del tiempo no existe sino por la desaparición del instante prece-

dente, y la cesación de la conciencia de la vida no es más que la desaparición del último estado de conciencia, en una serie de millones que han ido apareciendo y desapareciendo sucesivamente, la mayor parte sin dejar rastro en la memoria, y que de suyo son tan instables en la mente del niño, verbigracia, como las agrupaciones de las nubes en el firmamento sobreviniendo á menudo la alegría y la risa en el rostro aún surcado por las lágrimas no escurridas del disgusto precedente, en el propio modo en que, en pos de un chaparrón de verano, suele brillar repentinamente el sol por entre un desgarramiento del telón de nubes en dispersión.

Y que enormes diferencias, por ejemplo, entre las conciencias sucesivas de un San Martín, adolescente en Yapeyú, capitán de caballería en Bailén, vencedor de los españoles en San Lorenzo, gobernador de Cuyo, aclamado como libertador de Chile y protector del Perú, abdicando el mando para conservar la

reputación, y regresando más tarde á Europa de la rada de Buenos Aires, sin desembarcar, por haber encontrado cambiada, á su respecto, la conciencia nacional por los que hacían consistir la dicha del vivir en la vanidad de mandar, sacrificando la reputación para conservar el poder y acabar obscuramente su gloriosa carrera, achacoso y desvalido en Boulogne-sur-Mer, estando ya en ruinas el mísero pueblo natal y el colosal imperio en que había nacido, para ser la piedra angular de un porvenir inesperado por los suyos, no predicho por ningún profeta, y condenado por el más alto representante del Dios de los cristianos en el Occidente.

Se ha dicho que el amor embellece la vida, pero que sólo el olvido la hace posible; y, en efecto, la memoria y la conciencia se mueren por fragmentos, como los sentidos ó los miembros del cuerpo, y también es necesario amputarlas, para que la desaparición de los grandes pesares haga posibles las nuevas alegrías, y

si el sentido mismo de la vida cambia con la edad, ¿cuál yo vamos á conservar eternamente? ¿El del tiempo en que todo nos parecía brillante, bello y alegre porque éramos jóvenes, sanos y robustos, ó el del tiempo en que todo nos parece marchito, insulso y descolorido porque somos viejos, débiles y achacosos? ¿El yo del tiempo en que fuimos felices, ó el yo del tiempo en que fuimos desgraciados?

El alma del niño, en efecto, el alma del joven, el alma del anciano no son la misma cosa, y no parece posible que pueda conservarse inmutable después de la muerte lo que cambia tantas veces durante la vida, siendo que ni siquiera es posible conservar la misma composición de espíritu cuando se ha cambiado la composición de lugar, ó un juego de ideas ha sido sustituido por el opuesto, ó un conglomerado de vinculaciones personales ha sido reemplazado por otro diferente.

## XII

### **La conciencia y el tiempo.**

Lo que es tiempo no es conciencia, y viceversa. Lo propio de la conciencia es tener principio y fin, y lo propio del tiempo es no tener principio ni fin, y nosotros queremos que lo que es conciencia dure como lo que es tiempo, sin ser tiempo y sin dejar de ser conciencia.

Lo que vive, muere, y lo que no muere, no vive, y nosotros queremos vivir como lo que vive y durar como lo que no muere. Pero la vida es un gasto permanente de energías, de aprovisionamiento limitado, y mientras el individuo preferiría rehacer un nuevo stock de energías sobre el esqueleto envejecido, para recomenzar una nueva vida sobre el pucho

de la precedente, la naturaleza, ajena al egoísmo individual, que poda las ramas caducas en el árbol de la vida, para dar lugar á los nuevos retoños, prefiere rehacer una nueva vida en un nuevo organismo, haciendo reaparecer en el ser que comienza lo que desaparece en el que cesa.

La vida animal es superior á la vegetal por su mayor amplitud, y en este respecto la vida humana es superior á la de todos los animales; pero, cuando no se la quiere usar en la medida, en el mundo, en el modo y en el tiempo en que ha sido producida, sino en otras medidas, en otros mundos, en otros modos y en otros tiempos, queda reducida, como la del pájaro enjaulado, á las proporciones de la respectiva jaula de terrores y esperanzas.

El destino manifiesto del hombre es la felicidad, en el presente ó en el mañana, á precio, en este caso, de la infelicidad actual y bajo la garantía de la teología. La dicha es un empleo de la vida, y, por



lo tanto, un gasto, como el dolor, que engendra el derecho eclesiástico á la dicha en el mañana. Y la economía de la *Peau de Chagrin* consiste en que, en la salud, como en la fortuna, el que cuida y acrecienta el capital y gasta la renta, conserva el capital y la renta, y el que gasta el capital, se queda sin renta y sin capital, y que, en la salud moral, la felicidad de cada uno proviene de la dicha que irradia sobre los otros, porque «despertamos en los demás la misma actitud de espíritu con que los tratamos»—dice Hubbard,—ó dicho en otra manera, también norteamericana, *it pays to please*, no siendo necesario que haya divinidades, sino cordura y benevolencia en el mundo, para que los hombres sean buenos y no sean malos.

Pues el mal en el mundo es la revelación de una incapacidad para el bien, y del hecho de que una persona pueda ser víctima de la imbecilidad propia ó ajena, no se sigue que sea necesario otro mundo para castigarlo ó resarcirlo, ni del hecho

de que haya enfermedades se sigue que los muertos deban hacer milagros para algunos enfermos, sino que los hombres deben hacer la higiene del espíritu, del cuerpo y del ambiente para la extirpación del mal.

Pero en vez de aprender esa moral insuperable de la naturaleza de las cosas y del hombre, éste se ha dedicado á elaborar morales dogmáticas, á cual más disparatadas y calamitosas. La diferencia de conducta entre un civilizado y un salvaje es su diferente manera de reaccionar contra los hombres y las cosas, resultante de la misma evolución que la diferencia de traje, de vivienda ó de cocina. Para domesticar al perro y al caballo no ha sido necesario inventar dioses y demonios, pero aún hay pedagogos tradicionalistas que estiman indispensables los terrores irracionales para la educación de los seres racionales, siendo que, los hombres que tienen más cucos y más terrores imaginarios son, precisamente, los más salvajes, y que ese anda-

miaje de terrores póstumos es innecesario para la educación de los niños japoneses, verbigracia.

La adaptación de la conducta á la naturaleza escrutable de las cosas, es la moral que la naturaleza impone al hombre, y la adaptación de la conducta á la voluntad inescrutable de los seudo gobernantes de las cosas, es la moral que las religiones imponen á los respectivos fieles, siendo el esfuerzo y la investigación los instrumentos propios de la primera, y la rogativa, la expiación y la resignación, los instrumentos propios de la segunda; y siendo el fracaso y la muerte la consecuencia del error en la primera, y en la segunda el fracaso, la muerte, el purgatorio y el infierno, con la perspectiva del juicio final, que ha hecho de la historia el patíbulo en que están colgados los malvados que no volverán para escarmiento de los que vendrán; una crónica policial, un proceso judicial, fallado en primera instancia y en apelación *ad perpetuam*.

En las morales dogmáticas, que descansan sobre la más colosal rueda de molino para las tragaderas intelectuales del pobre de espíritu, vale decir, sobre la convicción explícita ó implícita, de que los respectivos dioses arreglan la sucesión de las cosas de un modo para sus fieles, y de otro modo para sus infieles, en la que los grandes malhechores son considerados como instrumentos ó como infractores de la voluntad de tales dioses, según que hayan ejercitado su perversidad contra los infieles ó contra los fieles, es obligatorio el dogma porque la moral es necesaria.

En la moral racionalista, que descansa sobre el hecho experimental de que el individuo puede levantar su conducta por un mejoramiento de sus aptitudes naturales y un mejor conocimiento de las cosas, es obligatoria la instrucción, aun enturbiada por el atavismo, porque la moral es necesaria.

### XIII

## **La conciencia y la duración.**

Lo que no se gasta, no muere, pero tampoco vive, y no siendo posible dar á lo que vive los caracteres de lo que no vive, sin quitarle los caracteres incompatibles de lo que vive, eran necesarios dos modos de existencia, por lo menos, para que pudiese haber más de una sola especie de cosas: la existencia por duración incesante para los seres sin vida, y la existencia por reproducción incesante para los seres vivos; la una por durabilidad, la otra por calidad, que es la vía en que la naturaleza alcanza á dar, en la ternura y la abnegación, las notas más sublimes del universo, que es, cabalmente, lo que nos envidiarían las estrellas,

si pudieran saber que «no tiene la poesía (ni tampoco tiene el universo), eco más sonoro y prolongado que el corazón de un joven en quien el amor va á nacer».

Y como la excelencia de la vida es la razón de ser de su brevedad, todos los planes imaginados para darle duración consisten fatalmente en restarle excelencia, y como lo mejor de la vida es lo que dura menos, la alegría y la dicha de vivir es lo que se renuncia en primer término para conferirle duración, reconvirtiendo la latitud en longitud.

Pues lo que constituye la esencia superanimal del hombre, y supersalvaje del civilizado, no es lo que por una inversión verbal llamamos «restos mortales», ni todo lo que ha dejado de ser ó de acontecer en tales restos inmortales; no es la voluntad, ni la memoria, ni la imaginación, ni la conciencia, ni la inteligencia, que poseen también los caníbales, en menor grado, sino el aporte de la cultura intelectual á la conciencia, á la memoria y al sentimiento; es ese conglomerado

adventicio de afectos y repulsiones, de aptitudes, de ideas y sentimientos, relacionados con las personas, las cosas, los lugares, el pasado, el presente y el porvenir, ensanchado el cual, se agranda el alma, y suprimido el cual, sólo queda el espíritu sin articulaciones ó sin referencias del loco y del idiota, ó la mente en blanco ó en cero del recién nacido, vale decir, el alma en estado gelatinoso ó cartilaginoso.

Y es ese conjunto de relatividades que sólo tienen sentido respecto de la actualidad, siendo diferentes de todos sus equivalentes en el pasado y en el futuro, lo que se pretende hacer perdurable fuera de la actualidad, sólo con atribuir diferencias más grandes que el universo mismo en que vivimos, al simple hecho de morir con un credo ó con otro credo, y tan irracionalmente caprichosas, que el que no sabe ó no cree, no se salva, y el que sabe demás, se pierde. Un salvaje enseñado á rezar la doctrina, es un alma para el cielo correspondiente; un Aristó-

teles y un Marco Aurelio, paganos, un Darwin y un Bertellot, sabios, pero incrédulos, son almas para el infierno y bendiciones para la especie humana.

Aceptamos el orden natural, que por medio de la vida y de la muerte transforma constantemente la materia inerte en materia viva, y la materia viva en materia inerte; aceptamos que la instabilidad, que distingue á las frutas naturales de las frutas de porcelana, sea la característica de la vida en las plantas, en los animales y en los otros hombres, porque el egoísmo no permite extender á los artificios rituales de los otros la transcendentalidad de esos expedientes de fakir, con que cada agrupación teológica pretende paralizar á su respecto el orden natural, erigiéndose en excepción al aniquilamiento incesante, que es la condición misma del renacimiento incesante.



## XIV

### **Los mundos de fantasía.**

Aquello de que carece el salvaje, y que se incorpora al civilizado años después del nacimiento, porque es un producto de la civilización; lo que es más susceptible de ampliación en el presente y en el futuro es, precisamente, lo que todas las teologías pretenden cristalizar en el presente para reavivarlo y eternizarlo en el mañana, en el que los hombres no podrán ser malos, ni tendrán con quien ser buenos, desde que nadie tendrá necesidad de su auxilio, de sus simpatías, de su benevolencia, de su inteligencia y de sus sentimientos, que serán valores sin empleo, virtudes sin aplicación.

Y horroriza el sólo pensar lo que po-

dría ser un cardumen de inmortales, habitando en otros mundos, con el alma de este mundo; un mundo de solterones de ambos sexos, pongamos por caso, incurablemente aburridos por la monotonía de la vida sobrenatural, sin apetitos y sin intereses, sin nada que hacer, sin nada en que pensar, sin nada que esperar, sin curiosidad de nada, sin niños, sin pájaros, sin flores, sin árboles, sin perros, sin caballos, sin ríos, sin montañas, sin nubes; un mundo sin dolores y miserias, pero también sin poesía, sin risa, sin ironía, sin artes, sin letras y sin ciencias; un mundo parecido á la nada. Y sólo porque el poder de la inteligencia humana es tan grande en el sentido de la insensatez como en el de la sensatez, han podido los hombres llegar á asarse vivos para disputarse el derecho á la más abominable manera de existencia concebible y felizmente imposible: «la eterna sala de espera donde no se espera nada», me sugiere Ernesto Nelson.

Pues si en esos mundos venideros para

los muertos resucitados, no hubieran de ser todos iguales, sino todos desiguales, otra vez; pequeños y grandes, privilegiados y desheredados, felices y desgraciados; si los últimos hubieran de ser los primeros, y viceversa, si hubiese de haber absueltos por sus padecimientos, y condenados por su soberbia, é indultados por su servilismo á los poderosos de ese otro reino, y amnistiados por su arrepentimiento inútil, eso no sería más que una copia invertida é infinitamente empeorada del mundo real; nada más que un mundo atrasado, ese mundo de los muertos, en el que estaría aún por realizarse la Revolución francesa para inscribirle en el frontispicio las palabras de la nueva trinidad: *liberté, égalité, fraternité*.

Esas vidas de ilusión y de pesadilla, en esos mundos de espejismo, imaginados para agriar la dicha inclemente de los poderosos, con el temor al mal futuro, y endulzar la desdicha sin riberas de los oprimidos con la esperanza del bien futuro, cuando nada mejor era concebible,

no son, en efecto, nada más que la Edad Media invertida y eternizada, con todos sus horrores, sin nada de lo que hace amable la vida, aun para los desheredados del poder ó de la fortuna, y con todas las iniquidades que la hacen detestable, simplemente transferidas de los que las han padecido á los que las han disfrutado.

En esta reconstrucción del mal inextinguible en el mañana, del dolor y el sufrimiento, del poder y del privilegio extinguidos en el presente, reside la inmoralidad, para no decir la perversidad, del cristianismo, pues el castigo de la maldad es sólo un bien accidental de que la religión hace un mal superfluo al hacerlo motivo de un mal eterno, y la moral represiva no es más que una pseudo moral enfrente de la moral constructiva, que edifica el bien por la transformación de los resortes de la maldad en resortes de la bondad, en un proceso inverso á aquel por el cual el odio al mal transmuta insensiblemente la bondad en mal-

dad, pues el mal no deja de ser mal porque sea hecho á los malos.

La literatura universal no conoce un documento que sea una protesta más elocuente y conmovedora, por más radical, profunda y definida, que el sermón de la montaña, contra las iniquidades sociales, resultantes de los modos de ser, de ver y de sentir de la época, y sólo la protesta musulmana, erigiendo también los efectos propios de la imbecilidad de los otros en prenda de felicidad en el mañana para el que los sufre en el presente, á fin de desalentarlos en el que los comete, ha contribuido más eficazmente que aquélla, á perpetuar la imbecilidad humana de entonces en las regiones de la tierra en que hubiera sido posible reducirla más temprano, por un mayor desarrollo intelectual precedente.

Y de esos diversos expedientes metafísicos, surgidos del mismo sentimiento humanitario que más tarde retoma la vía perdida de las instituciones libres, de las reformas sociales y de las invencio-

nes científicas con el lado masculino de la inteligencia, y que entonces, en la imposibilidad de remediar la infelicidad en el presente, aspiraba sólo á resarcirla en el más allá, imaginándolo como un negativo fotográfico de la actualidad, surgió fatalmente la necesidad ó la conveniencia de vivir en negativo la vida presente para resultar beneficiado en la transmutación.

Y desde que se hizo pecaminoso el interés por los bienes de este mundo, y virtuoso el interés por los bienes del otro mundo, la «pobreza franciscana» de la mente y de la bolsa, vino á ser la fórmula de la vida mística, que entecó á los reyes y á los pueblos del imperio en que no se ponía el sol, y quedó á ser el abo-lengo espiritual de la miseria económica de la España y de la América española.

Desde entonces el empleo de la vida quedó sustraído á las condiciones naturales de la vida y subordinado á las condiciones metafísicas de la muerte, y conducidas por los visionarios del progreso

celestial, en el sentido más diametralmente opuesto al progreso terrenal, las sociedades se estancaron en la miseria crónica, pasteurizada por la esperanza de la dicha póstuma, una idea ciertamente genial, en una época en que ninguna otra especie de felicidad era posible todavía entre los descendientes de los dioses, y era necesario mantener la idea en el espíritu de los hombres hasta que pudiera sobrevenir la cosa, en un segundo Mesías, también aparecido abajo, y también desconocido por los que lo esperan de arriba.

Pues esa doctrina inglesa del *to work is to worship*, y la religión norteamericana del descontento y de la instrucción pública para desenvolver los poderes mentales, de que ha provenido la prosperidad de los anglo-sajones, no obstante el cristianismo, son una derogación clandestina y masculina de la teoría femenina de la conformidad del hombre á la voluntad de Dios para merecer la gracia divina, á la que los pueblos modernos

permanecen fieles en la proporción en que permanecen medioevales.

Consistiendo la superioridad religiosa en la capacidad mágica y no en la capacidad intelectual, durante esos diez siglos en que los hombres de bien aspiraban sólo á no ser perversos y á ser tristes y desgraciados en el presente para ser bienaventurados en el mañana, no realizaron un invento ni crearon una idea que pudieran servir para la cultura y el bienestar terrestre de las generaciones posteriores, no fueron nunca más impotentes y menos dioses que cuando se creyeron hijos predilectos del más omnipotente de los dioses.

De lo que resulta evidente que los hombres no pueden, ni aun con la imaginación, crear ningún mundo mejor, ó más susceptible de ser mejorado por ellos mismos, que el mundo en que los místicos se resignan femeninamente á la ignorancia, al terror, al despotismo, á la barbarie, á la tristeza y al dolor, porque los consideran instituciones divinas, garantizan-



tes de la dicha eterna, repudiando el amor, la belleza, la alegría y el buen humor, el ingenio, la salud y la sabiduría, el arte y la gracia humana, porque las consideran instituciones diabólicas, causantes de la desdicha eterna.



## La vida inútil.

Del mismo modo que la luz y los colores son un «haber» para el que tiene el sentido de la vista, y la música y la palabra para el que puede oír, y un «no haber» para el ciego y el sordo, respectivamente, todo lo que en una localidad puede producir un goce ó un interés al espíritu; las mil cosas que en una gran ciudad pueden cultivar la atención y deleitar á los sentidos, todo lo que puede producir una sensación placentera es un «haber» para el espíritu del residente ó del transeunte, multiplicado para cada uno por su aptitud para gustarlo, y peor que un «no haber», para el que teme incurrir en desdichas eternas por el dis-

frute de las dichas transitorias; un bien actual vedado para el creyente en males póstumos, para preservarse de los cuales, cuando resida en la ciudad más llena de encantos y atractivos, se recluirá entre cuatro paredes en el más lúgubre de los claustros, «muerto para el mundo», según la frase consagrada, á padecer el presente para adquirir el derecho á disfrutar el mañana, desheredado de todos los haberes naturales y recargado de esos «deberes sobrenaturales», que hacen de las Teologías el más estupendo caballo griego, que los visionarios extraviados en los vericuetos del camino del misterio impenetrable, hayan podido meterse dentro del entendimiento para echárselo á perder, y quedar picados por el avispero de terrores imaginarios y esclavizados á alguna de las tantas faunas sobrenaturales de dioses y demonios engendrados por la fantasía humana en la era precientífica.

Así, respecto de esos bienes intasables, que pueden ser disfrutados con sólo po-

seer las aptitudes necesarias para comprenderlos y sentirlos; respecto de esos bienes invalorable que atraen y atan los campesinos á las ciudades y los provincianos á las grandes capitales, la naturaleza hace en los ciegos, los sordos y los dementes, los desheredados por obstrucción de los sentidos, y las religiones hacen los desheredados por esas cataratas adventicias del entendimiento que vedan la verdad, la curiosidad, el pensamiento, el amor, la belleza y la alegría, que son los antídotos saludables del aburrimiento, porque son los elementos cualitativos de la vida.



## XVI

### **La alegría y la tristeza.**

Cada uno ve y siente en la proporción en que ha mejorado ó empeorado los medios de ver y de sentir que trajo á la vida, y porque los fenómenos reales son limitados y los fenómenos imaginarios son ilimitados, hay para cada ser el panorama exterior de las cosas reales, y el doble panorama interior de las cosas intelectuales y de las cosas fantasmagóricas.

El mundo interior puede estar constituido por la pobreza ó por la riqueza de conocimientos útiles á que llamamos, respectivamente, ignorancia ó saber, con ó sin los conocimientos inútiles ó perjudiciales á que cada cual llama religión ver-

dadera en sí mismo y superstición en los otros; ó por la pobreza ó la riqueza de sentimientos vitalizantes á que llamamos egoísmo ó altruismo; ó por el desequilibrio de la inteligencia á que llamamos demencia, ó por la aberración de la sensibilidad á que llamamos perversidad.

En cuanto el placer y el pesar son el efecto, respectivamente, de la satisfacción ó de la insatisfacción de una necesidad, carece de placeres el que carece de necesidades y tiene más placeres, y, por lo tanto, mayor intensidad de vida, el que tiene más necesidades, si puede satisfacerlas, y más pesares si no puede.

Por eso se ha dicho que la felicidad consiste en levantar los recursos hasta el nivel de los deseos, ó en rebajar los deseos hasta el nivel de los recursos, que es en lo que consistía el secreto del hombre feliz, que podía repetir delante del escaparate de un camisero la frase del filósofo griego: «¡cuántas cosas hay aquí que yo no necesito!»

Y por la relatividad esencial de las



sensaciones, son las necesidades insatisfechas y los dolores inevitables los que suministran el fondo de pesar que da sentido y relieve al placer; el fondo de sombra que hace destacarse á la luz, pues ésta carecería de sentido donde no hubiese obscuridad, no pudiendo existir el día si no existiese la noche, y viceversa. Por esto el día natural se torna insípido para los noctámbulos que han hecho de la noche el día artificial, y el spleen es la peste de los ricos desocupados, desprovistos de placeres en la proporción en que están desprovistos de necesidades, y ha podido decirse que la utilidad del mayorazgo consiste en reducir á un sólo ejemplar en cada familia esa variedad de hombres que tienen necesidad de hacer locuras para hacer algo, porque no tienen necesidad de ser cuerdos.

La poquedad de las alegrías, magnificadas en los unos por el mayor contraste con el fondo de penalidades, como la blancura de los dientes y los ojos en el rostro del negro; la poquedad de los pe-

sares, abultados en los otros por el mayor contraste con el fondo de placeres, como una mancha negra en un traje blanco, embotando el hábito la sensibilidad del uno para las contrariedades y la del otro para las satisfacciones, hacen que la diferencia real de las condiciones sea mucho menor que la diferencia aparente.

Mientras una bagatela hace la alegría de un niño, se necesita un portento para hacer la de un estragado. Por esto, el hambre y la sed insaciables fueron la pena del rey Midas, que convertía en oro todo lo que tocaba, y el aburrimiento incurable, que enloquecía á los emperadores romanos, endiosados en vida y sin iguales en la sociedad, y que ponía intratables á nuestros caudillos, flacos de espíritu é intoxicados de poder ilimitado con las facultades extraordinarias; que fué la pena de la omnipotencia de Luis XIV, el «Gran Aburrido», y de Napoleón el Grande, *l'Inamusable*, como le llamaba Talleyrand, nos permiten sospe-

char cuán magno sería el aburrimiento sobrenatural de los dioses omnipotentes, si fuesen seres «á imagen y semejanza de los hombres», y tuvieran la desgracia de existir en alguna parte.

Porque no existe el descanso para el que no está cansado, ni el día de fiesta y la alegría para el que está hastiado de fiestas y de alegrías, y el que tiene los nervios agotados por el exceso de placeres ó sobreexcitados por el abuso de estimulantes, está privado del sueño tranquilo, profundo y reparador, que es el manjar más dulce que se sirve en la mesa de la vida, según la definición de Shakespeare.

La diferencia entre el bien heredado y el bien producido, entre las ganancias del juego y las del trabajo, es el sabor del esfuerzo fructífero que acompaña á éstas y falta en aquéllas, el sentimiento moralizador de la paternidad del resultado, el recuerdo tonificante de las dificultades vencidas y de los obstáculos superados, que les sirve de contramarco para real-

zarlas, por lo cual, y porque las aptitudes que no se ejercitan no se desarrollan, resulta más saludable para los jóvenes tener los medios que no tener necesidad de ganarse la vida.

El dinero es un medio para la felicidad, y no el más importante; las aptitudes estéticas y las aptitudes simpáticas son otros medios, como también lo son el trabajo, la sensatez, la música, la sociabilidad, la jovialidad, el *sprit*, la imaginación, los conocimientos, los gustos literarios, y tampoco son éstos los menos eficientes.

## XVII

### **El espíritu fúnebre.**

Siendo la vida psíquica un cuadro de luz y de sombra, de amores y de rencores, de realidades y de vanidades, de penas y de alegrías, en el que puede predominar y caracterizarlo el uno ó el otro elemento, hasta alcanzar proporciones nocivas, podríamos decir que la ciencia alumbra el mundo para el entendimiento humano, y que las teologías vuelcan sobre el espíritu humano las tinieblas del pasado y la obscuridad del mañana.

Podríamos decir, también, que la diferencia entre la barbarie y la civilización no es una diferencia de dioses ó de credos, puesto que se puede ser bárbaro con cualquier Dios y cualquier credo, y civi-

lizado sin ninguno, sino una diferencia de aptitudes, de luces, de gustos y de orientaciones para buscar y encontrar el bien propio en el bien ó en el mal ajeno, en lo normal ó en lo monstruoso, en el olvido ó en la cobranza de las ofensas recibidas; para divertirse sin molestar á los otros ó para divertirse en molestarlos ó en complacerlos.

Ciertamente, hay milagros en todas las religiones, porque hay casualidades en todas las cosas, y porque la fe, en cualesquiera de sus variedades, produce los efectos terapéuticos de la sugestión, que alguna que otra vez alivian las dolencias de un paciente cándido, sin levantar en un ápice sus aptitudes para el empleo de la vida, y sin beneficio de ninguna clase para los otros pacientes. La fe, que consiste en creer lo que no vimos para no creer lo que vemos, da un rumbo definido á la imbecilidad y á la ignorancia, poniéndolas, ciertamente, en mejor condición que la imbecilidad y la ignorancia sin rumbo, pero no las extirpa.

Y porque los hombres que tienen ideales y sentimientos groseros ó feroces, sólo pueden encontrar placer en el ejercicio ó en el espectáculo de la ferocidad, como los salvajes que se adornan con las cabelleras ó las orejas de sus adversarios muertos, como las muchedumbres que se deleitaban en los circos romanos ó en los autos de fe, las grandes calamidades de la historia han sido los resultados fatales de la incultura del espíritu humano, proviniendo de la incapacidad de los pueblos, y mayormente de la incapacidad de los soberanos, para el empleo moral de la vida humana.

En lo que á la nuestra respecta, sabemos que el carácter tétrico de los reyes españoles y de los caudillos hispano-americanos, tan conspicuo en Felipe II y en el dictador Francia—el hombre triste del Paraguay,—provenía de la pobreza de espíritu, agravada por la solemnidad fúnebre, resultante del marchitamiento de la jovialidad, por el exceso de sombras con que la educación monástica en-

negrece el panorama individual de la vida.

La inmoralidad, es decir, la inhumanidad de los salvajes y de los bárbaros, es una emanación de su imbecilidad; pero la de los cristianos ha sido una emanación del espíritu fúnebre.

El hecho de que el sufrimiento haya sido considerado por la teología cristiana como el ganapán del cielo en la tierra, es lo que mayormente ha impedido á los cristianos conocer y sentir la monstruosidad moral de la servidumbre y la esclavitud, y llegar aun hasta exceder á la inmoralidad pagana con el tormento y la hoguera.

De considerar el mal como un «castigo del cielo», la desgracia como un sometimiento á prueba, y el sufrimiento como la expiación redentora del pecado, vino en la caridad, con la limosna y la sopa sobrante del convento, el pan para el estómago del hambriento, sin libertarlo de la miseria, que era el pan para el alma en el mañana, como se alivia la suerte



del preso con obsequios, sin sustraerlo á la pena que cumple, porque esto sería incurrir en un delito contra el cielo, ó contra el rey ó la sociedad, que le han impuesto el castigo, mientras, por el otro lado, infligir males á los que merecen sufrirlos, es instituirse en instrumento justiciero del cielo, haciéndose benemérito para el cielo.

La supresión de los males de este mundo, era una inconsecuencia con la doctrina que hacia de ellos el medio por excelencia de conseguir los bienes del otro mundo, que era el anverso del presente. Y porque el progreso implica directamente la supresión de los medios más seguros de ganar el cielo, es que, los reclusos de almas para el cielo, son los más grandes y los más implacables adversarios del progreso, y que éste está en todas partes en razón inversa de la influencia de aquéllos sobre la respectiva sociedad.

Así está hoy proscrito por los reglamentos sanitarios el medio de que se va-

lió para ganar el cielo San Simón Estilita, hasta quien sus admiradores no podían acercarse sin un trapo en las narices, y está suprimido por los Códigos penales el medio de que se valió para ganar la bienaventuranza eterna ese estupendo filántropo español del mañana, que había extinguido en su mente la luz de la razón, y quemaba vivos á los hombres con el fuego del sentimiento enardecido, y á quien se debe, en primer término, que haya pasado á la historia con apellido español, una calidad que fué común á todos los pueblos del mundo, antes de que el escepticismo entibiase los furores del fanatismo religioso, y que es aún conspicua en los turcos y los rusos.

Cuando los cristianos eran más consecuentes con su teoría de la vida y de la dicha eternas, se inflingían males adrede para acrecentar los bienes en perspectiva; se embriagaban de esperanzas póstumas y se intoxicaban de miedo al diablo y de terror al infierno, flagelándose recíprocamente para salvarse mutuamente

ayunaban los alimentos del cuerpo y los goces del espíritu; ceñían cilicio y convertían las heridas casuales en fistulas perennes para hacer contrición y penitencia, que es lo que redime de las penas y de las miserias del mañana, como la alegría y el progreso redimen de las penas y de las miserias del presente.

Enseñados y aclimatados á ver en la sangre derramada por los dogmas religiosos, en el dolor y en el sacrificio del confort y de la vida natural, las formas superiores de la vida espiritual; invertidos de la sensatez humana hasta el punto de ver en las más netas formas de la imbecilidad humana los más altos ideales de la civilización cristiana, aquellos fanáticos rabiosos de las formas de gobierno, extranjeros al escepticismo y á la ironía, que hicieron nuestra historia negra, porque habían proscrito la ilustración y quedado á obscuras, los odios implacables fueron el fruto propio de organismos psíquicos, funcionando como máquinas recalentadas por falta de lubrifi-

cantes, máquinas vivientes que rodaban en el medio social de acritudes y de pasiones enconadas, sobrecargadas y embravecidas por las contrariedades emergentes de su propia rudeza, haciendo crujir y chillar los engranajes políticos, como las antiguas toscas carretas, con ejes de madera inengrasada.

Enseñados á detestar la vida, á temer la muerte, á amar la gloria perdurable, y á odiar al extraño al suelo y al credo, desempeñaban la función para que estaban mentalmente preparados, odiando y matando á los extraños á su credo político, para labrar la gloria de su credo político.

No hay más que los placeres salvajes para el salvaje, y los placeres groseros y bárbaros son chocantes á los gustos y á los sentimientos refinados del hombre culto, y lo que hace las delicias del último resulta insípido para la rudeza del primero, mientras el segundo repudiará hasta el poder cuando sea necesario alcanzarlo ó conservarlo por medios

repugnantes á la elevación de su espíritu.

Porque nuestros caudillos bárbaros sólo podían encontrar las amenidades de la vida en las fruiciones del mando sin control y en la humillación sin límites de sus adversarios, no estando habilitados, como los caudillos norteamericanos de entonces, ó como nosotros mismos al presente, por la educación, la tradición y el ambiente, para complacerse en otros intereses sociales ó en otras formas de tramitación de los mismos intereses políticos, las calamidades públicas vinieron á ser una necesidad imprescindible, so pena de aburrimiento inaguantable para ellos, que, en su indigencia de luces, sólo podían ser felices como los negros de África: haciendo desgraciados á los otros.

Albaceas espontáneos de la herencia colonial de ignorancia y fanatismo, en el empleo fatal de su vida, clausuraron las escuelas y repoblaron los conventos, amordazaron á la prensa y proscribieron la cultura, readmitiendo á los jesuitas

expulsados por el único monarca liberal que había tenido la España.

Sombríos, acres, ignorantes y fanáticos fueron, según el aforismo de San Martín, lo que debían ser: Erostratos políticos, ó no hubieran sido nada, pues esa era la única vía por donde podían pasar á la historia como actores principales, y estamos viendo cuánto son más eficaces que los terrores religiosos para suscitar ideales, aptitudes y sentimientos compatibles con el bienestar ajeno, las aménidades sociales de la vida moderna, y cómo en todas las religiones, la única parte útil ha sido la parte humana, la parte de vida y de fiesta social, que es también la mejor parte de las corridas de toros, de las carreras de caballos y de los sports ingleses, pues aunque las gentes se reúnan para decir ó hacer tonterías, del hecho sólo de aproximarse y tratarse resultan utilidades sociales, siendo por esto el teatro, como lo sugiere Bernard Shaw, el antidoto de la iglesia, y también creación de los griegos, de que apenas

existió en todo el virreinato del Río de la Plata nada más que la *Casa de Comedias*, que fundó el virrey Vertiz, contra la repudiación y excomunión de los franciscanos á los asistentes.





## XVIII

### El mañana.

El tiempo es como la Esfinge griega, que mataba á los que no sabían interpretar el enigma de la vida. Y para indicar que el tiempo que se va inaprovechado no vuelve, los griegos tenían una estatua, que se ha perdido, pero cuya descripción se conoce por esta conversación que tuvo con un viajero:

«—¿Cómo te llamas?

—Me llamo la Oportunidad.

—¿Por qué estáis sobre la punta de los pies?

—Para advertir que sólo me detengo un momento.

—¿Por qué tienes alas en los pies?

—Para advertir que paso rápidamente.

—¿Por qué tienes el pelo tan largo sobre la frente?

—Para que los hombres puedan atraparme cuando me encuentran.

—¿Por qué, entonces, eres tan calva en la nuca?

—Para manifestar que cuando he pasado ya no pueden agarrarme.»

La oportunidad es el presente, que se va estéril al pasado, sin agregar nada á la vida del indolente ó del incapaz de mejorar su ser, su valer ó su haber, sin dejar ningún rastro de su paso en las tribus salvajes, sin cambiar nada en las sociedades maniatadas para el hacer de los vivos por la fe en el hacer de los muertos; que encienden velas á los santos para que vean á quiénes deben hacer milagros, y no encienden luces en la inteligencia de los niños, para alumbrarles el camino de la existencia.

La oportunidad es el ahora que transcurre infecundo para el que ruega y espera, y fecundo para el que piensa y obra, dejando acrecentado el haber, el

saber ó el sentir del que ha sabido y querido aprovecharlo ú ocuparlo con una obra realizada, con una experiencia ó con un conocimiento adquiridos, con otras existencias sustraídas á la enfermedad ó á la ignorancia, á la iniquidad ó á la infelicidad, con el recuerdo vivificante de un goce noble ó de una sana alegría, y para quien los momentos desaparecidos están representados siempre por algún aporte que subsiste en el espíritu propio ó en el ajeno; la oportunidad es el tiempo que pasa infructuoso para las sociedades retardatarias y fructuoso para las progresistas, marcando su rastro en el terreno con caminos y construcciones, con puentes, habitaciones, puertos, canales, escuelas, ferrocarriles y túneles, y su trayectoria en el espíritu humano con nuevas ideas y sentimientos, y con instituciones benéficas en la estructura social.

Pero el tiempo que puede faltar cuando es limitado, sobra cuando es eterno, y cuando el tiempo y la vida vuelven

para no marcharse jamás, la grande oportunidad de la vida no es hoy sino *mañana*, pues, ¿para qué afanarse en lo que no ha de durar, teniendo por delante la perspectiva de lo que no se ha de acabar?

«Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa: Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza: quien á Dios tiene nada le falta; sólo Dios basta», decía la primera página impresa en Buenos Aires con la primera imprenta en 1780, fiel expresión de ese espíritu medioeval del español, que aún en pleno siglo de las luces de la inteligencia humana, en el nuevo y en el viejo mundo ha invertido en *Te Deums*, misas, novenas, procesiones y peregrinaciones para propiciarse la inteligencia divina, lo que los americanos del Norte gastaban en escuelas y universidades para levantarse la inteligencia humana, en virtud de lo cual, aquéllas son las tierras del presente y éstas son las tierras del «*¡mañana, Dios dirá!*»

## XIX

### **Pesimismo y optimismo.**

«—¿Qué pensaríamos, decía el *Success*, de un ingeniero que procurase economizar el lubricante á expensas de la duración de la máquina?—¿Que es un loco? —Pues eso es justamente lo que hacemos cuando economizamos la alegría, el recreo, los entretenimientos sanos que son los lubricantes de la maquinaria de la vida.» Eso es justamente lo que hace el misticismo, suprimiendo las amenidades de la vida para alargarla.

«La época colonial fué triste, dice Juan A. García, no tuvo regocijos populares; los desbordes espontáneos de alegrías tradicionales en otros pueblos. Era una sociedad melancólica y silenciosa, como

si una aura de abatimiento, de opresivo desconsuelo envenenara la atmósfera.» Y de esa tristeza salió el carácter tétrico de los caudillos hispano-americanos, tan prominente en el dictador Francia, el discípulo de los jesuitas de Córdoba, el asceta en el poder supremo, «el hombre triste del Paraguay», el hombre de espíritu más diabólico en el Nuevo Mundo.

Como era obligatoria la ignorancia de la ciencia y de la libertad, y eran obligatorias las creencias tradicionales, y la intolerancia era de buen tono, y el diablo y el infierno entraban por nueve décimos en la predicación colonial, todo lo que vino en materia de barbarie, fué el fruto propio de semejante siembra de oscurantismo y de fanatismo, por virtud de la cual, en el registro de los sentimientos humanos sobraron las notas fúnebres y faltaron las notas alegres; abundaron las notas duras, solemnes, melancólicas, agudas ó chillonas, y escasearon las notas suaves, joviales, delicadas, amables, y estuvieron ausentes octavas enteras de

la tolerancia, de la ironía, del escepticismo, del optimismo.

Porque la invención de antidotos imaginarios contra las responsabilidades y los males imaginarios, ha sido un semillero de modos de aprovechar el tiempo futuro, que son maneras de desperdiciar el tiempo presente, la vida ha sido reducida en cada región de la tierra, en el equivalente de energías y de abstenciones que es necesario emplear en la amortización de los males ilusorios á que está hipotecado el entendimiento humano por las supersticiones del pasado, que son parte integrante de la herencia social, para todo el que nace en tal región, desempeñando el ambiente intelectual las funciones del albacea.

Porque la tristeza estaba en el misticismo, y el misticismo estaba en el espíritu de las gentes, «la época colonial fué triste, dice Juan A. García, no tuvo regocijos populares; los desbordes espontáneos tradicionales en otros pueblos. Era una sociedad melancólica y silenciosa,

como si una aura de abatimiento, de opresivo desconsuelo envenenara la atmósfera». Era el efecto propio de la superposición del espíritu de la muerte al espíritu de la vida; del pensamiento del mañana á las preocupaciones del ahora; del problema de la salvación de las almas por la iglesia, al problema de la educación de los niños por la escuela.

El reverso del salmo de la vida y de la acción de Longfellow, es la homilia del gran Quevedo: «Resta ahora desengañarte del estudio vano y de la presunción de la ciencia... Toda nuestra sabiduría es presunción acreditada de la ignorancia de los otros... Preguntárasme que, supuesto esto, cuál es la cosa que un hombre ha de procurar aprender: procura persuadirte á amar la muerte, á despreciar la vida», que es el mismo pensamiento pesimista expresado por el refrán árabe: «es mejor estar sentado, que parado; mejor acostado que sentado, y mejor muerto que acostado». Es el mismo concepto del mundo impreso en Bue-



nos Aires en 1780, y expresado por Felipe IV en carta confidencial á sor María Agreda, en vísperas de desprenderse del «hombre triste», del «sombrio ministro», que había trabajado como «un forzado», al decir de Hume, en la improba tarea de divertir al rey, y servir al cielo con todos los recursos del imperio en que no se ponía el sol, para labrar la grandeza de la España por la protección divina: «la única manera de obtener lo que deseamos es no contar más que con el socorro divino».

«Viviendo entre las gentes que bendicen su vida, no tardaréis en bendecir la vuestra, dice Mæterlinck. La sonrisa es tan contagiosa como las lágrimas, y la dicha pasa á menudo inadvertida porque no sabemos conocerla». Viviendo entre gentes que creen que este mundo debe ser «un valle de lágrimas» para que el otro no sea un eterno martirio, y que deploran la inanidad de su vida, porque no saben aderezarla con el pensamiento y el sentimiento, para hacerla digna de ser

vivida, no tardaréis en deplorar la inanidad de la vuestra, porque el pesimismo y el fatalismo son contagiosos, y «las cosas son del color del cristal con que se miran». «La vida es bella, mi hermano, dice el pagano Jorge Borrow. Hay la noche y el día, mi hermano, que son cosas lindas; el sol, la luna y las estrellas, y también el viento cuando hace calor, todas cosas lindas.» «La vida es muy agradable, mi hermano. ¿Quién quiere morir?» .

**Antaño y hogaño.**

Del mismo modo que la excelencia de un cuadro depende del acierto en la combinación de las luces y las sombras, los colores, las líneas, las figuras, las sugerencias y las insinuaciones, la de una vida depende de la feliz combinación de los accidentes y de las circunstancias internas y externas, y con el creciente desenvolvimiento de los elementos cualitativos del espíritu y del ambiente, que son los materiales de construcción de la felicidad humana, el común de las gentes se encuentra hoy infinitamente más acaudalado de amenidades que el señor Feudal analfabeto de la Edad Media, que se aburría en su castillo, por tener sólo muy

reducidas ideas, muy menguados sentimientos y muy escasas noticias del mundo, sin más pasatiempos que la guerra, el juego, la bebida, el amor y la mesa, y que no podía ensanchar por los viajes, sin peligro de su vida, el escenario exterior de su espíritu, aun teniendo el derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, lo que era infinitamente peor que no tener necesidad de matar á nadie.

Y por cierto que la existencia del sirvo, del esclavo y del villano, transcurriendo en miseria irremediable, en una espesa atmósfera de terrores religiosos y de peligros sociales, explotado y maltratado como un animal doméstico, con la sola diferencia de ser un animal predeterminado á convertirse, al término de su perra vida, en un semidiós ó en un vicedemonio, por estupenda consecuencia de los sacramentos y del pecado, tal condición del cristiano sin privilegios, era sencillamente peor que la del condenado á trabajos forzados en nuestros días.

«Mientras el símbolo de la vieja huma-

nidad era el hombre y la mujer cavando la tierra con el sudor de su frente, el símbolo de la humanidad moderna es el hombre en la casilla de gobierno ó en el timón, guiando con un ligero esfuerzo muscular, pero con un gasto constante de trabajo mental, enormes masas de energía hacia una actividad deliberada, dice Ostwald. Y esta elevación del hombre, desde bestia de trabajo en el mismo nivel con el buey, á una más alta existencia con dominio sobre inagotables cantidades de energía, es una ganancia moral que debemos exclusivamente al progreso técnico, y estamos llegando á comprender que sólo al investigador científico podemos dirigir con éxito la vieja plegaria: «libranos de todo mal».

En efecto, las religiones crean las buenas intenciones con que está empedrado el camino del infierno, pero no crean instrumentos ni métodos de trabajo, y la cuestión capital y la causa permanente del mejoramiento de las razas humanas por procedimientos humanos, es la del

empleo de las energías humanas en orden á conseguir con el menor gasto el mayor rendimiento de aptitudes, de recursos y de amenidades.

«No ser muerto y tener un traje de pieles para el invierno, era el supremo ideal de un hombre en el siglo IX», dice Stendhal. «Nadie puede ahora hacerse una idea de lo que fué el estado mental de un hombre en el siglo IX, dice Huxley. Por más altamente educado que fuese, su vida era un campo de batalla permanente entre santos y demonios, por la posesión de su alma». Podemos agregar que también era un campo de batalla entre bacilos y microbios por la posesión de su cuerpo, sabiendo que las epidemias hacían estragos, y que en el siglo XIV la peste negra mató á la mitad de la población de la Europa, y que hasta fines del siglo XVII la mortalidad en Londres, verbigracia, era del 80 por 1.000.

Es que en el feminismo cristiano, como en el feminismo musulmán, el hombre estaba á la defensiva contra los males

del cuerpo y del espíritu, bajo el escudo de las supersticiones, defendiéndose de los diablos, las brujas, los duendes y las ánimas, las epidemias, las endemias, las pestes, las secas y las inundaciones, el rayo, el hambre y la perversidad, con el poder mágico de los santos, de las reliquias y de las oraciones milagrosas, con las misas, novenas, procesiones y peregrinaciones, con el agua lustral y las palmas benditas.

Y sólo á proporción en que la libertad del pensamiento aportaba ó despertaba el masculinismo en el espíritu humano, ha podido el hombre moderno tomar la ofensiva contra los males del espíritu y del cuerpo, repeliendo y destruyendo con la higiene á los argonautas de la mugre; desvaneciendo con las luces de la ciencia esos fantasmas terroríficos de la imaginación en tinieblas, que hacían de la vida mental una horrorosa pesadilla; desarmando al fanatismo, á la crueldad y á la imbecilidad con la cultura intelectual; anonadando al hambre con el comercio,

la industria y las vías de comunicación, y reduciendo con todo ello la mortalidad en Londres al 17 por 1.000, para alargar en quince años la duración media de la vida humana, pues resultó que el elixir de larga vida no era el agua de vida, ni el agua con vida, sino el agua esterilizada.

En el feminismo intelectual en que vivieron nuestros padres, con excepción del pensamiento, todos los hechos y las cosas estaban regidos inexorablemente, hasta en sus menores detalles, por un emperador omnipotente y omnividente del universo, que en cualquier momento podía invertirlos ó suspenderlos á su capricho, indiferente á la suerte de los hombres, á menos de ser interesado en ella por frivolidades, tan irracionales á veces como la de ser el pescado, verbigracia, comestible en lunes y «pecado mortal» en viernes, y por humillaciones y adulaciones bastantes para dar náuseas á una persona decente de nuestro tiempo.

Dios era un hombre inmensamente



más bueno y más malo que todos los hombres y los animales juntos, con tantos millones de ojos y de oídos como había hombres, mujeres y niños en la tierra, puestos uno en cada persona, para ver todos sus actos en la obscuridad, todos sus pensamientos en el interior de la mente, á fin de registrarlos, momento por momento, en una cuenta especial abierta á cada persona desde el día de su nacimiento en pecado original, para premiarlos ó castigarlos, cuando ya no fuesen enmendables ni empeorables.

El diablo era un perdido, sin remedio, empeñado en perder á todos los hombres, las mujeres y los niños, para aumentar la población infernal de diablos, brujas y duendes, á fin de tener más compañeros de eterno infortunio, y más auxiliares con quienes merodear alrededor de cada persona en apuros de conciencia, como los perros hambrientos alrededor de la cocina. Cazador y negociante de almas para el infierno, acudía al instante á donde lo llamasen, presentándose

espontáneamente en la obscuridad y en la soledad, para sugerir un mal pensamiento contra la gloria del Padre Eterno, ó brindar un momento de dicha á cambio de la eterna desdicha, que constituía su propia gloria.

Yo he vivido en ese *open door* de insensatez medioeval, que era la herencia intelectual forzosa de los hispano-americanos en la época colonial, el cual, y el terremoto del 61, han sido las dos grandes calamidades que han amargado las que debieron ser horas felices de mi infancia. Y de ahí mi empeño en sustraer á los presentes y venideros de eso que Mæterlinck llama «el sólo crimen imperdonable, el que envenena las alegrías y anonada la sonrisa del niño» con el fantasma de la condenación eterna por los usos y los goces saludables de la vida.

Como el árbol que queda subordinado á las contingencias del lugar en que ha brotado, el hombre quedaba antaño subordinado por todas las indigencias humanas al lugar y á la condición social en

que había llegado á la existencia. Su ambiente intelectual estaba constituido por el espejismo deslumbrante del cielo y por las visiones pavorosas del purgatorio y del infierno, en tanto que el campo de acción del hombre moderno se extiende á todas las regiones civilizadas de la tierra, y su escenario exterior se extiende á todas las maravillas de la naturaleza y del arte, mientras el mundo interior está constituido por el kaleidoscopio de los conocimientos y de los sentimientos en transformación incesante.

Pero este mundo, que era «un valle de lágrimas» cuando el pesimismo ejercía la regencia del entendimiento humano, empieza á ser un valle de alegría desde que la ejerce el optimismo; desde que es un campo de acción, en el que las energías ambientes trabajan en nosotros, por nosotros y para nosotros y nuestros descendientes en la elaboración del universo moral.

Pues este mundo no es una ordalía á perpetuidad, como lo concibieron los pa-

dres de la Iglesia, no es una trampa de cazar almas para el infierno, y nosotros estamos en él como una parte de la energía universal en una función específica, para pensar, sentir, amar y soñar; para vivir, obrar y morir, y no para pasar por probaciones inequívocas en la diversidad infinita de las condiciones de hecho, á fin de ser los unos obsequiados con la dicha eterna y condenados los otros á la eterna desventura, porque esto sería demasiado necio y demasiado inicuo para una inteligencia decente de las cosas.

Porque el cielo, el purgatorio y el infierno son aquí, y es sólo por un efecto de espejismo intelectual, que los visionarios los ven en el más arriba ó en el más allá de la realidad.

Aquí es el cielo del amor y la belleza, el arte y la ciencia; el limbo de la ignorancia; el purgatorio de la superstición y la imbecilidad; el infierno del odio y la perversidad. Y del individuo que marcha impelido por su egoísmo en pos de su mezquina felicidad póstuma, aun de esa

fuerza, de la que dice Goethe «que quiere siempre el mal, y concurre, sin embargo, al bien», la naturaleza, persiguiendo incesantemente su propio ensueño, hace el obrero consciente ó inconsciente para la obra del perfeccionamiento indefinido del hombre para el mundo y del mundo para el hombre.

Aquí es el lugar de la dicha y la desdicha eternas para la humanidad eterna, y transitorias para la individualidad transitoria; y ahora es el momento de alcanzar la perfección relativa, de que resulta la dicha propia por reversión concomitante de la dicha ajena, haciendo del mundo el valle de la sonrisa, y aquí es «el valle de la amargura» para los que quieren alcanzar la perfección al revés de como es posible, para ellos solos, y en otro sitio, en otro momento y en otra vida, en que serán de ninguna utilidad para los otros seres.

Aquí es la dicha celestial de las almas refinadas para la vida excelsa por la cultura de la mente y del corazón; de los

que piensan y son comprendidos, de los que sienten y son correspondidos, de los amantes que son amados; aquí, donde están los que sufren, es el lugar de la benevolencia, de la abnegación y de la ternura, que serían inútiles donde fuesen innecesarias; aquí es la oportunidad de la inteligencia y del sentimiento, aquí donde las cosas y los seres hablan al espíritu del hombre en el lenguaje de las simpatías ó de las antipatías que haya depositado ó suscitado en ellos, porque el universo es el banco de la felicidad y de la infelicidad, sobre el que cada uno puede girar, en todo momento, contra sus depósitos de amor, de temor ó de rencor, de sensatez ó de insensatez en cuenta corriente.

Y si el cielo, el purgatorio y el infierno, concebidos fuera de este mundo, sirven para dirigir de rebote la conducta de los hombres en este mundo, ¿por qué no habrían de servir también, directa é infinitamente mejor, si los concebimos dentro mismo de este mundo?

## **Ideales y sentimientos.**

Expresando elocuentemente el sentir colonial, en un discurso pronunciado en 1884 contra la escuela neutra, el matrimonio civil, el divorcio, el cementerio laico y las escuelas normales, el actual ministro de Instrucción pública, decía: «Pueden nuestros pueblos resignarse hasta la humillación y el sacrificio bajo el peso de grandes dolores; pueden consentir, sin estallar terribles y vengativos, que se les arrebatase una á una las garantías constitucionales; pueden contemplar, impasibles, que los gobernantes decidan sus destinos con la punta de la espada. Hay algo, empero, que han de defender hasta el heroísmo, algo por lo que han de arros-

trar el martirio, si necesario fuese, y ese algo es su fe y su religión, único bien que les queda aún en medio de tantos males y desastres.»

Esa es, en efecto, la descripción perfecta del espíritu que los hispano-americanos tuvimos la desgracia de heredar de nuestra madre patria, y por el cual la libertad ha sido siempre pisoteada por todos los caudillos ambiciosos de poder, sin encontrar defensores suficientes, y han caído siempre los gobernantes ilustrados que pretendieron implantar la primera y la más grande de las libertades humanas: la libertad del pensamiento.

Y es por eso que hemos resultado como los musulmanes, más gobernables por los más capaces de arrebatarlos libertades para construir y fortalecer su despotismo; pues las agrupaciones, como los individuos, no pueden disfrutar sino aquellos beneficios por cuya consecución ó conservación estén dispuestos á luchar hasta vencer, y cuando sólo están ense-



ñados á saber para qué sirve la religión, y á no saber para qué sirve la libertad, sólo están dispuestos á luchar por la conservación del fanatismo religioso, y todo lo demás puede serles arrebatado con ó sin las armas en la mano.

Fué por eso que la única insurrección que puso en serio peligro la dominación de 40.000 ingleses sobre 200.000.000 de indus, fué ocasionada por la grasa de vaca y de cerdo empleada como preservativo contra la humedad en los cartuchos del fusil, porque era necesario cortarles la punta con los dientes antes de introducirlos en el cañón, y esto obligó á los cipayos á sublevarse para escapar á la condenación eterna, que resultaba para los musulmanes del contacto de la grasa de cerdo, y de la de vaca para los brahmanistas.

La libertad es de tan poco momento para el que no sabe valorarla y usufructuarla, como un violín para el que no ama la música ni sabe tocarlo, y del cual sólo podría obtener los beneficios que

le resultasen de empeñarlo ó venderlo.

Y como no se puede tener para sí lo que no se haya hecho tenible para los otros, el hombre común no puede disfrutar ni aun lo que sabe estimar, sino en la medida en que sepa defenderlo para todos. Y cuando desestima la libertad para sí, nada hará para defenderla en los otros, y la suya y la de los otros serán acaparables por los que sepan sacarles provecho, en la medida en que estén indefendidas por los que no saben aprovecharlas para impedir que los despojen. Y de esta circunstancia depende que las libertades individuales en las agrupaciones humanas sean en unos pueblos más y en otros menos monopolizables por los caciques, los ambiciosos y los logreros.

El que hace creyente á un niño en cualesquiera fe, lo hace esclavo de esa fe, y el inquisidor está implícito en el creyente, pues el que ha perdido la libertad de dudar ó de no creer, quiere, naturalmente, hacer perder á los otros lo que él ha

perdido, y cuando entiende, además, que esa pérdida actual comporta beneficios ulteriores, las funciones diabólicas quedan dobladas en el fanático militante por las funciones divinas, concurrentes con aquéllas á la anulación de las demás posibilidades del espíritu en los otros.

Diablo sin saberlo, el que ha perdido la alegría del vivir, desea imponer á los otros su tristeza, y el que está atormentado por los terrores del infierno, desea comunicar á los otros su miedo al infierno, por el doble motivo de sus beneficios eventuales y porque mal de muchos es consuelo de afligidos. Tal era el caso de aquellos caudillos bárbaros, que querían que todos fuesen bárbaros porque lo eran ellos, exactamente como hoy queremos que los demás sean cultos, porque lo somos nosotros.

Los pueblos enseñados á creer que con Dios basta y sobra, como los turcos, los rusos y los españoles, sólo están dispuestos á defender á su Dios y á sus vicarios, y sólo han conservado sus dioses y sus

déspotas temporales y espirituales. Y los que han estado siempre resueltos á defender, á la vez, á la religión y á la libertad—*Dieu et mon Droit*—como reza la vieja leyenda del escudo británico, han conservado, á la vez, la religión y la libertad.

Fué por lo inverso que la más colosal de las guerras afrontadas por los americanos del Norte, y la única contienda civil que los haya dividido, fué la que acometieron para conseguir la emancipación de los negros, á costa de un millón de vidas y de tres mil millones de dollars, resarcidos con excésos por la prosperidad consecutiva á la eliminación de esa menzura en la moral nacional.

Por el contrario, nuestra diferencia fundamental con los anglo-sajones, que en 1215 arrancaron la Magna Carta al rey Juan, arrojando al mar en Dover la bula que contenía la excomunión del papa contra los barones rebeldes, consiste en que ellos han estado siempre dispuestos á defender hasta el heroísmo y el marti-

rio esas garantías constitucionales, que en el sentir colonial del Dr. Garro, nosotros estamos dispuestos á dejarnos arrebatarse sin estallar, y es con esa actitud que ellos han hecho imposibles en su ambiente esos déspotas, sátrapas y caciques con facultades ilimitadas que fueron viables en el nuestro.

Porque el espíritu del hombre es fecundable por el ideal. Fecundable de generosidad por el ideal generoso; fecundable de mezquindad por el ideal mezquino; fecundable de insurrección por el ideal de la libertad; fecundable de miedo y de sumisión por el terror al presente ó al mañana.

De los que viven sólo para sí mismos, se ha dicho que «la cal sola de sus huesos los mantiene en pie, y no un propósito sano y generoso», y, en efecto, el propósito hace la consistencia del espíritu, como la cal hace la consistencia del esqueleto, y es de la rectitud del esqueleto que resulta la posición vertical del hombre físico, y de la firmeza y la generosi-

dad del propósito la rectitud moral del hombre síquico.

«Un fin superior es curativo como el árnica», dice también Emerson. «Napoleón visitaba á los enfermos de la peste para demostrar que el hombre que podía vencer al temor vencería á la peste, y tenía razón», ha dicho Goethe. «Es increíble la fuerza que tiene la voluntad en esos casos; penetra en el cuerpo y lo pone en un estado de actividad que repele toda influencia dañosa, mientras el temor las atrae». La transformación del individuo común en fiera, por la pasión de una causa miserable, ó en héroe por la pasión de una causa generosa, es un fenómeno frecuente, y también lo es en la historia, la transformación más ó menos repentina, del carácter de toda una agrupación humana por la intervención de un gran terror ó de un alto ideal.

En aquel «pueblo de asnos», como se decía del francés, porque llevaba sin quejarse todas las cargas que le imponían sus gobernantes y sus salvadores, sobrevie-

nen los ideales laicos de 1789, y el sentimiento naciente de los derechos y de las posibilidades del hombre suministra fuerzas morales bastantes para abrir en el muro del pasado la brecha del porvenir afrontando la coalición de la Europa absolutista y reaccionaria, y la revolución, es desde entonces, como dice Carlyle, un deber que los franceses saben llenar.

Sobrevienen también, en 1810, esos mismos ideales entre los colonos españoles del Plata, que vegetaban sin porvenir en el pasado tradicional, y que acababan de defender con las armas en la mano contra las invasiones inglesas á la dominación española, y las empuñan de nuevo para expulsarla. En tres años, el carácter de los colonos había cambiado hasta el punto de avergonzarse de la misma sumisión pasiva de que estaban antes orgullosos.

La fuerza moral del cristianismo provino de la parte en que era un ideal de porvenir. Pero la idea de realizar los hombres dentro de la vida, por sí mis-

mos y para sí mismos, la libertad, el derecho, la justicia y la fraternidad; el propósito de embellecer y dulcificar en este mismo mundo la vida humana, que aquél aspiraba á realizar fuera de este mundo, era un ideal más alto, más noble y generoso. Del primero resultó la era cristiana; del segundo la era liberal y científica.

Pues, si lo más enalteciente, vale decir, lo más moralizante, del cristianismo provino de ser una aspiración de mejoramiento humano á realizarse en el mismo individuo en el más allá de la vida presente, los ideales racionalistas son aún más moralizantes porque son bienes á realizarse en el porvenir, fuera del individuo que los alienta, á su costa, y sin beneficio para sí.



## XXII

### **La herencia social.**

El amor, la simpatía y la benevolencia son agradables, y todo lo que es agradable es deseable, por egoísmo. Para suscitar esos sentimientos en los otros á nuestro respecto, deseamos ser gratos á los otros, y para conseguirlo usamos á su respecto la cortesía y la benevolencia, por egoísmo. Pero si ellos y nosotros no deseamos ser estimados, sino temidos, ellos y nosotros apelaremos á la intimidación para ser temidos, por egoísmo. Pues un hombre prefiere que los otros hombres le tengan miedo, y otro prefiere que le tengan simpatía, y cada uno desea suscitar en los otros aquello que desea en los otros.

Un hombre hace el bien porque esa es su manera de ser feliz; otro hace el mal porque esa es su manera de ser feliz, en razón de la clase de sentimientos de que está provisto. Los dos son impulsados por el instinto de conservación en diferente rumbo, porque su instinto ó su egoísmo está diversamente condicionado por el carácter de sus sentimientos y diversamente alumbrado por las luces de su entendimiento.

Y del mismo modo que la agricultura consiste en sembrar ó plantar en el suelo las plantas cuyos frutos preferimos, la homocultura consiste en implantar ó sembrar en la mente del niño los ideales, la religión, los gustos y las inclinaciones cuyos frutos preferimos en el adulto.

Un piel roja se captaba la admiración de los otros pieles rojas, por el número de cabelleras de adversarios muertos con que se adornaba. Un gaucho se captaba la admiración de los otros gauchos, por su audacia para jinetear á un potro indó-

mito, ó para afrontar á los otros gauchos ó á los gendarmes, acreditando con ello ser más gaucho, pues cuando todos son bárbaros, ser más bárbaro que los demás es ser superior á los demás, del mismo modo que ser, respectivamente, más argentino, más boliviano, más español ó más católico, musulmán ó budista que los demás argentinos, bolivianos ó españoles, ó que los demás católicos, musulmanes ó budistas, es ser, respectivamente, superior á los que son lo mismo en menor grado, porque nadie puede estimar en los otros sino lo que considere estimable en sí mismo, y, por lo tanto, estimable en mayor grado allí donde exista en mayor grado.

Así, los caracteres sociales de cada comunidad de hombres son los valores ó las calidades personales que el individuo tiende á procurarse por imposición del instinto de conservación, porque «la función no es más que la respuesta del ser á las sollicitaciones del medio», como dice Lacombe, y el modo de sentir, de pensar

y de obrar de los coetáneos, no son menos obligatorios que su modo de vestir, para las nuevas unidades que se incorporan á la masa.

Por esto, nacer en un ambiente social es heredar en germen las posibilidades y las imposibilidades de tal ambiente social; la posibilidad de todas las excelencias ó la de todas las miserias humanas, según que sea grande ó menguado, optimista, pesimista ó fatalista. Y recibir una alta cultura, es heredar una forma superior de riqueza, ciertamente más importante que la que consiste en bienes de fortuna. Y heredar vanidades en lugar de sentimientos, es quedar predestinado á echar los bofes en la conquista de las cosas que despiertan envidias sin allegar simpatías.

Nacer en un ambiente de ilustración, de dulzura de sentimientos y de sobriedad de costumbres, ó en un ambiente de ignorancia, superstición, rudeza y miseria consecutiva, es heredar, respectivamente, la civilización ó la barbarie como

cauces tradicionales para las energías vitales, pues el capital de vida operante para la felicidad es el remanente que queda después de deducir las deudas y las cargas de la vida, á que están hipotecadas por las supersticiones del pasado las energías del presente, y por los cuales tradicionalismos no es lo mismo nacer en Marruecos que en España ó en Norteamérica, por toda la diferencia que va del fatalismo al optimismo.

La historia y la tradición, es decir, ocho siglos de guerra contra los moros y tres siglos de Inquisición contra los herejes, habían elaborado el fanatismo patriótico y religioso en el espíritu del español, que consideraba á la ciencia como «la vana presunción de la ignorancia», según la definición del gran Quevedo, y que pensaba, como dijo Felipe IV, que «la única manera de conseguir lo que deseamos es no contar sino con la voluntad de Dios», y porque *«l'homme est ce qu'on fait de lui; ensuite il vent rester ce qu'on a fait de lui»*, como dice Servan, los

españoles de esa laya se sintieron tan fuera de su ambiente en la Constitución de Cádiz como los peces de agua salada en el agua dulce, y gritaban en 1814: «¡Vivan las cadenas, muera la libertad!»

Se habían formado con el valor militar la más grande herencia territorial que hubiera conocido el mundo hasta el siglo XVI, y la perdieron por el fanatismo religioso, deteniendo en los Pirineos, con el misticismo que les había venido del África y del Asia, al racionalismo que les venía de la Europa.

Y desde los judíos del tiempo de Tito y Vespasiano hasta los marroquies de nuestros días; desde la conquista y la repartición del Nuevo mundo, hasta la dominación de la India; desde el reparto de la Polonia, hasta el reparto del África, es siempre la misma tragedia de la herencia territorial de las poblaciones, malograda por la herencia intelectual, lección de la historia todavía inaprendida en estas naciones semibaldías de la América latina, donde los megalómanos si-

guen soñando en ensanches territoriales, víctimas de la incredulidad hereditaria en el poder de la ciencia, que tienen, en la cultura nacional, el remedio para todos los males del pasado y la más poderosa palanca para el engrandecimiento nacional, y no saben ó no quieren usarlos.





## XXIII

### La vida y la moral coloniales.

Lo que define la condición del hombre es el empleo de su mente y de su tiempo, y esto era tan diferente en el pasado de como es en el presente, que solamente los que hemos pasado la infancia en un medio colonial, podemos explicarnos el modo de existencia de nuestros mayores, que lo ignoraban todo en este mundo y eran catedráticos infusos del otro, porque todos los ideales de la vida espiritual estaban destinados á realizarse en el más allá de la vida actual.

«Levantarse temprano, asistir á los trabajos de la heredad, comer á la mitad del día, dormir una *siesta* de tres horas,

volver á la ocupación hasta ponerse el sol, rezar, jugar un par de horas ó más á los naipes, cenar y acostarse para volver á levantarse temprano al siguiente día, repetir lo mismo del día anterior, y así sucesivamente toda la vida, atesorar dinero con la paciencia y la avaricia de un judío, privándose de los goces que brinda la industria del hombre», tal era, dice Hudson, la existencia del patrón colonial, sazónada por la misa en la mañana del domingo y las riñas de gallos por la tarde, siendo la del peón trabajar estúpidamente, desde el amanecer hasta el anochecer, en cinco días de la semana, para jugar á la taba, á la rayuela ó á los naipes, emborracharse el domingo con el salario de la semana, y dormir la borrachera el lunes.

Empleaban, como los musulmanes, la religión para todos los usos para los cuales está construída la inteligencia, y «como en España, dice Juan A. García, seguían creyendo que la ciencia era enemiga de la religión y de la felicidad hu-

mana, y que bastan para un pueblo los conocimientos elementales que puede transmitirle el cura párroco», el cual cura les enseñaba que habían nacido para ser desventurados en vida y bienaventurados después de la vida, coordinándose así el más alto destino futuro con la más chata actualidad.

Los prisioneros de las invasiones inglesas, diseminados en el interior, y la repercusión clandestina de las revoluciones norteamericana y francesa, sembraron la idea de la libertad, que es el antecedente indispensable del deseo de libertad; el contrabando y los ensayos forzosos de comercio libre, hicieron palpar los beneficios de la libertad de comercio; las milicias criollas, organizadas para repeler á los ingleses y aguerridas por el éxito, constituyeron el elemento substancial para la emancipación, y los hombres superiores, en quienes había aparecido, *quand même*, la inteligencia masculina para la vida social, suministraron el impulso y la dirección, que

eran elementos capitales para la destrucción del régimen tutelar.

Así, las invasiones inglesas, en las que el régimen colonial fué el vencedor aparente y el vencido en efectivo, fueron la ocasión del primer contagio de nuevos ideales y del primer ensanche de los horizontes espirituales del criollo, y en seguida las luchas de la independencia presentaron la más alta oportunidad para el más alto empleo de la vida humana: para el que consiste en trabajar por la libertad, la justicia y el bienestar de las generaciones presentes y futuras.

El mismo fenómeno acontecía simultáneamente en la metrópoli, con la invasión francesa y la insurrección popular, después del sometimiento de los reyes, y también el mismo desbarajuste posterior con la reacción absolutista, las mismas horrorosas tiranías recidivantes, los mismos caudillos y montoneros cristianos y bárbaros, en las guerras sin cuartel para el compatriota en disidencia política, con las mismas ó aún más atroces cruelda-

des, que escandalizaron á la Europa liberal, porque los métodos racionales para la solución de los conflictos sociales, eran extraños á la tradición absolutista de la gran nación, que lo fiaba todo á la voluntad de Dios y á la eficacia del rigor, á la devoción y al valor, sometiendo la cultura de la inteligencia nacional á la aprobación de la Iglesia, que estaba sólo interesada en mantener la ignorancia para fomentar el fanatismo religioso.

Después de la autocracia rusa y de las teocracias musulmanas, nada más opuesto á la hospitalidad para los perseguidos que hizo la grandeza de la Roma Antigua, y hace la prosperidad moderna de los países anglo-sajones, nada más diferente que esa política religiosa de los reyes de España, que les llevó á implantar, con la Inquisición, el infierno en el interior, y á erigirse en el ángel exterminador de la herejía en el exterior.

Y en lugar de la esperada reciprocidad providencial, sobrevienen después las

consecuencias naturales inevitables de la inmoralidad humana; esto es, de la inhumanidad empleada en ganarse la protección divina y los favores del cielo á sangre y fuego.

### **El espíritu de preeminencia.**

La idea de la igualdad era ajena al cristianismo, pues estaba escrito en los libros sagrados que los primeros serían los últimos, y que los últimos serían los primeros, y desde que la Iglesia vendía á los primeros en este mundo el derecho de ser también los primeros en el otro, en esta doble conveniencia de ser los primeros en el ahora y en el mañana, se originaron ó se enardecieron el hambre del privilegio y el espíritu de preeminencia que formaron las instituciones políticas y eclesiásticas medioevales.

Lo primero que hacen los niños y las mujeres frívolas, es comparar sus trajes y atavíos para congratularse por la su-

perioridad de los propios ó apenarse por la superioridad de los ajenos, prefiriendo la vestimenta más incómoda, siempre que sea la más vistosa.

Este es un modo de ser. Para el anciano, por el contrario, la comodidad y el abrigo en el traje son ventajas superiores á la vistosidad, y éste es el otro modo de ser.

En el «ande yo caliente y ríase la gente», la felicidad descansa sobre la situación intrínseca; en el «ande yo deslumbrante y rabie la gente», la felicidad descansa sobre la situación extrínseca. Al modo de ser infantil y femenino le llamamos espíritu de preeminencia; al modo de ser adulto y masculino le llamamos espíritu de independencia. A la forma política propia del primero la llamamos aristocracia, y á la del segundo democracia, cada una de las cuales desacuerda con el espíritu correspondiente á la otra, como el botín del pie izquierdo con el pie derecho, y viceversa.

La nota más característica del primero



la dió entre nosotros aquel español Ruiz Huidobro, general de caballería de Facundo Quiroga, predecesor del Kaiser y de Sara Bernhard en la riqueza del guardarropa, que había empezado de cómico aficionado, y que, al regreso del saqueo de Tucumán, poseedor de 365 camisas, se cambiaba ocho trajes diferentes en el día, paseándose por las calles de Mendoza en el primer coche que había llegado á la provincia.

La historia de la Edad Media en el Occidente europeo, con ser una sucesión de guerras de rivalidad y de predominio entre los grandes y los pequeños señores feudales, entre musulmanes y cristianos, entre católicos y protestantes, está asimismo sembrada de horrorosas insurrecciones de los villanos contra los excesos insufribles de la opresión feudal, bárbaramente reprimidas siempre por el exterminio de los vencidos; pero hasta que el desarrollo del comercio y la industria suscitó una clase intermedia entre los privilegiados y los desvalidos, como la

de nuestros patricios de 1810, en la que las iniquidades del antiguo régimen recayeron sobre gentes con recursos económicos y aptitudes mentales suficientes para comprender los usos y los beneficios de la libertad, no acontecieron revoluciones políticas para la reforma del orden social, salvo en Inglaterra, donde tal clase y tales revoluciones existieron siempre, en alguna manera, porque los hijos de los nobles, con la sola excepción del mayor, no eran nobles, sino comunes, y los nobles mismos estaban, por esta circunstancia, interesados en el mejoramiento del común, á que pertenecían sus segundones.

Pero en España todos los hijos del noble eran hidalgos de nacimiento, exentos de impuestos, de ocupaciones y de penas viles, estándoles vedado el trabajo manual, el comercio y la industria, y reservados los honores y la consideración social, y los empleos civiles, militares y eclesiásticos. Así el privilegio hacía no sólo innecesarias, sino también detesta-

bles, la libertad, la igualdad y la fraternidad para los elementos dirigentes y pudientes de la sociedad, á la manera en que es repugnante á los patrones la idea de la justicia en el contrato de trabajo.

Para esta vida y para la otra, el individuo no era computado por su valer como hombre, sino por su condición social, según el rango que ocupase por nacimiento ó por consagración en el respectivo escalafón. El sentimiento del valor jerárquico desplazaba á todos los otros en esa manera unilateral de entender la excelencia de la vida y el espíritu de preeminencia que tiene su campo de acción en el culto del coraje, su instrumento en el valor agresivo, su forma propia en el militarismo, su oportunidad individual en el campo del honor y su oportunidad colectiva en el pronunciamiento, en la guerrilla y en la montonera, que forman la urdimbre de la historia española y de la historia argentina en el siglo de las luces; el espíritu de preeminencia, que es el antípoda del espíritu

de tolerancia, llevado, como dice el doctor López, al extremo de que las beatas y sus maridos se peleasen en la misma catedral de Chuquisaca, por el lugar en que las primeras habían de colocar sus alfombras; el espíritu de preeminencia, que es la sed del privilegio permanente, vino á ser el sentimiento preponderante en el hispanoamericano, el *leit motiv* que hizo impracticable el gobierno alternativo de los partidos por la igualdad de los hombres y la división de los poderes para el control recíproco.

Porque la subalternidad de los otros es indiferente al espíritu de independencia y es una exigencia del espíritu de supremacía, resultan en este caso desdorosas las limitaciones del poder, y ofensiva la disidencia; los hombres no se dividen en partidarios y adversarios, sino en leales y traidores. Traidores á Dios, al rey, á la patria, á la libertad, ó á la «federación», cuando se les manda en nombre de estas entidades, siendo de suyo la traición el grave de los delitos sociales.

Así, la oposición, que es un derecho, la expresión social del derecho de propia conservación en el régimen de las instituciones libres, es un delito contra la supremacía personal en el régimen de las instituciones absolutistas y la neutralidad, que quedaba garantida en la fórmula política de César: «el que no está contra mí es mi amigo», queda excluida en la fórmula de Pompeyo, que adoptaron nuestros caudillos medioevales: «el que no está conmigo es mi enemigo», por lo que se hizo necesario el distintivo exterior en los partidarios, para preservarlos en la hostilidad universal á la masa general de la población.

Lo que el hidalgo de la Edad Media cuidaba sobre todas las cosas, con la infaltable tizona al cinto, hoy tan ventajosamente sustituida por el revólver, eran la religión para la vanidad futura y el protocolo para la vanidad presente; su credo y su rango social; su lote de superioridad sobre los otros hombres en este mundo y en el otro, por herencia ó por

unción, siendo menospreciada la *self made*.

El servilismo era el peaje de la vida del débil al fuerte, el pleito del homenaje del vasallo al señor y del creyente al emperador del universo, cobrándose cada uno en altivez sobre sus iguales y en arrogancia sobre sus inferiores, la bajeza gastada en sus superiores. Como el arrogante ministro Olivares, que le alcanzaba á Felipe IV la camisa, de rodillas al pie de la cama, el patrón colonial, que se hincaba delante del cura, se sentía ofendido en sus fueros de patrón si el peón no le dirigía la palabra con el sombrero en la mano y la humildad en los labios, y el padre en sus fueros de padre, si el hijo no le pedía de rodillas en el suelo y con las manos en actitud suplicante la bendición, consistente en desearle que Dios lo hiciera un santo y no un hombre.

La arrogancia y el servilismo son el anverso y el reverso del espíritu humano fraguado por el feudalismo, constituido éste por «una jerarquía descendente de

poderosos que empezaba en el duque y terminaba en el escudero, siendo cada uno señor de sus vasallos y vasallo de sus señores. Dentro de la jerarquía, todos eran nobles; afuera, todos eran villanos. Los primeros estaban constituidos en forma de casta, y toda unión con los segundos era una degradación, un deshonor, como también el comercio y toda profesión, excepto la de las armas espirituales para combatir á los demonios, y la de las armas temporales para combatir á los herejes. En el mundo feudal no hay intereses comunes; el interés particular es la medida suprema, dice Crozals. Las invasiones normandas precipitaron la evolución feudalista, y en todos los grados de la sociedad hubo como un furor de subordinación mutua de hombre á hombre, para encontrar la seguridad en la dependencia.»

En la España que mantuvo la esclavitud hasta los últimos años del siglo XIX en sus colonias, porque había mantenido la ignorancia y el fanatismo en su propio

suelo, subsistió el espíritu medioeval de preeminencia, para el que «vale más ser cabeza de ratón, que cola de león», y que es la incompatibilidad recíproca entre los hombres de la misma religión, raza, nacionalidad, clase y familia, puesto que impele al que lo siente á colocarse respecto de los otros en la situación en que no querría que ellos se colocasen respecto de él, con lo que viene á ser el progenitor del personalismo, del caciquismo, del caudillismo, del regionalismo, del localismo, del separatismo, que hicieron en el siglo pasado la desunión, la esterilidad y la debilidad de la América española, enfrente de la unión y la fuerza de la América anglo-sajona, resultantes del espíritu de independencia, que tiene su oportunidad en el comercio y la industria, su medio propio en la libertad de pensamiento y de acción, y su instrumento en la inteligencia afinada por la instrucción pública, y cuyo fruto específico es el *self made man*.

Porque es al absolutismo lo que la ar-



golla al gancho, lo que la estaca al injerto, el espíritu de sumisión era cultivado de mancomún *et in solidum* por la Iglesia y el Estado, para injertar en él su respectivo absolutismo, y de ahí nació—gemelo por contraste—el espíritu de insurrección, el espíritu levantisco, en la propia manera en que la altivez había nacido de la repugnancia al servilismo, en la propia manera en que la «arrogancia española y la soberbia castellana» se habían generado en la pobreza de espíritu y la humildad cristiana.

Pues, á la verdad, la humildad cristiana no fué más que la más estupenda máscara del más estupendo orgullo, en aquellos pastores de almas que se atribuían el poder sobrehumano de otorgar la gracia divina, aquilatando la calidad del pensamiento para mandar á los otros hombres al cielo ó al infierno, erigiéndose en jueces de la conciencia humana para absolver al prójimo ó condenarlo á la hoguera y al eterno martirio.

Á los americanos del Norte, la Magna

Carta, la Reforma, el *habeas corpus*, la petición de derechos y el *bill* de tolerancia, les habían hecho el espíritu del pie derecho, para el cual la Constitución que los rige desde 1787, resultó como el calzado hecho á la medida del pie. A nosotros el absolutismo político y religioso nos hizo, con la Inquisición y los jesuitas, el espíritu del pie izquierdo, para el cual resultaron inadaptables las cuatro ó cinco Constituciones para el pie derecho que ensayamos inútilmente antes de la del 53-60, como han resultado inadecuadas en España las otras tantas Constituciones de la misma índole, para el espíritu público de la otra índole.

El remate natural del espíritu de preeminencia es el cesarismo, por un proceso de agregación forzada y progresiva, lo mismo en el imperio romano que en la Iglesia romana, en las monarquías del viejo mundo como en las dictaduras del nuevo. Describiendo la de Rozas, dice Vélez Sarsfield: «Un caudillo mayor trae á otros caudillos á su jurisdicción y los

cuelga en las plazas públicas; establece entonces un estado tal de sumisión entre aquellos Estados soberanos, que los más altivos gobernadores, sirven apenas para verdugos».

Del mismo modo que fué necesario el enfriamiento de la tierra para que aparecieran la vida vegetal y la vida animal, fué necesario el enfriamiento del terror del infierno, para que apareciesen la eficacia del trabajo por el uso de la inteligencia y las amenidades de la vida en las sociedades cristianas: el racionalismo y la ciencia, la alegría y el buen humor, las bellas letras y las bellas artes, el aseo y el confort, la ironía y la risa, el escepticismo y la tolerancia.

Pero el infierno cristiano tenía su más cálida sucursal en España, con el nombre de Tribunal del Santo Oficio, y cuando empezaba á tomar cuerpo una clase media, nacida del desarrollo de la industria y del comercio en los Países Bajos, en la Inglaterra, en la Alemania del Norte, en Francia y en Italia, todos los re-

cursos de la España y de la América española, eran derrochados en la Guerra Santa, declarada por los Reyes Católicos, á la herejía en el universo, y no pudiendo sobrevenir por esto la clase intermedia entre la espuma y la borra del vaso de cerveza, que decía Bismarck, entre el hidalgo ocioso y el villano inculto, la sociedad española se conservó, hasta bien adelante de los tiempos modernos, compuesta sólo de cabeza y cola.

Así, el factor capital de la historia de la madre patria no fué el factor económico, sino el fanatismo religioso, que sacrificó la ciencia — la gallina de los huevos de oro, — á la mayor gloria del supuesto autor del gallinero, supuesta consistiendo en la indigencia mental de los pollos, por los pollos en indigencia mental.

Para el condenado á la ergástula, como para el cenobita, privados á perpetuidad de toda intercomunicación con los hombres en el mundo, involuntariamente el uno y voluntariamente el otro, no existe

la posibilidad de la moral humana, y existe la posibilidad de todas las morales divinas, desde que pueden atormentarse y maltratarse para complacer á sus respectivas divinidades.



## La moral dinámica.

Sujetos al dolor y al placer, los salvajes vegetan en la vida animal, reproduciéndose por el instinto de conservación como los ganados, sin ser felices ni desgraciados, porque no existe aún el material de que están constituidos los conceptos de la dicha y de la desdicha.

La noción de la felicidad y de la infelicidad, de las que nace y á las que únicamente se refiere la moral humana, es un producto secundario de la inteligencia humana, y es para enaltecer su importancia que se le ha dado un carácter superhumano, refiriéndola á los dioses, los cuales son siempre, y en todas sus variedades, indiferentes á los sufrimientos de los demás animales y de los demás hom-

bres, que no los han creado, que no los reconocen, ó que han existido antes de que aquéllos fuesen inventados.

Para Robinson Crusoe, en su isla desierta, no existía la moral, porque no existía la posibilidad del bien y del mal para otros seres humanos en conexión con su conducta, no existiendo para él la posibilidad de la maldad ni de la bondad, de la injusticia, de la iniquidad, del orgullo, la vanidad ó la soberbia, del derecho, de la usurpación, del crimen, del delito y de la falta, de la injuria, la insolencia ó la desconsideración, no habiendo para él, en esa oportunidad, iguales, ni superiores, ni inferiores, en la isla de Más Afuera.

Existía el hombre, pero no existía la moral, porque faltaba la especie humana. Existían también en el hombre las ideas y los sentimientos morales, procedentes de otro ambiente, pero sólo en el estado estático por carencia de toda aplicación posible, para ese ermitaño casual é involuntario.



Tenemos entonces que el contenido de la moral es la idea y el sentimiento de la posibilidad del mejoramiento de la condición humana. Y la moral dinámica es la concordancia ó la correspondencia del espíritu humano al fin natural de la exaltación de la especie humana en la vida social.

En tal sentido, son morales el amor, la bondad, la inteligencia, la libertad, la justicia, la salud, el placer, la belleza, la cortesía, el valor, la sobriedad, el trabajo, el descanso, la alegría, la benevolencia, la simpatía, la tolerancia, la risa, la honestidad, la lealtad, la rectitud, el buen humor, la cultura, la sensatez, la continencia, la estética, el aseo, el confort y la riqueza, y son inmorales la iniquidad, el odio, la injusticia, el despotismo, la maldad, los celos, la envidia, la enfermedad, el temor, el rencor, la venganza, el alcohol, la depravación, la intolerancia, la malevolencia, la descortesía, la incontinencia, la fealdad, la tristeza, el aburrimiento, el desaseo, el mal humor,

la ira, la barbarie, la pobreza, la ignorancia, la superstición, el fanatismo y la imbecilidad.

Es moral la exaltación de la vida propia, y aún es más moral la exaltación de la vida ajena, porque y cuando ésta es más que aquélla.

Es moral la veneración de los ancianos, pero aún es más moral la educación de los niños, porque éstos representan la vida en crescendo, y aquéllos la vida en menguante. Así, la nota más característica de la moral teológica que subordina la vida real á la vida imaginaria—la Inquisición española—fué también la nota más inmoral de la historia.

Es moral la exaltación de las generaciones presentes, pero aún es más moral la exaltación de las generaciones venideras, porque éstas serán siempre más que aquéllas. Por esto, lo que levanta mayormente la contextura moral del individuo no es lo que siente, lo que piensa ó lo que hace en pro de sí mismo para mientras viva ó para después que se muera, y que

termina con él, sino lo que piensa, lo que siente y lo que hace para otros en el presente y que queda después de su partida, contando por más para el porvenir de la humanidad, las pequeñas cosas que subsisten que no las grandes cosas que desaparecen, en la manera, verbigracia, en que la Venus de Milo ha sobrevivido al imperio de Alejandro el Grande.

Por esto, el que anida en su espíritu ideas y sentimientos para los otros, se siente, como la mujer encinta, preñado de humanidad, como transferido por una expansión de su ser al otro lado de la línea que separa la esterilidad de la fecundidad, el egoísmo del altruismo, el *statu quo* del *go ahead*, la región de la cobardía de la región del heroísmo.

Lo que ha hecho la superioridad del hombre sobre el animal, y del civilizado sobre el salvaje, y la circunstancia de que proviene la superioridad de una agrupación sobre otras agrupaciones humanas, ó respecto de sí misma en épocas precedentes, es la moralidad dinámica,

vale decir, la proporción en que ha aplicado las energías del hombre y del mundo al mejoramiento de la condición del hombre en el mundo, y lo que ha hecho la inferioridad correlativa, es también la proporción en que las energías del presente han sido sustraídas á las necesidades del presente y del porvenir para aplicarlas al mejoramiento de la condición póstuma de las generaciones pasadas.

Del hecho de haberse iniciado como un asilo para todos los perseguidos del Lacio, sacó Roma su patente de engrandecimiento futuro, cancelada cuando se convirtió por avaricia fiscal en flagelo de los pueblos sometidos, para deleitarse á costa de sus sufrimientos en los juegos del circo, y del hecho de sustraerse á la comunidad de los hombres por la excepcionalidad de su predestinación divina, para el disfrute exclusivo del cielo y de la tierra, han sacado los judíos su carta de repudio por la comunidad de los hombres.

Los cincuenta millones de parias, de-

gradados por la religión á la más miserable de las condiciones humanas, establecen para las castas privilegiadas de la India un pantano de inferioridad humana que, envenenando con sus miasmas la atmósfera moral de todos, constituye un obstáculo insalvable para el progreso social, político y económico.

Buscando un nuevo mundo para agrandar el antiguo, la España hizo la más bella página de su historia, y proscribiendo de su suelo al nuevo mundo intelectual, que estaba surgiendo del Renacimiento, á fin de preservar en su seno el viejo andamiaje del sentido moral, hizo su desgracia y la nuestra, pues el fanatismo religioso, que los Reyes Católicos querían imponer á los otros pueblos, con el Santo Oficio y el valor militar, quedó á ser la mayor calamidad de sus propios súbditos, y de cuyas resultas fueron ellos mismos desposeídos del inmenso imperio territorial en que habían excluido tan afanosamente al extranjero á su raza y á su credo.

Porque la posibilidad de variar, de que depende la posibilidad de mejorar, fué parcialmente legalizada en Inglaterra con el *bill* de tolerancia, y totalmente excluída de la España con las delaciones y las torturas de la Inquisición, el hombre moderno, que permanecía estacionado en las aptitudes y en los sentimientos medioevales en Turquía, cambiando más extensamente en Inglaterra, pudo llegar á ser, en el siglo XIX, el heredero inopinado de la grandeza española del siglo XVI.

De su comercio clandestino con el Levante musulmán, al que le vendían, como dice Brook Adams, hasta esclavos cristianos cazados en las calles de Roma, surgió la prosperidad económica de las pseudo-repúblicas italianas de la Edad Media, y la Holanda conoció sus grandes días cuando fué el único refugio de los perseguidos de la Europa Central y Occidental, por cuya circunstancia, un judío y una mora fugitivos de la persecución religiosa en España, y casualmente uni-

dos por la común desgracia, dieron á la Holanda uno de los más grandes pensadores del mundo en el siglo XVII: Baruch Spinoza.

Los fugitivos de la persecución religiosa en Inglaterra, que emigraron al nuevo mundo de Colón, lograron, finalmente, abrir, con la libertad de cultos y la enseñanza laica, gratuita y obligatoria, en el continente virgen de fanatismos religiosos, un asilo para todos los fieles y los disidentes de los credos cerrados del viejo mundo, y en el solo espacio de un siglo, surgió entonces, de la paz, la concordia y la cultura, sólo interrumpidas por la espantosa inmoralidad de la esclavitud, un imperio más grande, más sano, más rico y más feliz que todos los que habían nacido de la guerra en el pasado.

En el mismo tiempo, la intolerancia religiosa con que la España y el Portugal dotaron á sus posesiones del nuevo mundo, impedía en ellas la cultura, la concordia y el progreso, manteniendo la exclusión del extranjero y el ostracismo

del disidente, en religión y en política, y perpetuando la discordia con la ignorancia, el atraso y la pobreza, á los que no pudimos escapar nosotros hasta que no llegamos á repudiar la tradición exclusivista de la madre patria, que expulsó á los judíos, los moros y los herejes, y que aún no tiene libertad de cultos, para adoptar, como pedestal de la grandeza futura del pueblo argentino, el mismo principio sobre el cual había asentado Rómulo la grandeza futura de Roma, «asegurando los beneficios de la libertad para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino», como dice el preámbulo de la Constitución nacional.



## XXVI

### **La moral del porvenir.**

Por la necesidad de proporcionar el instrumento á la tarea y el órgano á la función, la elevación del acto determina la elevación consecutiva del actor, y el hombre que se empina mentalmente para alcanzar un objetivo cada vez más elevado sobre el nivel ordinario del sentimiento, del pensamiento y del esfuerzo humano, por la continuidad de la ejercitación en la serie de generaciones, acaba por adquirir una mayor estatura intelectual y moral permanentes.

Y la operación inversa produce el resultado inverso: el encogimiento consecutivo á la reducción de los objetivos acorta el entendimiento y el sentimiento

en la medida que reduce el campo de ejercitación. Y como la mente, ensanchada por su extensión al objetivo más distante y más cuantioso, que es el bien ajeno, queda agrandada *ipso facto* para la mejor inteligencia del bien propio, nuestro país no ha conocido generación más inteligente y feliz que aquella que, fecundada por las circunstancias con la idea de que el mañana podría ser mejor que el ayer por acción suya en el presente, se dilató la mente y el corazón con el programa de la independencia nacional para las generaciones venideras, ni generación más imbecil y desgraciada que aquella que fué llevada por su infatuación de advenediza de la libertad á subordinar á su propio presente el presente de los otros y el porvenir de todos sobre esa traducción criolla del *après moi, le deluge*, que reza: «el que venga atrás que arrée».

Y porque el hombre rebaja, deprime ó degrada su propio nivel moral en el ejercicio de la mezquindad, de la iniquidad,

de la crueldad, de la inhumanidad, y lo levanta para todos los usos de la vida en el ejercicio de la generosidad, de la equidad y de la benevolencia, las disidencias entre «los mismos» se afrontan con la misma perversidad que se tiene almacenada para «los otros». Al avaro de poder ó de dinero, que vive atormentado por el temor de perder lo que tiene y por el ansia de aumentarlo, las pequeñas pérdidas le causan dolores grandes. Por esto son tan enconosos los rozamientos de los egoístas, y tan implacables las luchas civiles de los pueblos que cultivan el fanatismo regional, y que son siempre las primeras, y á menudo las únicas víctimas de su auto-empeoramiento moral por el odio al extranjero.

A nosotros, como dijo Sarmiento, «nos crió el régimen colonial odiando á todo lo que no era español y despótico y católico», y de ese fondo de rencores fermentados, acumulados y capitalizados, salieron los horrores de nuestras contiendas civiles, el infierno de odio entre uni-

tarios y federales, las infamias de las tiranías, y de las montoneras sobre los refinamientos de crueldad á que nos tenía familiarizados el Santo Oficio, que consistía en quemar vivos á los hombres para la preservación de las doctrinas. Y las primeras víctimas de ese odio español á los no españoles, fueron los españoles en la guerra de la Independencia, y las segundas nosotros mismos en las guerras civiles.

De la disciplina militar se dice, con verdad, que sólo puede ser elaborada en tiempo de paz, y que es muy difícil mantenerla simplemente en tiempo de guerra, igual que la sensatez, que sólo puede ser elaborada en las pequeñas contrariedades, y difícilmente conservada en las grandes. Y de la benevolencia podría decirse también que sólo puede ser elaborada en el trato de los extraños, y que es muy difícil conservarla en el de los propios, pues en este campo nos consideramos con derecho á mayores exigencias y en menor obligación de agradecer y

retribuir atenciones que entendemos emanadas del deber de amarnos porque somos amos, ó porque somos parientes ó porque nos creemos mejores, y que deben persistir aunque no seamos amables y aunque seamos detestables. Por eso hay tantos hijos que son el peor tormento de sus padres; tantos padres que son la mayor calamidad para sus hijos; por eso decía el proverbio griego citado por Aristóteles: «Cuando dos hermanos riñen, es á muerte.»

De aquí la superioridad de la escuela sobre el hogar, y del internado sobre el externado, por cuanto sustraen al niño de esa atmósfera de servicios recibidos y no reciprocados, provenientes del amor de los padres y del salario de los sirvientes, que, empezando cuando no podía retribuirlos, se prolonga en hábito, empalmando de la familia á la sociedad, encarada también, como otra combinación de lugar, de la que se pueden sacar beneficios sin aportar servicios, por lo cual, los más dispuestos á beneficiarse, son

siempre los más severos censores de los beneficiantes.

Pero es sólo conectando por la simpatía nuestra inteligencia y nuestros sentimientos con las personas y las cosas, como podemos bonificar y ensanchar nuestro propio espíritu, pues, como el azúcar adventicio, que es necesario agregar á los alimentos desabridos para endulzarlos, la generosidad que endulza el carácter, y la jovialidad que rejuvenece el espíritu, haciendo agradable ó apetitoso al compañero de quien no podemos separarnos jamás, y del que andan siempre huyendo los que no pueden estar á solas con él, porque no es amable ni para ellos mismos, en una palabra, nuestra amabilidad, más necesaria para nosotros mismos que para los extraños, sólo podemos elaborarla para nosotros en los otros, siendo que, por virtud de la insuperable moral recóndita de la naturaleza de las cosas, la felicidad consiste en el efluvio saludable que retorna de lo que amamos, y la infelicidad consiste en el

efluvio insano que retorna de lo que detestamos, envidiamos ó tememos.

Así, cuando las aspiraciones del individuo no van más allá de sus propios intereses, reales ó imaginarios, á eso sólo se reduce para él la escuela del pensamiento y del sentimiento, que es el mundo. Y como los poderes del hombre se desarrollan en la medida en que se empuja para alcanzar objetivos cada vez más elevados, la superioridad de los helenos sobre sus circunvecinos provino de que tenían, en ideales sociales más extensos, más variados y más numerosos, una más alta escuela para el desarrollo de las aptitudes intelectuales, morales y estéticas.

Pero esos ideales se referían á una sola clase de la población y á un solo sexo. Y de esa su cortedad provino su insuficiencia y su defunción consecutiva enfrente del cristianismo naciente, que aportaba en el cielo para la inmensidad de los pobres y el infierno para la exigüidad de los ricos por la reconstrucción del bien con el mal y del mal con el bien

en el más allá de la vida, una combinación mezquina todavía, pero asimismo infinitamente más generosa.

Pero una vez transcurridos en vano todos los plazos señalados en las predicciones para el reinado de la justicia en la tierra por el juicio final, la iglesia aplazó sin término el cumplimiento de las profecías divinas, y las cosas quedaron como estaban, sin más alteración que la resultante de la introducción del egoísmo del mañana para atenuar el egoísmo del presente, y consistente en el mero desperdicio de una fuerza que estaba mal empleada, y que es el gran motor del progreso en la era actual.

Los teólogos hacen la personificación de las fuerzas de acción y de construcción en el Creador del universo y de la vida, y en el diablo la personificación de las fuerzas de inacción y de destrucción, y las ciencias y las artes, que son los espaldares de la inteligencia y del sentimiento, restituyen al hombre en el uso del poder divino de acción y de creación, del que



lo despojan la resignación y la devoción, que son las adormideras teológicas de las facultades activas.

Y porque las primeras embellecen y alargan la vida, y las segundas la afean y la acortan en el tiempo y en el mundo en que existen ó han sido conferidos al hombre los poderes de automejoramiento, so pretexto de alargarla y embellecerla más aún, después que cesan ó se acaban los poderes del hombre, es evidente que éstos, desalentando de la acción y la construcción, obstaculizando el desenvolvimiento de la Creación, para emplear su lote de energías en rendir al Creador el homenaje de su alabanza y adulación perpetua, como si el hijo de un fabricante pudiera hacer más honor á sus padres absteniéndose de fabricar, de ser alguien y de servir para algo, á fin de emplear su vida en recorrer las ciudades y los campos ensalzando y alabando al autor de sus días y de la fábrica; éstos, que se atrincheran en la iglesia para combatir contra la escuela y el laborato-

rio, desempeñan en la creación las funciones que atribuyen al diablo, en tanto que, alentando la acción y la invención, aquéllos instrumentan en el hombre el espíritu creativo que descende del Creador, á quien rindió más grande y más propio homenaje Fidias, construyendo el Partenon, que todos los santos varones que se pasaron la santa vida orándole en las tumbas ó en las cuevas de la Tebaida.

Sin duda, no es haciendo voto de castidad y declamando contra la disminución de la natalidad como se puede cooperar á la obra de la creación de la vida humana en el mundo, porque no es adorando al sol, padre de la vida en la madre tierra, sino removiéndola y preñando de gérmenes de vida vegetal las entrañas del suelo, como se puede conseguir que el sol, que gobierna el viento y la lluvia, haciéndolos germinar, crecer, florecer y fructificar, acreciente en beneficio de la vida del hombre, la de los vegetales y de los animales en la tierra, y tampoco es adorando al Creador, sino

poniéndose en estado de servirle de vehículo ó de instrumento de creación, sino cultivándose el espíritu y preñándose de propósitos generosos el alma, para hacer fecunda para los otros la propia vida en la oportunidad del tiempo, como puede convertirse el individuo en cooperador activo de la creación del mundo moral en el mundo material.

Tampoco es adorando fervientemente al sol como se llega á conocerlo, sino descomponiendo su luz por un prisma de vidrio en el espectro, y estudiando el espectro, ni es adorando fervientemente al supuesto autor de la Creación, sino refractando la vida y el mundo en el prisma de la razón humana, como se llega á conocer el mecanismo de la vida y del mundo.

Después de siglos y más siglos de plegarias y genuflexiones cristianas para que el bien aconteciera en el mundo cristiano por la mano del Dios de los cristianos, y para los cristianos exclusivamente, el espíritu humano se preñó de ideales

humanitarios en Francia, con la filosofía del siglo XVII, y fecundado para la acción por la creencia repentina de poder mejorar, improvisa la posibilidad de variar para alcanzar la libertad, la igualdad y la fraternidad para todos los hombres del mundo en el mundo, y el empuje de la fuerza moral consecutiva lo hace pasar bruscamente, en el último cuarto del siglo XVIII, de la inercia secular fatalista á la más prodigiosa explosión de energías humanas en determinación de hacer que registra la historia.

Pero esas energías, engendradas por el ideal de la libertad para la felicidad colectiva, desvirtuadas y transferidas por Bonaparte, al ponerlas al servicio de su gloria individual, degeneraron, también, en la más grande calamidad para la Europa arruinada y enlutada; para la misma Francia, desangrada, vencida y reintegrada por mano del extranjero al absolutismo de que había salido por mano propia; para el mismo Bonaparte, que fué á sucumbir cautivo y soli-

tario en una roca perdida en medio del Océano, por haber amado á la gloria y no haber amado á los hombres y á la libertad; y para su único descendiente, que sucumbió miserablemente al peso abrumador de su funesta herencia de gloria homicida.

Viceversa, levantando á sus súbditos desde el feudalismo á las instituciones libres, desde la ignorancia del Oriente á los conocimientos del Occidente, con el solo y firme propósito jurado de promover el bienestar de sus compatriotas, por todos los medios más conducentes de suyo á ese fin en el mundo entero, en cuarenta y cinco años, Mutsuhito ha hecho de su remoto y estéril país una de las más grandes y gloriosas naciones de la actualidad.

\* Así la lección más constante y la menos aparente de la historia es que los pueblos se levantan, finalmente, en la medida en que sirven y decaen en la medida en que defraudan ó frustran el tren de la vida en la Naturaleza, que nada

sabe del cielo, el purgatorio y el infierno, y que provee las fuerzas materiales, intelectuales y morales de este mundo, para las necesidades materiales, intelectuales y morales de este mundo, y que no teniendo, como los dioses de fantasía, pueblos elegidos y pueblos preteridos, aporta su mayor concurso al que mejor sabe procurárselo por los medios más conducentes á obtenerlo.

Por encima, por debajo y á través del hervidero de teorías metafísicas de la vida, en brega por la hegemonía de las conciencias, todos los agentes de la Naturaleza coadyuvan con los que levantan el estandarte de la vida en el mundo.

Todas las energías de la Naturaleza, cooperando bajo la dirección de la inteligencia humana á la exaltación de la vida humana en la indiferencia más absoluta respecto de todas las concepciones imaginadas por el egoísmo de las agrupaciones humanas, para adjudicarse una superioridad de ultratumba sobre las otras agrupaciones, por tal manera ex-

cluidas de la gloria y de la felicidad eternas; todas las fuerzas de la Naturaleza domesticada trabajando del lado de la perpetuación de la especie contra la perpetuación de los credos; del lado del progreso contra la tradición; de la libertad contra el despotismo; de la instrucción contra la ignorancia; de la tolerancia contra la intolerancia; de la civilización contra la barbarie; ¿qué mayor indicio de que el progreso es una emanación de la naturaleza del hombre y será tan duradero como el hombre en la Naturaleza?





## XXVII

### **De la obscuridad á la luz.**

La vida es una luz que brilla entre dos obscuridades, según la definición de Poincaré, y en esa como carrera cósmica de la materia y de la fuerza hacia la luz y el calor, la bondad y la belleza, á través de la ignorancia y del egoísmo, la imbecilidad, la maldad, la monstruosidad, la intolerancia y el fanatismo, por la estimación progresiva de lo que es amable, por la abominación progresiva de lo que es detestable, parangonados en la inteligencia creciente del hombre en evolución, se abre camino la evolución ascendente de la materia y de la fuerza, recorriendo los modos sucesivos de existencia, desde el estado de polvo hasta el

estado de pensamiento y de sentimiento.

Como la victoria regia, que extrae del lodo, por sus raíces, los materiales de la esplendorosa flor que abre sobre el nivel del agua corrompida en el pantano sus blancos pétalos, la mente humana, refinada por la evolución intelectual y sentimental, extrae de los alimentos vegetales y animalesen, el maremagnum de las pasiones malsanas, los materiales para esas esplendorosas flores del espíritu y esos frutos deleitosos, que son las obras maestras de la ciencia y del arte, para que sean las flores y los manjares de la mesa de la vida para las generaciones presentes y venideras.

Y el entender que esas exelencias, que no podrían existir si no fuese cultivado el espíritu humano para producirlas, no deben acontecer en este universo, que sólo por ellas puede ser embellecido, sino en otro universo embellecido sin ellas, es sólo un rezago transitorio de la imbecilidad humana originaria.

En esa lucha perpetua entre los com-

ponentes nobles y los componentes innobles del mundo y de la mente, en la qué éstos son favorecidos por las circunstancias primarias y aquéllos por las circunstancias secundarias de la especie; en esa lucha entre la humanidad y la bestialidad, entre la luz y la obscuridad, entre el amor y el odio, entre la bondad y la maldad, entre la abnegación y la perversidad, entre la lealtad y la felonía, entre la belleza y la fealdad, entre la poesía y la prosa de la existencia, los grandes atributos morales están incipientes desde el origen de la vida, como la luz en los albores del dilatado amanecer de las regiones polares, anunciándose en destellos pasajeros, ó mostrándose dispersos, separados y fragmentarios en las diversas especies animales y vegetales.

Como los músicos en aprendizaje sin concierto, que están torturando con sus monótonas ejecuciones, cada uno en diferente barrio, á un grupo diferente de vecinos, para aprender á dominar su distinto instrumento, y poder aportar la

nota y el matiz correspondiente al concierto sinfónico, bajo la batuta del director de la orquesta, así todas las excelencias morales están como en ensayo en la Naturaleza, hasta ser, finalmente, armonizadas por la inteligencia humana, para ser ejecutadas y disfrutadas por ejecutantes y espectadores, cada vez en más altas y más amplias esferas, á medida que los componentes del auditorio aprenden á desempeñar su parte, y se incorporan al concierto, en la pequeña orquesta de la familia, donde acuerdan sus voces los afectos cardinales de la felicidad humana, ó en las grandes orquestas sucesivas de la sociedad, de la nacionalidad, de la humanidad, en las que también se auna la voz de las simpatías recíprocas, y en las que también son notas mudas los sentimientos mezquinos y son notas discordantes los sentimientos perversos.

Cuando el salvaje se detiene para presenciar una pelea de toros, un encuentro de tigres ó una riña de gallos, es la Na-

turalaleza que está enseñando al hombre los usos y los abusos de la fuerza; pero también, cuando observa en el nido de un ave la alimentación de los pichones por la madre, es la Naturaleza que está enseñando al hombre la abnegación del fuerte para el débil; y cuando se detiene á escuchar el canto de un pájaro en la enramada, ó á contemplar un paisaje de luz en las nubes, ó la caída del agua en una cascada, ó un árbol engalanado de flores, es también la Naturaleza que está sugiriendo en el hombre sentimientos estéticos.

Si en vez de nacer pequeños, mudos, ignorantes, alegres y traviesos, los hombres nacieran adultos, elocuentes, sabios, formales y juiciosos, el mundo tendría de menos las tres cuartas partes de sus atractivos.

Y porque la perfección sólo tiene sentido por referencia á la imperfección, y ésta sería la única variación posible de aquéllo, la única trayectoria posible de la humanidad perfecta en movimiento,

hubiera sido la retrogradación, en lugar de la evolución.

Y siendo preferible siempre hacer algo á no hacer nada, ninguna combinación podía ser más feliz, en definitiva, que esa perpetua tragedia del bien y del mal, en esa carrera universal de impulsos contra obstáculos, en la que éstos son vencidos progresivamente, por la aunación de los esfuerzos y la apropiación sucesiva de los auxiliares naturales, desde entonces protegidos contra sus respectivos rivales en proporción á sus exelencias, interviniendo la inteligencia humana—la obra maestra de la Naturaleza, —para asegurar en el mundo vegetal y en el animal la prevalencia de las especies más adecuadas para esa ascensión universal del movimiento, por la bondad, la belleza y el pensamiento, desde el charco hasta el ensueño azul, en la que cada especie lleva adelante, como su razón de ser, un esbozo, un rudimento ó una forma acabada de perfección relativa diferente, correspondiendo el mayor fruto de felici-

dad en el individuo y de éxito en el grupo al que lleva más perfecciones relativas adelante, como razones de prevalecer en la competencia universal, sobre el caudal común de posibilidades naturales para el mayor bien de los más avanzados.





## XXVIII

### En marcha.

Siempre habrá anormales, extraviados y rezagados, y aun es natural que sean tanto más notorios cuanto sea más elevado el estandarte de la normalidad; y aun dando de barato que la criminalidad haya aumentado, el aumento de todas las formas del bien ha sido incomparablemente mayor.

«El sentido común, el sentido moral y la ciencia se aunan para sugerir que haríamos bien en hacer lo más y lo mejor posible en este mundo, antes de ser arrastrados en el río del tiempo». Á la luz de la inteligencia, el fin particular del hombre y la más alta fórmula de la vida humana, es la realización de la más alta

dicha propia en la más alta dicha ajena, y todas las veces que haya sido dichoso contribuyendo á la felicidad de los otros, habrá realizado un fragmento de su fin, y no puede existir el fin sino en la proporción en que exista el medio, pues sin éste, aquél sería como un traje confeccionado para que no lo use nadie. Cesa, por lo tanto, la parte de fin que corresponda á la parte que haya cesado en el medio; la parte de dicha correspondiente al sentido de la visión ó de la audición, verbigracia, cuando cesa el funcionamiento de los órganos respectivos, continuando la posibilidad de la dicha para las partes del medio que subsisten, como continúa para los sobrevivientes la posibilidad de la dicha en la especie humana.

Indudablemente, los ojos han sido hechos para ver, como el corazón para sentir, como los oídos para oír y la inteligencia para entender. Y si el que alarga por la ciencia el alcance de la inteligencia, contraría la intención del que le dotó

de inteligencia, en latencia y no en potencia, el que alarga con un palo el alcance de su brazo para hacer caer la fruta de un árbol, contraría igualmente la intención del que le dotó de brazos sin palo.

El que se abstiene de ser dichoso, por el temor de llegar á ser desgraciado, podría, también, abstenerse de usar su vista por el temor de quedarse ciego, y sería sólo aparentemente más insensato en el segundo caso que en el primero. Por lo demás, esa clausura de la visión natural para alcanzar la visión sobrenatural, la obtienen los fanáticos musulmanes en la Meca, aproximando los ojos abiertos á un ladrillo enrojecido á fuego, hasta quemárselos, para quedar santificados en primera vida para la segunda vida, y á menudo, fuera de la Meca, sólo con no lavárselos y no espantarse las moscas que les destruyen los párpados, y les procuran las oftalmías, que aseguran la pérdida de la vista y la salvación del alma.

Por medio de las artes humanas, la madera y el metal pueden ser habilitados para producir sonoridades capaces de enternecer á los hombres, á los dioses y á los reptiles; y por medio de la cultura del entendimiento y del sentimiento, los seres humanos pueden habilitarse á la vez para engendrar y para disfrutar ideas nobles y sentimientos generosos, simultáneamente deleitantes y reconfortantes. El instrumento musical y el instrumento mental y emocional se gastan y se inutilizan, aunque permanezcan mudos, pero la música y la vida, el pensamiento y el sentimiento que han sido, quedan, para dar notas cada vez más bellas, cada vez más altas, en nuevos instrumentos sucesivos y mejor afinados. Y como el ruiseñor afónico por la edad ó los achaques, el alma que ha dado todo su juego, no tiene ya nada que hacer, ni para qué ser, en este mundo ni en ningún otro.

Lo mejor que hay en el universo no es el yo, sino el contenido espiritual y as-

censional del yo, el patrimonio intelectual y sentimental de la humanidad en crescendo, no lo que cada uno tiene en propio, sino lo que tiene en común con los que se han ido, con los que quedan y con los que vendrán, y que no deja de ser por la desaparición del continente accidental, sino que cobra nuevo ser en nuevos continentes sucesivos.

El eslabón roto, el organismo en que ya no pueden residir las ideas y los sentimientos, es como la casa en ruinas, en la que ya no pueden residir las personas. No hay en el universo ningún conservatorio de almas gastadas ó inutilizadas, como no hay debajo del cielo ningún sitio reservado para la perpetuación de las arpas rotas ó de los pianos enmudecidos por el uso ó por el tiempo.

Y la mejor condición del hombre y del mundo reales, es precisamente la que falta en los seres y en los mundos imaginarios: la de no ser eternamente perfectos, sino eternamente perfectibles. Porque es el ejercicio de la vida en pensa-

miento, en sentimiento y acción, lo que levanta la vida, y es la posibilidad del perfeccionamiento indefinido del ambiente lo que hace del hombre un ser excepcional en el universo, y lo que impide que el mundo sea un eterno aburridero, proviniendo precisamente de la imperfección del hombre y del mundo la posibilidad del progreso del hombre en el mundo.

Inclinándose por su parte á la no extinción, Arturo Hill reconoce que «la esperanza de la extinción es un sentimiento moral más elevado que la esperanza de la inmortalidad personal», como es infinitamente más abnegado el acto del ateo que sacrifica su vida para salvar la de otros, sin ninguna esperanza de compensación póstuma, que no la del mártir de la fe en la reparación futura que afronta el martirio para ser recompensado por ello.

La posibilidad de la vida y de la dicha para los que fueron seres racionales no está en el programa de la Naturaleza, que quiere la vida futura en seres futuros, y está en el programa de las Teologías, que

quieren la vida futura en los seres pasados, á costâ de las dichas de la vida actual en los seres presentes, en tanto que la posibilidad de la vida y de la dicha para los que son y para los que serán, están en el cartel del universo y en el programa del humanismo. «La naturaleza, dice Hubbard, es pródiga en las formas de la vida, y jamás las duplica. ¿Por qué habría de duplicar la tuya?»

El objetivo manifiesto de la vida actual es la perpetuación indefinida de la cadena de generaciones, para que cada uno pueda gozar su momento de luz y de agitación más ó menos intensa, más ó menos breve, y descansar después eternamente, á fin de que otras vidas puedan recoger su herencia y ocupar su sitio en el espacio y en el tiempo; el de la vida póstuma es la perpetuación indefinida de los eslabones gastados; el del racionalismo es el ensanche progresivo indefinido de los eslabones presentes y venideros, objetivo que es repugnante á los dioses tribales y patriarcales de los teólogos, pero con-

corde con el espíritu de la vida, que puso en el espíritu humano la luz de la razón y el calor del sentimiento al poner en el organismo los gérmenes de la inteligencia y del amor.

Lo que hemos andado desde Caín hasta Abraham Lincoln; desde el canibalismo hasta el mutualismo; desde el asno, el buey y el caballo hasta el ferrocarril, los trasatlánticos y los automóviles; desde el hacha de piedra hasta el aeroplano; desde la Torre de Babel hasta el Congreso de La Haya, es la garantía de que todos los ideales del presente podrán ser realizados en el porvenir, como están excedidos en el presente todos los sueños del pasado, y también entonces las nuevas idealidades obstruirán la visión de las nuevas realidades, para que la vanguardia de la humanidad no se detenga jamás en la vía ascendente del progreso, y siga persiguiendo eternamente al pájaro azul, á fin de que haya siempre «algo que hacer, alguien á quien amar, alguna cosa que esperar».



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
I.—Á manera de sinfonía. . . . .	5
II.—De la diabolidad y la divinidad á la humanidad. . . . .	15
III.—Masculinismo y feminismo. . . . .	59
IV.—El Renacimiento. . . . .	69
V.—El maternalismo. . . . .	81
VI.—Las ciencias para la vida y las ciencias para después de la vida. . . . .	89
VII.—La vida útil. . . . .	95
VIII.—La Peau de Chagrin. . . . .	103
IX.—El pensamiento y la loca de la casa. . . . .	107
X.—Los tres misterios. . . . .	111
XI.—La conciencia y la vida. . . . .	115
XII.—La conciencia y el tiempo. . . . .	119
XIII.—La conciencia y la duración. . . . .	125
XIV.—Los mundos de fantasía. . . . .	129
XV.—La vida inútil. . . . .	139

	<u>Págs.</u>
XVI.—La alegría y la tristeza.. . . .	148
XVII.—El espíritu fúnebre.. . . .	149
XVIII.—El mañana . . . . .	161
XIX.—Pesimismo y optimismo.. . . .	165
XX.—Antaño y hogaño. . . . .	171
XXI.—Ideales y sentimientos.. . . .	183
XXII.—La herencia social.. . . .	193
XXIII.—La vida y la moral coloniales. .	201
XXIV.—El espíritu de preeminencia. . .	207
XXV.—La moral dinámica.. . . .	223
XXVI.—La moral del porvenir. . . . .	233
XXVII.—De la obscuridad á la luz. . . .	249
XXVIII.—En marcha . . . . .	257







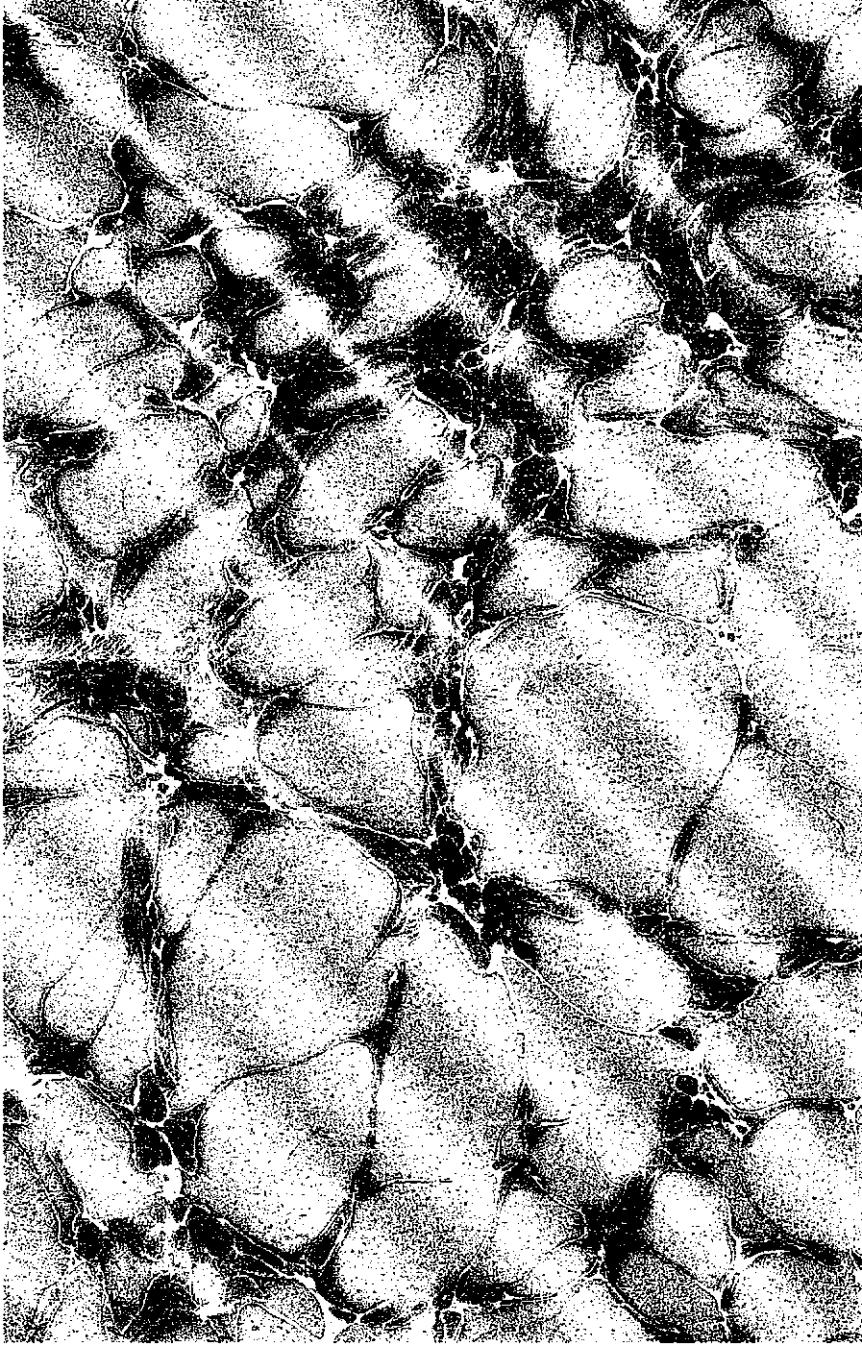
IMPRESA DE FORTANET  
LIBERTAD, 29, MADRID













1103089664



385601153856011538